ISABEL MARCHETTI



Ella NO ERA ELLA

¿Quién eres cuando olvidas quién eras?

ELLA NO ERA ELLA

Isabel Marchetti

© 2025 Isabel Marchetti
Todos los derechos reservados.

1

Despertar

Mi nombre es Marina Leal.

Eso es lo primero que pienso cuando abro los ojos. Lo pienso antes de notar la luz blanca del techo, antes de sentir las sábanas que huelen a lejía, antes de preguntarme dónde coño estoy. Mi nombre es Marina Leal y tengo treinta y cuatro años y trabajo como fotógrafa freelance en Madrid y todo eso es verdad aunque no tenga forma de demostrarlo ahora mismo.

Intento moverme. El cuerpo responde, pero con desgana, como si llevara siglos sin usarlo. Las piernas pesan. Los brazos pesan. Hasta los párpados pesan, joder. Me incorporo despacio, apoyándome en los codos, y el mundo da una vuelta completa antes de estabilizarse.

La habitación es blanca. No blanca de hospital, con ese brillo cruel de los fluorescentes, sino blanca de hotel caro: paredes de un tono hueso, sábanas que parecen de algodón egipcio, una mesilla de noche con un jarrón de flores que alguien ha colocado con intención decorativa. Hay una ventana grande a mi izquierda. Cortinas de lino. Todo muy bonito, muy cuidado.

Todo muy raro.

Me froto los ojos intentando despejarme. Las manos se mueven solas después, buscando algo en las sábanas. No sé qué buscan. Se mueven y palpan el colchón y no encuentran nada y siguen buscando de todas formas, como si tuvieran una misión que mi cerebro no recuerda haberles dado.

Paro. Las miro. Son mis manos. Uñas cortas, sin pintar. Un padrastro en el pulgar izquierdo. La marca más clara de algo en el dedo anular, como si hubiera llevado un anillo durante años.

Nunca me han gustado los anillos.

La puerta se abre sin que nadie llame. Entra una mujer de unos cincuenta y tantos, pelo canoso recogido en un moño tirante, uniforme que grita enfermera aunque no lleve la típica bata verde. Me mira con esa expresión que tienen las personas que han visto demasiadas cosas y ya nada les sorprende.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo has dormido?

Me quedo mirándola. Carmen. Ha dicho Carmen.

—Me llamo Marina.

La mujer no parpadea. Ni una reacción. Como si le hubiera dicho que hoy es martes.

—¿Necesitas algo? ¿Agua? El desayuno llegará en veinte minutos.

—Me llamo Marina —repito, más despacio, por si no me ha oído bien —.

Marina Leal.

Ahora sí me mira. Solo un segundo, algo que podría ser curiosidad o podría ser lástima cruzándole la cara antes de desaparecer tras esa máscara de profesionalidad.

—El doctor vendrá a verte después del desayuno —dice, como si yo no

hubiera dicho nada—. ¿Segura que no necesitas nada?

Necesito saber dónde estoy. Necesito saber cómo he llegado aquí. Necesito que alguien me diga por qué coño me llama Carmen cuando mi nombre es Marina, joder, Marina Leal, nacida en Zaragoza hace treinta y cuatro años, fotógrafa freelance, soltera, sin hijos, con un gato llamado Tinta que probablemente se está meando en mi sofá ahora mismo porque nadie le ha puesto comida.

—No —digo—. Estoy bien.

La enfermera asiente y sale. La puerta se cierra con un clic suave, casi imperceptible. Ese tipo de clic que hace que te preguntes si te acaban de dejar sola o te acaban de encerrar.

Me levanto. Las piernas tiemblan un poco pero aguantan. El suelo está frío bajo mis pies descalzos y noto algo, un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura, que me sube por la columna y se instala en algún lugar entre los omóplatos. Frío. Tengo frío. Pero no el frío normal, el de necesitar un jersey. Es otra cosa. Un frío que viene de dentro, de los huesos, como si alguien hubiera dejado una ventana abierta en mi interior y no supiera cómo cerrarla.

La ventana. Me acerco a ella porque necesito ver algo que no sean estas paredes blancas y esta habitación que huele a limpio y a secretos.

Lo que veo me para en seco.

El mar.

Hay un acantilado y después hay mar. Gris, revuelto, con olas que rompen contra las rocas de abajo. El cielo está encapotado, todo nubes bajas y esa luz difusa que no sabes si es mañana o tarde. Y el mar. El puto mar. Extendiéndose hasta donde alcanza la vista, moviéndose, respirando, como si estuviera vivo.

El estómago se me revuelve.

Me aparto de la ventana. No sé por qué, pero no puedo mirarlo. Algo en el movimiento de las olas, en ese vaivén constante, me produce una náusea que no tiene ningún sentido. Yo he visto el mar miles de veces. He ido a la playa. He hecho fotos del Mediterráneo al amanecer para un reportaje de viajes que pagaba una mierda pero quedó precioso.

No me da miedo el mar. Nunca me ha dado miedo el mar.

Pero ahora mismo el pecho me oprime como si tuviera un bloque de hormigón encima y las manos me tiemblan y lo único que quiero es cerrar esas cortinas y no volver a mirar.

Las cierro.

La habitación queda en penumbra, más tranquila. Respiro. Vale. Vale, a ver, céntrate. Esto tiene que tener una explicación. Las cosas

no pasan porque sí. No te despiertas en un sitio desconocido llamándote por otro nombre sin motivo.

Intento recordar. Lo último que... Lo último que recuerdo es...

Mi piso. El salón con la luz de la tarde entrando por la ventana. Tinta dormido en el sofá, hecho una bola negra. Estaba editando fotos en el portátil. O quizá estaba leyendo. O viendo algo en la tele. No me acuerdo. Es como intentar agarrar humo.

Había algo más. Antes de eso. O después. Un sonido. Una llamada. Alguien que...

Nada.

Un vacío negro y enorme donde deberían estar los recuerdos.

Me siento en el borde de la cama porque las piernas han decidido que ya no quieren cooperar. Las manos vuelven a moverse solas, frotándose la una contra la otra, el pulgar pasando una y otra vez por el dedo anular donde debería haber un anillo que nunca he llevado.

Nunca he llevado anillos. ¿Verdad?

La puerta se abre otra vez. Esta vez sí llaman, dos golpes suaves justo antes de que entre un hombre de unos cincuenta años, pelo canoso, gafas de montura fina, jersey de cuello alto color burdeos. Tiene cara de profesor universitario. De los majos, de los que te aprueban aunque no hayas estudiado lo suficiente porque ve que lo has intentado.

Me sonríe. La clase de sonrisa que pretende ser tranquilizadora pero que a mí me pone los pelos de punta precisamente porque pretende ser tranquilizadora. Nadie sonríe así a menos que haya algo de lo que necesites ser tranquilizada.

—Buenos días, Carmen. Soy el doctor Herrera. ¿Te acuerdas de mí?

—No soy Carmen.

Se sienta en la silla que hay junto a la mesilla, con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Saca un cuaderno de algún sitio.

Un cuaderno de papel, de los de toda la vida. No un iPad ni un portátil. Papel y bolígrafo. Eso me descoloca más que todo lo demás.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Marina. Marina Leal.

Asiente. Anota algo. El rasgueo del bolígrafo contra el papel es el único sonido en la habitación.

—¿Y qué más sabes de Marina Leal?

¿Qué clase de pregunta es esa? Sé todo de Marina Leal. Soy yo. Sé que nací en Zaragoza pero me mudé a Madrid con veintipocos para estudiar fotografía. Sé que vivo en un piso pequeño en Lavapiés, tercero sin ascensor, con humedades en el baño que el casero nunca arregla. Sé que mi gato se llama Tinta porque es negro como la tinta china. Sé que mis padres murieron en un accidente cuando yo tenía diecinueve años y que no tengo hermanos y que mi vida es básicamente trabajar, comer, dormir y repetir.

Todo eso lo sé.

Lo que no sé es por qué estoy aquí.

—¿Dónde estoy?

El doctor Herrera me mira por encima de las gafas. Tiene ojos amables. Eso es lo peor. Si fueran ojos fríos, clínicos, podría enfadarme. Podría exigir explicaciones. Pero son ojos amables y eso me hace sentir como si estuviera a punto de recibir malas noticias y él lo supiera y yo no.

—Estás en la Clínica Aralar —dice—. Es un centro especializado en

trastornos de... en ayudar a personas que han pasado por experiencias difíciles.

—¿Experiencias difíciles?

—Sufriste un trauma, Carmen. Tu mente...

—Marina.

—Marina —corrige, sin perder la sonrisa—. Tu mente está intentando

procesar algo muy complicado. A veces, cuando el dolor es demasiado grande, el cerebro encuentra formas de protegernos.

No entiendo nada. O lo entiendo todo y no me gusta lo que entiendo.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi dos semanas.

Dos semanas. Dos semanas de mi vida que no existen en mi memoria. Dos semanas en este sitio que huele a lejía y buenas intenciones mientras alguien me llama por un nombre que no es el mío.

—Eso es imposible —digo—. Yo estaba en mi casa. Estaba...

¿Estaba qué? No me acuerdo. Mierda.

El doctor Herrera se inclina hacia delante. No invade mi espacio, pero se acerca lo suficiente como para que su voz suene más íntima, más confidencial.

—¿Qué es lo último que recuerdas con claridad?

Cierro los ojos. Intento volver atrás. Mi piso. La luz de la tarde. Tinta. El portátil o el libro o la tele. Y después... después...

—No lo sé.

Lo digo en voz alta y suena patético. Suena a derrota.

—Está bien —dice él—. Es normal. La memoria es compleja. Dale tiempo.

No quiero darle tiempo. Quiero respuestas. Quiero saber por qué estoy aquí y qué me ha pasado y por qué esa enfermera me ha llamado Carmen y por qué el mar me da náuseas y por qué tengo tanto frío y por qué mis manos no dejan de buscar algo que no encuentran.

Pero no pregunto nada de eso. Algo me dice que no voy a obtener respuestas. Algo me dice que este hombre sabe cosas que no me va

a contar, al menos no todavía, y que si quiero descubrir qué está pasando voy a tener que hacerlo yo sola.

El doctor Herrera se levanta. Guarda el cuaderno.

—Descansa. Come algo cuando llegue el desayuno. Mañana volveremos a

hablar.

Se dirige hacia la puerta. Y entonces, justo antes de salir, se gira.

—Por cierto —dice—. Es normal lo que sientes. La confusión, la sensación

de que algo no encaja. Es parte del proceso.

—¿Qué proceso?

Sonríe. Esa sonrisa amable que ya empiezo a odiar.

—El de volver a casa.

Sale. La puerta se cierra con ese clic suave que sigue sin aclararme si me han dejado sola o me han encerrado.

Me quedo mirando la puerta. Después miro la ventana con las cortinas cerradas, sabiendo que detrás está el mar que no quiero ver. Después miro mis manos, que siguen inquietas, que siguen buscando.

Volver a casa, ha dicho.

Pero yo ya tengo una casa. Tengo un piso en Lavapiés y un gato que se llama Tinta y una vida que puede que no sea gran cosa pero es mía.

¿Verdad?

Me tumbo en la cama. El techo es blanco. Las paredes son blancas. Todo es blanco y limpio y amable y está mal. Todo está mal de una forma que no puedo explicar pero que siento en los huesos, en ese frío que no se va, en las manos que no dejan de moverse.

Mi nombre es Marina Leal.

Eso es lo único que sé con certeza.

Y tengo la sensación de que alguien quiere quitármelo.

2

El diagnóstico

El desayuno llega en una bandeja de plástico verde que parece sacada de un comedor escolar. Tostadas, mantequilla, mermelada de fresa, un zumo de naranja que tiene pinta de ser de tetrabrik, y un café con leche que huele a cualquier cosa menos a café.

Como de todas formas. No porque tenga hambre, sino porque es algo que hacer. Algo concreto en medio de toda esta confusión. Morder, masticar, tragar. Repetir. Al menos eso lo controlo.

La tostada sabe a cartón.

El café sabe a agua sucia con pretensiones.

La mermelada está demasiado dulce, de ese dulce artificial que te deja un regusto raro en la boca.

Me lo como todo igualmente.

Cuando termino, dejo la bandeja en la mesilla y me quedo mirando el techo. Blanco. Todo es blanco aquí. Me pregunto si es a propósito, si hay algún estudio psicológico que diga que el blanco calma a los locos. Porque está claro que eso es lo que piensan que soy. Una loca que ha olvidado su nombre.

Pero yo no he olvidado mi nombre. Mi nombre es Marina Leal. Lo que pasa es que nadie me cree.

La puerta se abre sin avisar. Otra vez. ¿Es que aquí no existe el concepto de privacidad?

Es el doctor Herrera. Lleva el mismo jersey de cuello alto de antes, o quizá tiene varios iguales, y el mismo cuaderno de papel bajo el brazo. Me sonríe como si fuéramos viejos amigos.

—¿Qué tal el desayuno?

—Horrible.

Asiente como si le hubiera dicho algo profundo. Se sienta en la silla junto a la cama, la misma de antes, y abre el cuaderno.

—Me gustaría enseñarte algo, si te parece bien.

No me parece bien. Nada de esto me parece bien. Pero digo que vale porque tampoco tengo muchas opciones.

Herrera saca un sobre del interior del cuaderno. Fotos. Por supuesto que son fotos. Esto es como una película mala de esas que echan en la sobremesa.

—¿Las reconoces?

Me las tiende. Las cojo porque no hacerlo sería admitir que tengo miedo, y no tengo miedo. No de unas putas fotos.

La primera es de una boda. Una mujer con vestido blanco, un hombre con traje gris, los dos sonriendo como si el mundo fuera un lugar maravilloso donde nunca pasa nada malo. La mujer soy yo. O alguien que se parece mucho a mí. Tiene mi cara, mi pelo, mi nariz ligeramente torcida hacia la izquierda. Pero no soy yo porque yo nunca me he casado.

—No soy yo —digo.

Herrera no responde. Espera.

Paso a la siguiente foto. La misma mujer, esta vez embarazada, con las manos sobre la barriga y esa expresión de felicidad idiota que ponen las embarazadas en las fotos. El mismo hombre a su lado, besándole la sien.

—No soy yo —repito.

Tercera foto. La mujer con una niña pequeña en brazos. Un bebé, en realidad, envuelto en una manta rosa. La mujer llora, pero son lágrimas de felicidad, de esas que salen cuando algo es demasiado bueno para ser verdad.

Me detengo en esta foto más tiempo del necesario. Hay algo en la cara de ese bebé, algo en la forma en que la mujer lo sostiene, que me aprieta el pecho de una manera que no entiendo.

Paso a la siguiente rápidamente.

La niña ha crecido. Tres años, quizá cuatro. Pelo oscuro como la noche, ojos claros como el agua. Está sentada en el regazo de la mujer, dibujando algo con rotuladores de colores. Las dos ríen.

—¿Quién es? —pregunto, aunque no quiero saber la respuesta.

—Tu hija —dice Herrera—. Se llama Olivia.

La palabra me golpea como un puño en el estómago. Hija. Olivia. Mi hija Olivia.

—No tengo hijos.

—Carmen...

—Marina. Me llamo Marina y no tengo hijos. Nunca he tenido hijos. Nunca

he estado embarazada. Esto es... esto es algún tipo de montaje, no sé qué pretendéis, pero...

Me levanto. Necesito moverme. La habitación es demasiado pequeña y las paredes blancas se cierran sobre mí y no puedo respirar.

—Marina. —La voz de Herrera es suave, tranquila, como si estuviera

hablando con un animal asustado—. Nadie pretende nada. Solo intento ayudarte a recordar.

—¡No hay nada que recordar!

Las fotos se me caen de las manos. Se esparcen por el suelo como naipes de una baraja trucada. La niña de los ojos claros me mira desde el suelo y siento... algo. No sé qué es. Una presión en el pecho, un nudo en la garganta, un frío que me baja por la columna y se instala en algún lugar profundo donde no debería poder llegar.

Ese frío otra vez. Siempre ese puto frío.

Herrera no se mueve. No intenta calmarme con gestos ni con palabras vacías. Solo espera, con el cuaderno abierto sobre las rodillas y el bolígrafo inmóvil entre los dedos.

—Siéntate —dice al cabo de un momento—. Por favor.

Me siento. No porque me lo pida, sino porque las piernas me tiemblan y no creo que aguanten mucho más.

—Voy a hacerte unas preguntas —dice—. No tienen que ver con las fotos.

Son preguntas sencillas. ¿De acuerdo?

No respondo. Él lo toma como un sí.

—¿Cuál es tu color favorito?

Le miro como si hubiera perdido la cabeza. Después de todo esto, después de las fotos y la niña y la mujer que supuestamente soy yo, me pregunta por mi color favorito.

—Azul —digo.

Pero no suena bien. Azul. La palabra sale de mi boca y se queda flotando en el aire y hay algo que no encaja, como cuando te pones un zapato del pie equivocado.

—¿Azul?

—No. Verde. —Tampoco. Joder—. No sé. ¿Qué importa?

Herrera anota algo. Me gustaría saber qué, pero el cuaderno está inclinado de forma que no puedo ver.

—¿Prefieres el mar o la montaña?

—Montaña.

Esta vez la respuesta sale disparada, casi antes de que termine la pregunta. Rápida. Violenta. Como si mi cuerpo la hubiera decidido sin consultarme.

—¿Por qué montaña?

No lo sé. No lo sé, joder. Me gustan las dos cosas. O me gustaban. He ido a la playa mil veces. He hecho fotos del mar que luego he vendido a revistas de viajes. No tengo nada en contra del mar.

Pero ahora mismo la sola idea de estar cerca del agua me produce algo parecido al pánico.

—Porque sí —digo—. ¿Hay alguna respuesta correcta?

—No hay respuestas correctas ni incorrectas. Solo intento conocerte.

—Ya me conoces. Llevo aquí dos semanas, según tú.

—Casi dos semanas —corrige—. Y cada día eres un poco diferente.

No sé qué significa eso. No quiero saberlo.

—¿Tienes hermanos? —pregunta.

—No.

—¿Padres?

—Murieron. Accidente de coche. Tenía diecinueve años.

Herrera asiente. Anota. Me mira.

—¿Y eso cómo te hizo sentir?

—¿Perdona?

—La muerte de tus padres. ¿Cómo te afectó?

Me quedo callada un momento. Esa pregunta... esa pregunta debería ser fácil de responder. Mis padres murieron y yo estuve triste. Normal. Lo que le pasa a cualquiera cuando pierde a alguien.

Pero cuando intento recordar el dolor, cuando intento volver a ese momento de mi vida, solo encuentro... vacío. Sé que pasó. Sé que me afectó. Pero no lo siento. Es como leer sobre algo que le pasó a otra persona.

—Fue duro —digo, porque es lo que se supone que hay que decir.

Herrera me observa. Hay algo en su mirada, una especie de tristeza o de comprensión, que me incomoda profundamente.

—Una última pregunta por hoy —dice—. ¿Qué es lo que más miedo te da?

Pienso en la respuesta obvia. Lo que más miedo me da es no saber dónde estoy ni por qué me llaman por otro nombre. Lo que más miedo me da es la posibilidad de que estén diciendo la verdad y yo sea alguien que no reconozco. Lo que más miedo me da es volverme loca, si es que no lo estoy ya.

Pero lo que digo es:

—El agua.

Y no sé de dónde ha salido eso.

—¿El agua?

—No. O sea, no normalmente. Es solo que... —Me froto los ojos. Estoy

cansada. Tan cansada que los huesos me pesan—. No importa. Olvídalo.

Herrera cierra el cuaderno. Se levanta.

—Descansa. Mañana seguiremos hablando.

—Espera.

Se detiene en la puerta.

—La niña de las fotos. Olivia. —El nombre me raspa la garganta al

salir—. ¿Dónde está?

Herrera no responde inmediatamente. Hay una pausa, brevísima, apenas perceptible, pero la noto. Algo cambia en su expresión durante una fracción de segundo antes de que la máscara profesional vuelva a su sitio.

—Con los abuelos —dice—. Hasta que te recuperes.

—¿Recuperarme de qué exactamente?

Me mira. Los ojos amables se vuelven algo más profundo, más oscuro.

—De lo que sea que te hizo olvidar quién eres.

Sale. La puerta se cierra.

Me quedo sola con las fotos esparcidas por el suelo, mirándome desde todas partes. La mujer de la boda. La mujer embarazada. La mujer con el bebé. La mujer con la niña que dibuja.

La niña con los ojos claros como el agua.

Me agacho a recogerlas porque no soporto tenerlas ahí tiradas, mirándome. Pero cuando mis dedos tocan la foto de Olivia, algo pasa. Un tirón en el pecho. Un vértigo que no tiene nada que ver con el equilibrio.

La niña me mira desde el papel fotográfico y yo la miro a ella y hay algo, joder, hay algo que casi puedo tocar, que está ahí mismo, justo al otro lado de un cristal que no consigo romper.

Aparto la foto. La dejo boca abajo sobre la mesilla, junto a la bandeja del desayuno.

No quiero verla. No puedo verla.

Me tumbo en la cama y miro el techo blanco y pienso en lo que ha dicho Herrera. Con los abuelos. Hasta que te recuperes.

Si esa niña fuera mi hija, si yo fuera la mujer de las fotos, ¿no debería sentir algo más? ¿No debería estar desesperada por verla, por abrazarla, por comprobar que está bien?

No siento nada de eso. Solo siento frío, ese frío constante que no me deja en paz, y una presión en el pecho que no sé nombrar, y las manos inquietas que no dejan de moverse sobre las sábanas, buscando algo que no encuentran.

Cierro los ojos.

Intento dormir.

No lo consigo.

Cada vez que empiezo a quedarme dormida, veo agua. Agua oscura, negra, profunda. Y algo que se hunde. Algo pequeño. Algo que debería agarrar pero que se me escapa entre los dedos.

Abro los ojos de golpe, con el corazón latiéndome en las sienes.

No es un recuerdo. No puede ser un recuerdo. Es solo la sugestión, el poder de las palabras, el cerebro jugándome malas pasadas.

Pero la sensación de las manos vacías persiste.

Y el frío no se va.

3

La clínica

No puedo seguir en esta habitación.

Las paredes se me caen encima, el techo baja un poco más cada vez que lo miro, y si paso un minuto más mirando esas cortinas cerradas voy a acabar arrancándolas con los dientes. Necesito moverme. Necesito ver este sitio, entender dónde me han metido, encontrar alguna grieta en la fachada de normalidad que todo el mundo se empeña en mantener.

Salgo al pasillo esperando que alguien me detenga. Nadie lo hace.

El pasillo es largo, con suelo de baldosas antiguas que crujen bajo mis pies descalzos. Hay más puertas como la mía, todas cerradas, todas idénticas. Números dorados en cada una. La mía es la siete. No sé por qué eso me parece importante, pero lo anoto mentalmente de todas formas.

La clínica es más grande de lo que esperaba. Y más bonita, aunque eso no debería sorprenderme. Los sitios donde encierran a la gente con dinero siempre son bonitos. Paredes de piedra vista, vigas de madera en el techo, ventanales enormes que dejan entrar una luz gris y difusa. Parece un pazo rehabilitado, de esos que salen en las revistas de viajes como "escapadas con encanto" o alguna mierda así.

Un pazo junto al mar. Para gente que ha perdido la cabeza.

Qué poético.

Bajo unas escaleras y me encuentro en lo que parece ser la zona común. Hay sofás de cuero gastado, estanterías llenas de libros que nadie lee, una chimenea apagada que probablemente nunca se enciende. Todo muy acogedor, muy cuidado, muy falso.

Hay una mujer sentada en uno de los sofás, leyendo una revista. Levanta la vista cuando entro. Cincuenta y tantos, pelo teñido de un rubio ceniza que no engaña a nadie porque las raíces oscuras asoman sin vergüenza. Lleva un chándal gris que ha visto mejores días y zapatillas de andar por casa.

Me mira. La miro.

—Tú eres la nueva —dice. No es una pregunta.

—Llevo aquí dos semanas.

—Ya. —Vuelve a su revista—. Para ellos sigues siendo la nueva.

No sé qué significa eso. Decido que no me importa y sigo caminando.

La zona común tiene puertas de cristal que dan a un jardín. El jardín es grande, descuidado de esa manera que pretende parecer natural pero que en realidad requiere mucho esfuerzo. Césped, arbustos, un par de bancos de piedra. Y más allá, el acantilado. Y más allá del acantilado, el mar.

No miro el mar. Me concentro en el jardín.

Hay una piscina. Pequeña, rectangular, con el agua inmóvil y verdosa de las piscinas que nadie usa. Me detengo a unos metros de ella. No me acerco más. No quiero acercarme más. Algo en mi estómago se retuerce con solo mirarla.

Es solo una piscina, joder. Una piscina vacía de gente en un jardín de una clínica psiquiátrica. No tiene nada de especial.

Pero mis pies no quieren acercarse.

—A nadie le gusta esa piscina.

Me giro. La mujer de la revista ha salido al jardín. Tiene un cigarrillo entre los dedos, sin encender.

—¿Perdona?

—La piscina. —Señala con la barbilla—. Nadie la usa nunca. Dicen que el

agua está demasiado fría, o que el cloro les irrita la piel, o lo que sea. Pero la verdad es que a nadie le gusta.

Se sienta en uno de los bancos de piedra y enciende el cigarrillo con un mechero de plástico rosa. El humo sube en espirales que el viento deshace antes de que lleguen a ninguna parte.

—¿Tú estás aquí por...? —empiezo, y me doy cuenta de que no sé cómo

terminar esa frase. ¿Por qué estás loca? ¿Por qué te han encerrado? ¿Qué has hecho?

—Vera —dice ella—. Me llamo Vera.

—Marina.

—Ya lo sé. —Da una calada larga, expulsa el humo por la nariz—. Aquí

todo el mundo sabe todo de todos. Es lo que tiene vivir en una pecera.

Me siento en el otro extremo del banco, manteniendo distancia. Vera no parece ofendida. Probablemente está acostumbrada a que la gente mantenga distancia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunto.

—Demasiado. —Otra calada—. ¿Tú?

—Dos semanas. Eso dicen.

—¿Eso dicen?

—No me acuerdo de nada.

Vera asiente como si eso fuera lo más normal del mundo. Quizá aquí lo es.

—¿Te han contado ya la historia? —pregunta—. La de quién eres, quiero

decir. La de tu vida de antes.

—Me han enseñado fotos. De una mujer que supuestamente soy yo. Con un

marido. Y una hija.

—¿Y te lo crees?

La pregunta me pilla desprevenida. Todo el mundo aquí parece empeñado en convencerme de que soy Carmen. Nadie me ha preguntado si me lo creo.

—No —digo—. No me lo creo.

Vera sonríe. Es una sonrisa extraña, torcida, que no llega a los ojos.

—Bien. No deberías creer nada de lo que te digan aquí.

Me inclino hacia delante. Algo en su tono ha cambiado. Ya no suena a paciente aburrida matando el tiempo. Suena a alguien que sabe cosas.

—¿Qué quieres decir?

Vera mira hacia los ventanales de la clínica, como comprobando que nadie nos observa. Después baja la voz.

—Este sitio no es lo que parece. Hay cosas que pasan aquí que... — Se

interrumpe, da otra calada—. Mira, no quiero asustarte. Pero deberías tener cuidado.

—¿Cuidado con qué?

—Con todo. Con lo que te cuentan. Con lo que te dan de comer. Con las

sesiones con el doctor Herrera. —Hace una pausa—. Con las preguntas que te hacen.

Pienso en las preguntas de Herrera. El color favorito. Mar o montaña. Preguntas absurdas que no parecían tener ningún sentido.

—¿Qué tienen de malo las preguntas?

—No son preguntas. Son tests. Te están evaluando constantemente. Cada

palabra que dices, cada reacción que tienes. Todo queda registrado.

—Eso es... —quiero decir "normal en un sitio así", pero las palabras no

salen—. ¿Para qué?

Vera se encoge de hombros.

—No lo sé exactamente. Pero he visto cosas. Pacientes que desaparecen de

un día para otro. Tratamientos experimentales. Familias que pagan una fortuna para... arreglar a sus miembros problemáticos.

—¿Arreglar?

—Ya sabes. —Apaga el cigarrillo contra la piedra del banco—. Cuando

alguien de la familia empieza a decir cosas inconvenientes. O a recordar cosas que no debería recordar. O simplemente cuando se vuelve un estorbo.

Esto suena a paranoia. A conspiración de manual. A exactamente el tipo de cosas que diría alguien que está en una clínica psiquiátrica.

Y aun así.

Y aun así hay algo en la manera en que lo dice, algo en la certeza de su voz, que me hace escuchar.

—¿Crees que eso es lo que me pasa a mí? —pregunto—. ¿Que mi... familia

me ha metido aquí para arreglarme?

—No lo sé. Pero piénsalo. Te dicen que eres alguien que no reconoces. Te

enseñan fotos de una vida que no recuerdas. Te tratan como si estuvieras loca por no aceptar una historia que no tiene ningún

sentido.

—El doctor Herrera dice que sufrí un trauma.

—El doctor Herrera dice muchas cosas. —Vera se levanta, se sacude ceniza

imaginaria de los pantalones—. Mira, no te estoy diciendo que me creas. Solo te estoy diciendo que tengas los ojos abiertos. Que no te fíes de nadie. Que hagas preguntas.

—¿Preguntas sobre qué?

—Sobre todo. Sobre por qué estás aquí. Sobre qué les pasó a las otras.

—¿Las otras?

Vera me mira. Hay algo en sus ojos que no sé leer. ¿Miedo? ¿Advertencia? ¿O simplemente esa vacuidad que tienen a veces los ojos de la gente que lleva demasiado tiempo encerrada?

—No eres la primera persona que despierta aquí sin saber quién es

—dice—. Hubo otras antes que tú.

El frío que siempre llevo dentro se intensifica. Noto cómo se extiende desde el pecho hacia los brazos, hacia las piernas, hasta la punta de los dedos.

—¿Y qué les pasó?

Vera no responde inmediatamente. Se queda mirando el mar, ese mar gris y revuelto que yo no quiero mirar, y por un momento parece muy lejos de aquí.

—No lo sé —dice finalmente—. Eso es lo que me gustaría saber.

Se va. Camina de vuelta hacia la clínica con las manos en los bolsillos del chándal, sin mirar atrás.

Me quedo sola en el jardín, con el viento frío y el olor a sal y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas del acantilado. La piscina sigue ahí, inmóvil, verdosa, esperando.

No la miro.

Pienso en lo que ha dicho Vera. Pacientes que desaparecen. Tratamientos experimentales. Familias que pagan para arreglar a sus miembros problemáticos.

Suena a locura. Suena a exactamente lo que diría alguien que ha perdido el contacto con la realidad.

Pero ¿y si no lo es?

¿Y si este sitio no es lo que parece? ¿Y si las fotos son falsas, la historia es inventada, y todo esto es algún tipo de... de qué? ¿Experimento? ¿Conspiración? ¿Secuestro elaborado?

Suena ridículo. Suena a película mala.

Pero también suena más lógico que la alternativa. Que yo sea una mujer que no reconozco, con una vida que no recuerdo, con una hija que no siento como mía.

Me levanto del banco. Las piernas me tiemblan un poco, pero aguantan.

Vuelvo dentro.

La zona común está vacía ahora. Vera ha desaparecido. Camino por los pasillos, intentando memorizar el lugar. Escaleras. Puertas. Ventanas. Posibles salidas.

Paso por delante del comedor. Es una sala grande con mesas de madera y sillas de respaldo alto. Hay cubiertos en las mesas, preparados para la próxima comida.

Los cuchillos son de plástico.

Me detengo. Miro los tenedores, las cucharas, los cuchillos. Todo de plástico. Como en un comedor escolar. Como en un sitio donde no quieren que nadie tenga acceso a objetos cortantes.

Como en un sitio donde la gente podría hacerse daño.

O hacérselo a otros.

—¿Marina?

Me giro. Es Gloria, la enfermera del moño tirante. Lleva una bandeja con medicamentos, pequeños vasos de papel con pastillas de colores.

—¿Qué haces aquí? —pregunta. Su tono es amable, pero hay algo debajo.

Algo vigilante.

—Explorando. Necesitaba estirar las piernas.

—Claro. —Sonríe, pero la sonrisa no llega a los ojos—. ¿Cómo te

encuentras? ¿Has dormido bien? ¿Necesitas algo?

Demasiadas preguntas. Las mismas de antes. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien? ¿Necesitas algo?

Lo que realmente pregunta es: ¿vas a darnos problemas?

—Estoy bien —digo.

—¿Segura? Puedo traerte algo si lo necesitas. Un té. Un calmante.

—No necesito un calmante.

Gloria asiente. No parece convencida.

—El almuerzo es en una hora. ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

Lo que realmente pregunta es: ¿voy a tener que vigilarte?

—Sé volver sola.

—Claro.

Se queda ahí, de pie, con la bandeja de medicamentos, mirándome marchar. Siento sus ojos en la espalda mientras camino por el pasillo. Sigo sintiéndolos cuando doblo la esquina.

Llego a mi habitación. Cierro la puerta. Me apoyo contra ella.

Los cuchillos son de plástico.

La piscina que nadie usa.

Las preguntas que no son preguntas.

Las otras que desaparecieron.

Algo está pasando aquí. Algo que no entiendo. Algo que todos saben menos yo.

Y tengo que descubrir qué es.

Me acerco a la ventana. Abro las cortinas un poco, solo un poco, lo justo para ver el jardín desde arriba.

Vera está ahí otra vez. Sentada en el mismo banco, fumando otro cigarrillo.

Pero no está sola.

Gloria está con ella. Hablan en voz baja, con una familiaridad que no encaja. Gloria le da algo. Una carpeta. Vera la coge, la guarda bajo el chándal, asiente.

Después las dos miran hacia la clínica. Hacia las ventanas.

Me aparto de golpe. El corazón me late en los oídos.

¿Qué coño ha sido eso?

Vera, la paciente conspiranoica que me ha advertido sobre este lugar, hablando con Gloria, la enfermera vigilante, igual que si fueran viejas conocidas. Intercambiando carpetas. Mirando hacia las ventanas.

Hacia mi ventana.

Algo no encaja. Algo no encaja en absoluto.

¿Quién es Vera realmente?

¿Y qué coño está pasando en este sitio?

4

El marido

Me avisan de que tengo visita una hora antes de que llegue.

Gloria aparece en mi puerta con esa sonrisa suya que no significa nada y me dice que me prepare, que viene mi marido. Lo dice así, "tu marido", con total normalidad, como si yo supiera de qué coño me está hablando.

—No tengo marido —digo.

—Álex estará aquí a las once. —Gloria ignora mi comentario con la

elegancia de alguien que lleva mucho tiempo ignorando cosas—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un té?

Siempre con el té. Como si el té fuera la solución a todos los problemas del mundo. Como si una taza de manzanilla pudiera arreglar el hecho de que estoy encerrada en una clínica psiquiátrica mientras desconocidos me cuentan historias sobre una vida que no reconozco.

—No quiero té.

—Vale. Si necesitas algo, estaré por aquí.

Se va. La puerta se cierra. Me quedo sola con la palabra "marido" flotando en el aire como un mal olor.

Marido. El hombre de las fotos. El del traje gris en la boda, el que besaba la sien de la embarazada, el que aparecía en todas las imágenes con esa expresión de felicidad que a mí me parecía impostada. Álex. Se llama Álex y supuestamente es mi marido y en menos de una hora va a entrar por esa puerta esperando que lo reconozca.

No lo voy a reconocer.

No puedo reconocer a alguien que no conozco.

Me siento en la cama y espero. No sé qué otra cosa hacer. Podría intentar huir, supongo. Bajar las escaleras, cruzar el jardín, saltar el muro. Pero ¿adónde iría? No sé dónde estoy. No tengo dinero, ni documentación, ni teléfono. Ni siquiera tengo zapatos decentes, joder. Solo estas zapatillas de estar por casa que alguien ha dejado junto a mi cama como si esto fuera un hotel.

Así que espero.

El tiempo pasa despacio cuando no tienes nada que hacer excepto pensar. Y yo pienso demasiado. Pienso en Vera y en la carpeta que intercambió con Gloria. Pienso en los cuchillos de plástico del comedor. Pienso en las preguntas del doctor Herrera, esas preguntas absurdas que según Vera no son preguntas sino tests.

Pienso en la niña de las fotos. Olivia. La que supuestamente es mi hija y está "con los abuelos" esperando a que yo me recupere de lo que sea que me ha pasado.

No pienso en el mar. No pienso en el agua. No pienso en el frío que sigo sintiendo aunque la habitación está templada y el sol entra por la ventana.

A las once en punto, alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo, aunque la palabra se me queda atravesada en la garganta.

La puerta se abre.

El hombre que entra es más alto de lo que parecía en las fotos. Más delgado también, con esa delgadez de alguien que ha perdido peso sin querer, que se ha olvidado de comer durante demasiado tiempo. Tiene el pelo castaño oscuro, los ojos de un marrón que casi parece negro, y unas ojeras que compiten con las mías en profundidad.

Es guapo. Lo noto de manera objetiva, como notarías que un cuadro está bien pintado o que un edificio tiene buenas proporciones. Guapo de una manera convencional, sin sorpresas. El tipo de hombre que las madres quieren para sus hijas.

Me mira desde la puerta. No entra del todo. Se queda ahí, en el umbral, como si necesitara permiso.

—Hola —dice.

Su voz es más suave de lo que esperaba. Ronca, como si no la hubiera usado en un rato.

—Hola.

Silencio. Nos miramos como dos extraños en una sala de espera, sin saber qué decir ni cómo actuar. Supongo que eso es exactamente lo que somos. Dos extraños. Al menos para mí.

—¿Puedo...? —Señala el interior de la habitación.

—Claro.

Entra. Cierra la puerta detrás de él. Se queda de pie, incómodo, con las manos en los bolsillos del pantalón. Lleva vaqueros y un jersey azul marino que le queda grande. Parece cansado. Parece triste. Parece alguien a quien le han quitado algo importante y no sabe cómo recuperarlo.

Todo eso podría ser actuación, me recuerdo. Todo eso podría ser parte del teatro.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Estupendamente. Me encanta estar encerrada en un sitio donde nadie me

cree cuando digo quién soy.

El sarcasmo sale solo. No puedo evitarlo. Es mi mecanismo de defensa, mi manera de mantener distancia, de no dejar que nadie se acerque demasiado.

Álex no parece ofendido. Asiente ligeramente, como si entendiera.

—El doctor Herrera dice que estás mejor. Que esta vez... —Se interrumpe.

Respira—. Que hay progreso.

—¿Esta vez?

No responde. Se acerca a la silla que hay junto a la ventana y se sienta, manteniendo distancia. Sus manos salen de los bolsillos y se quedan sobre sus rodillas, inmóviles. Noto algo: no lleva anillo. El dedo anular de su mano izquierda está vacío.

Miro el mío. La marca más clara sigue ahí, ese fantasma de un anillo que supuestamente llevé durante años.

—¿Por qué no llevas alianza? —pregunto.

Álex baja la mirada hacia sus manos. Las cierra en puños. Las abre.

—Es largo de explicar.

—Tengo tiempo. No es que tenga muchos planes.

Una sombra de sonrisa cruza su cara. Dura menos de un segundo.

—Perdiste la tuya —dice—. En el... —Otra pausa. Otra respiración—. Hace

tiempo. Y yo dejé de llevar la mía porque... no sé. No me parecía justo.

—¿Justo?

—Llevarla cuando tú no podías.

No sé qué decir a eso. Suena a algo que diría alguien que te quiere. Suena a algo que diría alguien que está interpretando el papel de alguien que te quiere.

—El doctor Herrera me ha enseñado fotos —digo—. De ti. De mí. De...

No puedo decir el nombre. No sé por qué, pero el nombre de la niña se me atasca en la garganta como un hueso de aceituna.

—De Olivia —completa Álex.

Lo dice de una manera extraña. Con cuidado, como si la palabra pudiera romperse si la pronuncia demasiado fuerte.

—Sí. De ella.

—¿Y qué has sentido? Al verlas, quiero decir.

—Nada.

Es mentira. Sentí algo. Algo que no sé nombrar, algo que me apretó el pecho cuando vi a la niña dibujando en el regazo de la mujer que supuestamente soy yo. Pero no voy a admitirlo. No delante de este hombre que dice ser mi marido y al que no reconozco.

—Nada —repite Álex. No suena sorprendido. Suena... resignado. Como si ya

lo hubiera escuchado antes.

—¿Esperabas otra cosa?

—No lo sé. —Se frota los ojos con el pulgar y el índice—. Ya no sé qué

esperar.

Otro silencio. Este dura más. Álex mira por la ventana, hacia el jardín, hacia el acantilado, hacia el mar que yo sigo sin poder mirar. Me pregunto si él también siente algo cuando lo ve. Me pregunto si él también tiene ese frío que no se va.

—Cuéntame cosas —digo de repente—. De nuestra vida. De cómo nos

conocimos. De...

—¿De verdad quieres saberlo?

—No. Pero el doctor Herrera dice que podría ayudar.

Álex asiente. Se acomoda en la silla, como preparándose para un largo viaje.

—Nos conocimos en la universidad —empieza—. Tú estudiabas Historia del

Arte. Yo, Arquitectura. Coincidimos en una fiesta de fin de curso. Alguien había traído una guitarra y estaba tocando canciones horribles. Tú te acercaste a mí y dijiste: "Si no saca a alguien de

aquí antes de que empiece Wonderwall, voy a cometer un homicidio". —Hace una pausa—. Fue lo primero que me dijiste.

La historia suena bien. Suena a algo que yo podría haber dicho. Pero no la recuerdo. No hay ningún eco, ningún déjà vu, ninguna chispa de reconocimiento.

—¿Y qué pasó después?

—Salimos de la fiesta. Fuimos a un bar que estaba abierto hasta tarde.

Hablamos durante horas. De todo y de nada. De música, de películas, de por qué la arquitectura brutalista es incomprendida y por qué Velázquez era un genio. —Su voz se suaviza al recordar—. Me enamoré de ti esa noche. No lo supe hasta más tarde, pero pasó esa noche.

—Qué romántico.

El sarcasmo sale automático. No puedo evitarlo.

Álex no se inmuta.

—No fue romántico. Fue aterrador. Tenía veintiún años y de repente mi

vida giraba alrededor de una chica que había conocido en una fiesta mala.

—¿Y yo? ¿También me enamoré esa noche?

—No. —Sonríe, y esta vez la sonrisa llega casi a los ojos—. Tú tardaste

más. Tres meses. Tres meses de quedar para tomar café y de mensajes a las dos de la mañana y de hacerme creer que no tenía ninguna posibilidad.

—Suena cruel.

—Era cautelosa. —La sonrisa se desvanece—. Siempre fuiste cautelosa con

las cosas que te importaban.

No sé qué decir a eso. Me froto el dedo anular sin darme cuenta. Ese gesto otra vez. Esas manos que buscan algo que no encuentran.

—¿Y Olivia? —pregunto. El nombre sale esta vez, aunque raspando —. ¿Cómo

fue... cómo fue tenerla?

Algo cambia en la cara de Álex. Un parpadeo, un temblor en la mandíbula, una sombra que cruza sus ojos y desaparece tan rápido que casi creo haberla imaginado.

—Olivia... —empieza, y su voz suena diferente. Más frágil—. Olivia

era... es... —Se detiene. Traga saliva. Vuelve a empezar—. Olivia siempre quiere... quería... —Otra pausa, más larga—. Siempre quiere desayunar tortitas. Los domingos. Con sirope de arce aunque es carísimo y con trozos de plátano aunque dice que no le gusta el plátano pero luego se lo come igual.

Los tiempos verbales. Bailan entre el presente y el pasado como si no supiera dónde colocarlos. Como si la niña existiera en un limbo temporal donde las reglas gramaticales no aplican.

—¿Dónde está ahora? —pregunto—. Olivia.

—Con mis padres. Ya te lo dijo el doctor Herrera.

—Sí, pero... —Me inclino hacia delante—. ¿Por qué no puede venir a

verme? ¿Por qué no puedo verla yo?

Álex no responde inmediatamente. Se queda mirándome con esa expresión de cansancio infinito, de alguien que ha tenido esta conversación demasiadas veces y sabe que no lleva a ninguna parte.

—Los médicos dicen que no es buena idea. Todavía.

—¿Por qué?

—Porque... —Respira hondo—. Porque podría ser contraproducente. Para tu

recuperación.

—¿Para mi recuperación o para ella?

Silencio.

Me levanto. Necesito moverme. La habitación se ha vuelto pequeña de repente, el aire demasiado denso, la presencia de este hombre demasiado pesada. Camino hacia la ventana. Miro el jardín, la piscina vacía, los bancos de piedra donde ayer Vera intercambió carpetas con Gloria.

No miro el mar.

Álex se levanta también. Lo oigo moverse detrás de mí, acercarse. Cuando pone la mano en mi hombro, el contacto es tan ligero que casi no lo siento.

Pero lo siento.

Y entonces pasa algo.

Un flash. Menos de un segundo. Manos en agua oscura. El peso de algo que se escurre. Frío, un frío brutal que me llena los pulmones y no me deja respirar. Y después nada.

Me aparto de golpe. El corazón me late en los oídos.

—¿Qué pasa? —Álex tiene las manos levantadas, como rindiéndose —. ¿Estás

bien?

No estoy bien. No sé qué ha sido eso. Un recuerdo, una alucinación, un cortocircuito de mi cerebro roto.

—Estoy bien —miento—. Solo... no me toques. Por favor.

—Vale. —Retrocede un paso. Dos—. Lo siento. No quería...

—Está bien.

No está bien. Nada está bien. Pero no voy a decírselo a este hombre que dice ser mi marido y que me mira creyendo que soy algo precioso y frágil que pudiera romperse en cualquier momento.

Quizá ya estoy rota.

—Debería irme —dice Álex—. No quiero cansarte.

—Vale.

Camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo. Se gira.

—¿Puedo volver? —pregunta—. ¿Mañana, o pasado? ¿Puedo seguir viniendo?

No sé por qué pregunta. No sé por qué necesita mi permiso. Si realmente es mi marido, tiene derecho a venir cuando quiera. Si no lo es, mi permiso no significa nada.

—Claro —digo.

Asiente. Abre la puerta. Y entonces, porque soy incapaz de dejar las cosas en paz, porque necesito saber, porque tengo que ver su reacción, digo:

—¿Puedo ver a Olivia?

Álex se congela.

No es una expresión. Se congela literalmente, con la mano en el pomo y el cuerpo a medio girar, como si alguien hubiera pulsado pausa en el mando a distancia. Y en su cara... en su cara veo algo que no había visto hasta ahora.

Dolor.

Dolor puro, sin filtro, sin máscara. El dolor de alguien a quien le han arrancado algo vital y la herida sigue abierta.

Dura un segundo. Quizá menos. Después la máscara vuelve, los músculos se recomponen, y Álex es otra vez el hombre cansado y amable que ha entrado hace media hora.

—Todavía no —dice—. Los médicos dicen que podría ser...

contraproducente.

—¿Contraproducente para quién?

No responde.

Sale.

La puerta se cierra.

Me quedo sola en la habitación, con el eco de esa palabra rebotando en las paredes.

Contraproducente. Contraproducente. Contraproducente.

¿Para quién?

Algo no encaja. Algo en la manera en que Álex ha reaccionado, algo en la manera en que su voz bailaba entre tiempos verbales, algo en ese dolor que ha cruzado su cara cuando he mencionado el nombre de la niña.

Algo que todos saben y nadie me cuenta.

Me siento en la cama. Me froto el dedo anular. Miro hacia la ventana, hacia el mar que sigue ahí, gris y amenazante, esperando.

Y por primera vez desde que desperté en este sitio, me pregunto si quiero saber la verdad.

O si la verdad es algo de lo que debería huir.

5

El diario

No puedo dormir.

Lo he intentado. Juro que lo he intentado. He contado ovejas, he respirado profundo, he cerrado los ojos con tanta fuerza que me dolían los párpados. Nada funciona. Mi cerebro no quiere apagarse. Sigue dando vueltas a lo mismo: Álex y su cara de dolor, los tiempos verbales que bailaban, la palabra "contraproducente" rebotando en mi cráneo como una pelota de pimpón.

Contraproducente para quién.

Me levanto. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, pero ya ni lo noto. El frío se ha convertido en algo constante, un compañero no deseado que me acompaña a todas partes. A estas alturas casi me extrañaría no sentirlo.

La habitación está a oscuras, pero hay suficiente luz de luna entrando por la ventana como para distinguir los contornos de los muebles. La cama. La mesilla. El armario. La silla junto a la ventana donde se sentó Álex hace unas horas.

Necesito hacer algo. Necesito moverme, buscar, encontrar alguna pista que me ayude a entender qué coño está pasando aquí. Porque algo está pasando. Algo que todos saben y nadie me cuenta.

Empiezo por el armario. Abro las puertas despacio, intentando no hacer ruido, aunque no sé muy bien de quién me escondo. Dentro hay ropa. Ropa que supuestamente es mía: pantalones, camisetas, un par de jerseys. Todo de mi talla, todo en colores que no elegiría. Demasiados azules. Demasiados grises. Como si alguien hubiera hecho una lista de "ropa para mujer deprimida" y hubiera comprado todo el catálogo.

Busco en los bolsillos. Nada. Busco en los cajones de la mesilla. Pañuelos de papel, un bote de crema de manos, un cargador de

móvil sin móvil. Busco debajo de la cama. Polvo y más polvo.

Estoy a punto de darme por vencida cuando lo veo.

Hay un hueco entre el armario y la pared. Pequeño, casi imperceptible. Y en ese hueco, medio escondido, hay algo. Un cuaderno.

Lo saco con cuidado. Es un cuaderno normal, de esos que venden en cualquier papelería. Tapas azules, hojas de rayas, una goma elástica que lo mantiene cerrado. Parece usado. Las esquinas están dobladas, la goma estirada de tanto abrirlo y cerrarlo.

Me siento en el borde de la cama. El corazón me late más rápido de lo que debería.

Abro el cuaderno.

La primera página tiene una fecha. Hace más de un año. Y debajo de la fecha, una línea escrita con una letra que reconozco.

Es mi letra.

O algo muy parecido a mi letra. La forma de las eses, la manera de cruzar las tes, el bucle de las ges. Todo coincide. Pero hay algo que no encaja, algo en la presión del bolígrafo, en la inclinación de las palabras, que me hace dudar.

Leo.

"Hoy Olivia ha aprendido a escribir su nombre. Bueno, casi. Le salen todas las letras menos la V, que siempre le queda como una U con patas. Le he dicho que no pasa nada, que ya le saldrá, pero ella se ha enfadado porque quería que fuera perfecto. Es tan cabezota. Me pregunto de quién lo habrá heredado. (Álex dice que de mí. Le he tirado un cojín a la cabeza.)"

El pecho se me contrae. No sé por qué. Es solo una entrada de diario, una anécdota doméstica sin importancia. Una madre hablando de su hija.

Una madre que supuestamente soy yo.

Sigo leyendo.

Las entradas continúan durante semanas. Meses. Son mundanas, casi aburridas: visitas al parque, cenas familiares, discusiones con Álex sobre quién tiene que sacar la basura. Una vida normal. Una vida feliz, incluso. La mujer que escribe esto parece contenta. Cansada, a veces. Frustrada, otras. Pero contenta.

No me reconozco en ella.

Paso las páginas más rápido. Y entonces noto algo.

Hay un vacío.

Después de una entrada fechada en enero, hay tres semanas de páginas en blanco. Nada. Como si la mujer que escribía esto hubiera desaparecido durante veintiún días.

Y cuando la escritura vuelve, es diferente.

La letra sigue siendo parecida a la mía, pero más pequeña. Más apretada. Las palabras se inclinan hacia la izquierda cuando antes se inclinaban hacia la derecha. Y el tono... el tono ha cambiado por completo.

"No sé quién soy. No sé dónde estoy. Hay un hombre que dice que es mi marido pero no le reconozco. Hay una niña que me llama mamá pero no siento nada cuando la miro. Algo está mal. Algo está muy, muy mal."

El estómago se me encoge.

Sigo leyendo.

"El médico dice que tuve un accidente. Que mi cerebro está intentando curarse. Que tengo que tener paciencia. Pero no me fío de él. No me fío de nadie. Hay algo que no me están contando."

Esto lo escribió otra persona. Tiene que haberlo escrito otra persona. Alguien que no soy yo, alguien que pasó por lo mismo que estoy pasando yo, alguien que también despertó en este sitio sin saber quién era.

Pero la letra. Joder, la letra.

Paso más páginas. Hay otro vacío. Seis semanas esta vez. Y cuando la escritura vuelve, es diferente de nuevo. Más grande, más redonda, con los puntos de las íes convertidos en pequeños círculos.

"Me llamo Lucía. No sé por qué todo el mundo insiste en llamarme Carmen. Carmen no existe. Carmen nunca ha existido. Yo soy Lucía y siempre he sido Lucía y no pienso dejar que me convenzan de lo contrario."

Lucía.

El nombre me resulta familiar de alguna manera. Como si lo hubiera oído antes, en un sueño o en una vida anterior.

Sigo pasando páginas. Los vacíos se repiten. Las letras cambian. Los nombres cambian. Lucía desaparece y aparece Andrea. Andrea desaparece y aparece alguien que no se nombra, que solo escribe fechas y frases sueltas que no tienen sentido.

"Agua."

"No puedo respirar."

"Manos que sueltan."

"Perdóname."

Y después, las últimas páginas escritas.

La letra es casi ilegible, garabatos nerviosos que apenas se pueden descifrar. La fecha es de hace tres meses. Y lo que pone...

Lo que pone me hiela la sangre.

"No fue un accidente. Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice."

La misma frase. Repetida una y otra vez. Llenando página tras página con esa confesión obsesiva.

"No fue un accidente. Yo lo hice."

¿Qué hizo? ¿Qué hizo Carmen, o Lucía, o Andrea, o quien coño sea la mujer que escribió esto?

Mis manos tiemblan. El cuaderno se me resbala de los dedos y cae al suelo con un golpe sordo. Algo se desliza de entre las páginas.

Una foto.

Pequeña, del tamaño de una tarjeta de crédito. Arrugada en las esquinas, como si alguien la hubiera tocado demasiadas veces.

La cojo.

Es Olivia.

La misma niña de las fotos que me enseñó Herrera, pero más pequeña. Tres años, quizá cuatro. Está sentada en un columpio, con el pelo al viento y una sonrisa enorme que le ocupa toda la cara. Tiene los ojos entrecerrados por el sol. Parece feliz. Parece viva.

Parece...

Las manos me tiemblan más fuerte. Toco la foto con la punta de los dedos, como si pudiera romperla. Como si pudiera desaparecer si la aprieto demasiado.

No siento nada.

Debería sentir algo. Si esta niña es mi hija, si yo soy la mujer del diario, debería sentir algo al verla. Amor, o al menos reconocimiento. Algo.

Pero lo único que siento es ese frío que no se va. Y una presión en el pecho que no sé nombrar. Y las manos inquietas que quieren soltar la foto y al mismo tiempo no pueden dejar de tocarla.

Guardo la foto entre las páginas del cuaderno. Guardo el cuaderno debajo del colchón, en el hueco entre el somier y el suelo. No es un buen escondite, pero es el único que tengo.

Me tumbo en la cama. Miro el techo.

"No fue un accidente. Yo lo hice."

¿Qué hiciste, Carmen? ¿Qué hiciste que fue tan terrible que tu cerebro tuvo que inventar personas nuevas para no recordarlo?

El mar ruge fuera, olas rompiendo contra las rocas del acantilado. No quiero escucharlo. No quiero pensar en agua, ni en manos que sueltan, ni en perdones que nadie pidió.

Pero pienso de todas formas.

Pienso en Vera y sus advertencias sobre pacientes que desaparecen. Pienso en los cuchillos de plástico del comedor. Pienso en Gloria intercambiando carpetas en el jardín. Pienso en Álex y sus tiempos verbales rotos, en la manera en que su cara se descompuso cuando pregunté por Olivia.

Pienso en la niña del columpio, con su sonrisa enorme y sus ojos entrecerrados por el sol.

Y pienso en esa frase, repetida hasta la obsesión en las últimas páginas del diario.

"No fue un accidente. Yo lo hice."

¿Y si he estado equivocada todo este tiempo? ¿Y si no soy la víctima de una conspiración, ni de un experimento, ni de un secuestro elaborado?

¿Y si soy la culpable?

¿Y si todo el mundo me mira con esa mezcla de lástima y cautela porque saben lo que hice?

¿Y si la razón por la que no puedo ver a Olivia no es que sea "contraproducente" para mi recuperación, sino que Olivia ya no está?

El pensamiento me golpea con la fuerza de un puñetazo. Me incorporo en la cama, con el corazón latiendo en la garganta.

No. No puede ser. No puede ser porque Álex habló de ella en presente. "Siempre quiere desayunar tortitas." Presente. Está viva. Tiene que estar viva.

Pero también habló en pasado. "Quería." Los tiempos que bailaban. Las frases que no terminaba. El dolor en su cara cuando pregunté si podía verla.

Contraproducente para quién.

Me tumbo de nuevo. Cierro los ojos. Los abro.

El techo sigue siendo blanco. Las paredes siguen siendo blancas. Y yo sigo siendo alguien que no sabe quién es, encerrada en un sitio que huele a lejía y a secretos, con un diario debajo del colchón que dice que hice algo imperdonable.

"No fue un accidente. Yo lo hice."

¿Qué hiciste, Carmen?

¿Qué coño hiciste?

6

La teoría

Paso la noche entera despierta, dándole vueltas al diario.

Cada vez que cierro los ojos, veo esas páginas llenas de letras que cambian, de nombres que aparecen y desaparecen, de vacíos que no sé explicar. Lucía. Andrea. Y la otra, la que no se nombraba, la que solo escribía palabras sueltas que sonaban a pesadilla.

Agua. Manos que sueltan. Perdóname.

No fue un accidente. Yo lo hice.

Cuando amanece, tengo una teoría. No es una buena teoría, pero es algo. Es mejor que la nada.

Carmen hizo algo. Algo terrible, algo imperdonable. Y ahora Álex y la clínica y el doctor Herrera con sus preguntas absurdas están intentando... ¿qué? ¿Protegerla? ¿Controlarla? ¿Usar su culpa como palanca para mantenerla encerrada?

Me incorporo en la cama. El frío de siempre se ha instalado en mis huesos, ese frío que no tiene nada que ver con la temperatura ambiente porque la calefacción funciona perfectamente, puedo oír el zumbido de los radiadores, pero da igual. El frío viene de dentro. Siempre viene de dentro.

Necesito hablar con alguien. Necesito contrastar esta teoría con otra persona, alguien que no sea parte de este circo, alguien que pueda decirme si estoy loca o si hay algo de verdad en lo que pienso.

Vera.

Vera, con sus advertencias sobre pacientes que desaparecen y tratamientos experimentales. Vera, que sabe más de lo que dice y que intercambia carpetas con la enfermera jefe en el jardín como si fueran viejas conocidas.

Vera, en quien no debería confiar pero que ahora mismo es la única opción que tengo.

Me visto rápido. La ropa del armario sigue sin parecerme mía, pero elijo lo menos ofensivo: unos vaqueros oscuros y un jersey gris que me queda grande. Salgo al pasillo antes de que Gloria aparezca con el desayuno y sus preguntas vigilantes.

La clínica está tranquila a esta hora. Los pasillos huelen a café recién hecho y a ese desinfectante con olor a pino que usan en todos los hospitales del mundo. Bajo las escaleras intentando no hacer ruido, aunque no sé muy bien de quién me escondo.

Vera está en el jardín. Por supuesto que está en el jardín. Sentada en el mismo banco de siempre, fumando el primer cigarrillo del día, con la mirada perdida en algún punto del horizonte.

No mira al mar. Mira a las montañas, a lo lejos, donde el verde de los árboles se funde con el gris del cielo. Me pregunto si ella también evita el agua.

—Madrugadora —dice cuando me siento a su lado.

—No he dormido.

—Ya. —Da una calada larga, expulsa el humo por la nariz—. Se te nota.

Nos quedamos en silencio un momento. El viento es frío, húmedo, con ese olor a sal que me revuelve el estómago aunque intento ignorarlo. A lo lejos, las olas rompen contra las rocas con un sonido constante, rítmico, casi hipnótico.

No lo escucho. Me niego a escucharlo.

—He encontrado algo —digo.

Vera me mira de reojo. No dice nada. Espera.

—Un diario. Escondido en mi habitación. Con... con cosas escritas. Cosas

que no entiendo.

—¿Qué tipo de cosas?

Dudo. No quiero contarle todo. No quiero hablarle de Lucía ni de Andrea ni de esa frase que se repite hasta la obsesión. Pero necesito algo. Necesito saber si estoy en el camino correcto o si me estoy volviendo loca del todo.

—Hay vacíos —digo—. Semanas enteras sin escribir. Y cuando la escritura

vuelve, la letra es diferente. Como si... como si no fuera la misma persona.

Vera asiente despacio. El cigarrillo se consume entre sus dedos.

—¿Y qué crees que significa?

—No lo sé. Pero hay algo más. Al final del diario, hay una frase que se

repite. Una y otra vez. Como si quien la escribió no pudiera parar.

—¿Qué frase?

Trago saliva.

—"No fue un accidente. Yo lo hice."

El silencio que sigue es denso, pesado. Vera no parece sorprendida. Eso es lo que más me inquieta. Debería sorprenderse. Debería preguntar qué significa, qué hice, de qué accidente hablo. Pero no lo hace.

—Interesante —dice al cabo de un momento.

—¿Interesante? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que te diga? —Se encoge de hombros—. Tú misma lo has

dicho. No sabes lo que significa.

—Pero tengo una teoría.

—A ver.

Me inclino hacia delante. Las manos me tiemblan un poco, pero las escondo entre las rodillas.

—Creo que Carmen... que yo... hice algo terrible. Algo que no puedo

recordar porque mi cerebro lo ha bloqueado. Y creo que Álex y la clínica lo saben. Creo que me tienen aquí para... no sé. ¿Protegerme? ¿Controlarme? ¿Usar lo que hice como manera de mantenerme encerrada?

Vera apaga el cigarrillo contra la piedra del banco. Se queda mirando la colilla un momento, pensativa.

—Es una teoría —dice—. No es mala.

—¿Pero?

—Pero hay otra posibilidad que no estás considerando.

—¿Cuál?

Me mira directamente a los ojos. Por primera vez desde que la conozco, su expresión no tiene rastro de ironía ni de humor negro. Solo hay algo que podría ser compasión. O advertencia.

—¿Y si no te están protegiendo a ti? —dice—. ¿Y si te están protegiendo

de ti?

No sé qué responder a eso. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Aquí traen a gente con dinero —continúa Vera—. Gente que quiere hacer

desaparecer problemas. A veces el problema es un familiar incómodo, alguien que sabe demasiado o que ha hecho algo que avergüenza a la familia. Pero a veces... —Hace una pausa—. A veces el problema es la persona misma. Alguien que es un peligro para sí mismo. O para otros.

—¿Crees que soy un peligro?

—No lo sé. No te conozco. Pero piénsalo. ¿Por qué no te dejan ver a la

niña? ¿Por qué los cuchillos del comedor son de plástico? ¿Por qué Gloria te vigila como si fueras a saltar por la ventana en cualquier momento?

El frío se intensifica. Noto cómo me baja por la columna, se instala en el estómago, me aprieta los pulmones.

—No soy un peligro —digo, pero la voz me sale débil, poco convincente.

—Quizá no. Quizá todo esto es un error enorme y tú eres exactamente

quien dices ser: Marina Leal, fotógrafa freelance de Madrid, sin marido, sin hijos, sin nada que ver con esta historia. —Vera se levanta, se sacude ceniza imaginaria de los pantalones—. Pero quizá no. Quizá eres Carmen Vidal, y quizá hiciste algo tan terrible que tu cerebro tuvo que inventar a Marina para poder seguir viviendo.

Se va antes de que pueda responder. Camina hacia la clínica con las manos en los bolsillos, sin mirar atrás.

Me quedo sola en el banco, con el viento frío y el olor a sal y el sonido de las olas que no quiero escuchar.

¿Y si tiene razón?

¿Y si no me están encerrando para proteger un secreto, sino para proteger al mundo de mí?

La idea es tan horrible que casi me hace reír. Yo, Marina Leal, que no ha hecho nada más peligroso en su vida que cruzar la calle con el semáforo en rojo, convertida en alguien de quien hay que proteger a los demás.

Pero Marina Leal no existe, ¿verdad? Marina Leal es una fantasía, una historia que me cuento para no tener que enfrentar la verdad.

Sea cual sea esa verdad.

Vuelvo dentro. Necesito más información. Necesito pruebas, datos, algo concreto que me ayude a entender qué está pasando. El diario no es suficiente. Las palabras de Vera no son suficientes. Necesito ver con mis propios ojos.

Necesito salir de aquí.

La idea se forma despacio, como una fotografía revelándose en el cuarto oscuro. Necesito ir a la casa. A la casa de Carmen. Ver cómo vive, qué tiene, qué esconde. Quizá ahí encuentre las respuestas que nadie quiere darme.

Pero ¿cómo? No puedo simplemente salir por la puerta. Esto es una clínica, no un hotel. Hay protocolos, permisos, autorizaciones. No me van a dejar marchar así como así.

A menos que...

A menos que pida permiso. A menos que convenza al doctor Herrera de que necesito ver mi casa para "ayudar a la recuperación". Es el tipo de cosa que diría un psicólogo, ¿no? Enfrentar los recuerdos, reconectar con el entorno, toda esa mierda.

Es arriesgado. Si dicen que no, sabrán que estoy planeando algo. Pero ¿qué otra opción tengo? ¿Quedarme aquí, mirando las paredes blancas, esperando a que alguien se digne a contarme la verdad?

No. Estoy harta de esperar.

Paso el resto del día dándole vueltas al plan. Ensayo lo que voy a decir, las palabras que voy a usar, el tono que voy a adoptar. Sumisa pero curiosa. Colaboradora pero con iniciativa. El tipo de paciente que quieren que sea: alguien que está "progresando".

Gloria me trae el almuerzo. Me lo como todo, aunque la comida sabe a cartón. Gloria me pregunta cómo estoy, si necesito algo, si he dormido bien. Le digo que sí a todo, con una sonrisa que espero parezca sincera.

Por la tarde, me tumbo en la cama e intento dormir. No lo consigo. Cada vez que cierro los ojos, veo agua. Agua negra, profunda, que me traga y no me deja salir. Veo manos que buscan algo en la

oscuridad. Veo una forma pequeña que se hunde, que se aleja, que desaparece.

Despierto gritando.

No recuerdo el sueño. Solo recuerdo el miedo, el frío, la sensación de haber perdido algo que no puedo nombrar.

Gloria entra corriendo. Me pregunta qué ha pasado, si estoy bien, si necesito algo. Le digo que ha sido una pesadilla. Solo una pesadilla. Nada más.

No me cree. Lo veo en sus ojos. Pero asiente y se va, y yo me quedo sola en la habitación que huele a lejía y a secretos.

Mañana. Mañana hablaré con Herrera.

La mañana llega más rápido de lo que esperaba. O quizá es que no he dormido nada y el tiempo ha dejado de tener sentido.

Gloria me informa de que el doctor Herrera quiere verme. No he tenido que pedirlo. Él mismo ha programado la sesión.

Eso me inquieta más de lo que debería.

El despacho de Herrera está en la segunda planta, al final de un pasillo lleno de cuadros que intentan parecer alegres y solo consiguen parecer deprimentes. Flores, paisajes, barcos en el mar. ¿Por qué siempre barcos en el mar? ¿Es que nadie en este sitio se da cuenta de la ironía?

Llamo a la puerta. Herrera dice que pase.

El despacho es más acogedor de lo que esperaba. Hay libros en las estanterías, plantas en las esquinas, un sofá de cuero desgastado que parece cómodo de verdad. Y en una esquina, sobre una mesa baja, un acuario. Pequeño, con peces de colores que nadan en círculos interminables.

Me quedo mirando el acuario más tiempo del necesario. Hay algo hipnótico en el movimiento del agua, en las burbujas que suben, en los peces que van y vienen sin ir a ninguna parte.

—¿Te gustan los peces? —pregunta Herrera.

—No especialmente.

—Era de mi hijo. —Su voz se suaviza un poco—. Le encantaban los

animales.

No pregunto qué le pasó a su hijo. Algo en la manera en que lo dice, con ese "era" que pesa como una losa, me indica que no debo preguntar.

Me siento en la silla frente a su escritorio. Él tiene el cuaderno de siempre, el bolígrafo de siempre, la sonrisa amable de siempre.

—¿Cómo has dormido? —pregunta.

—Mal.

—¿Pesadillas?

—Algo así.

Asiente. Anota algo. El rasgueo del bolígrafo contra el papel es el único sonido en la habitación.

—Gloria me ha dicho que has estado más... activa estos días. Explorando

la clínica. Hablando con otros pacientes.

Mierda. ¿Sabe lo de Vera? ¿Sabe lo que hemos hablado?

—Necesitaba estirar las piernas —digo.

—Claro. Es comprensible. —Otra sonrisa—. Me alegra que te sientas más

cómoda aquí.

No me siento cómoda. Me siento atrapada. Pero no voy a decírselo.

Es ahora o nunca. Respiro hondo.

—Doctor Herrera, quería pedirle algo.

—Adelante.

—Me gustaría... me gustaría ir a la casa. A la casa de Carmen. —Me

corrijo rápidamente—. A mi casa, quiero decir. Creo que podría ayudarme. Ver el sitio donde vivía, tocar las cosas, intentar... reconectar.

Espero resistencia. Espero que diga que no es buena idea, que es demasiado pronto, que tengo que tener paciencia. Ya tengo preparadas las réplicas, los argumentos, las súplicas si hace falta.

Pero Herrera no dice nada de eso.

En cambio, sonríe. Una sonrisa amplia, casi satisfecha.

—Me parece una idea excelente —dice.

Parpadeo. No me esperaba eso.

—¿En serio?

—Por supuesto. De hecho, iba a sugerirte algo parecido. Creo que sería

muy beneficioso para tu recuperación que vieras tu entorno. Tu casa, tus cosas. Podría ayudar a desbloquear algunos recuerdos.

Demasiado fácil. Esto es demasiado fácil.

—¿Por qué? —pregunto, porque no puedo evitarlo, porque algo no cuadra—.

¿Por qué ahora?

Herrera me mira por encima de las gafas. Sus ojos son amables, pero hay algo más debajo. Algo que no sé leer.

—Porque creo que estás lista —dice—. Porque creo que estás lista para

empezar a recordar.

Las palabras suenan a promesa.

Pero también suenan a amenaza.

7

La casa

La casa de Carmen Vidal está en un pueblo costero a cuarenta minutos de la clínica.

Álex conduce. Yo voy en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla sin ver nada. Hay un asistente de la clínica en el asiento de atrás, un chico joven que no ha dicho una palabra desde que salimos. Supongo que tiene órdenes de vigilarme sin que parezca que me vigila. Qué majos todos.

El paisaje es bonito, supongo. Verde, húmedo, con ese cielo gris que parece permanente en esta parte del mundo. Hay vacas pastando en prados que parecen sacados de un anuncio de mantequilla. Casas de piedra con tejados de pizarra. Iglesias románicas en cada pueblo que atravesamos.

No miro el mar cuando aparece a nuestra derecha. Mantengo la vista fija en las montañas, en los árboles, en cualquier cosa que no sea esa masa gris y revuelta que late como algo vivo.

Álex tampoco lo mira. Me doy cuenta porque llevo un rato observándole de reojo. Sus ojos se quedan siempre en la carretera, en el retrovisor, en el salpicadero. Nunca giran hacia la costa.

Me pregunto si él también tiene motivos para evitarla.

—Ya casi estamos —dice.

Es lo primero que dice desde que salimos. Su voz suena rara, tensa. Como si las palabras le costaran más de lo normal.

—Vale.

El pueblo aparece de repente, después de una curva. Es más grande de lo que esperaba. Casas blancas con contraventanas de colores, un puerto pequeño con barcos de pesca, una plaza con una iglesia y

un par de bares. Todo muy pintoresco, muy de postal, muy falso de alguna manera que no sé explicar.

Álex aparca frente a una casa en una calle tranquila. Es una casa grande, de dos plantas, con un jardín delantero que necesita atención. Las rosas están muertas. Los arbustos, descuidados. Como si nadie hubiera tenido tiempo ni ganas de ocuparse de ellos en mucho tiempo.

—Es aquí —dice Álex.

Lo sé. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Esta casa me resulta familiar de una manera que me pone los pelos de punta.

Bajamos del coche. El asistente se queda dentro; supongo que tiene instrucciones de darnos espacio. Álex saca unas llaves del bolsillo y camina hacia la puerta. Yo le sigo, aunque las piernas me pesan como si estuvieran llenas de cemento.

El interior huele a flores muertas y a buenas intenciones.

—He intentado mantenerla limpia —dice Álex, como disculpándose —. Pero

no... no paso mucho tiempo aquí.

El recibidor es amplio, con suelos de madera que crujen bajo mis pies. Hay un perchero junto a la puerta con cuatro ganchos. Cuatro. Cuento automáticamente, sin saber por qué. Dos grandes, uno mediano, uno pequeño. A la altura de un niño.

De una niña.

—¿Quieres ver la cocina? —pregunta Álex.

Lo que pregunta realmente es: ¿vas a quedarte ahí parada todo el día mirando el perchero como si fuera a morderte?

—Vale.

La cocina es grande, luminosa, con una de esas islas centrales que salen en las revistas de decoración. Hay electrodomésticos caros, encimeras de mármol, armarios de madera pintada de blanco. Todo muy bonito. Todo demasiado silencioso.

Como un mausoleo.

Hay dibujos pegados en el frigorífico. Dibujos de niña, con rotuladores de colores, sujetos con imanes de formas variadas: una estrella, un sol, un gato. No los miro. No quiero mirarlos.

Los miro.

Una casa con jardín, dibujada con el entusiasmo torpe de alguien que todavía no domina las proporciones. Una familia de palotes: dos grandes, uno pequeño. El pequeño tiene el pelo largo, garabateado con rotulador negro. Debajo, con letras torcidas que se tuercen hacia arriba al final: "MI FAMILI. OLIVI."

El pecho se me contrae.

—El jardín necesita trabajo —digo, porque necesito decir algo, porque el

silencio me está matando—. Antes tenía rosas en ese rincón.

Señalo hacia la ventana, hacia una esquina del jardín trasero que se ve desde aquí. Hay un parterre vacío, con la tierra removida y malas hierbas creciendo entre los restos de lo que fueron arbustos.

Álex se queda muy quieto.

—¿Cómo sabes eso?

Buena pregunta. No tengo ni puta idea.

—Yo... —Empiezo a responder y me doy cuenta de que no tengo respuesta—.

No lo sé. Simplemente lo sé.

El silencio que sigue es incómodo, denso. Álex me mira con esa expresión que no sé leer, esa mezcla de esperanza y miedo que le cruza la cara cada vez que digo algo que no debería saber.

—¿Quieres seguir viendo la casa? —pregunta al cabo de un momento.

—Sí.

Pasamos al salón. Sofás grandes, televisión de pantalla plana, estanterías llenas de libros y fotos enmarcadas. Me acerco a las fotos sin pensar, como atraída por un imán.

Carmen en todas ellas. Con Álex. Con la niña. En una playa, pero siempre en la arena, nunca en el agua. En un cumpleaños, con gorros ridículos y una tarta con velas. En Navidad, junto a un árbol que parece demasiado grande para esa esquina del salón.

La niña crece a lo largo de las fotos. Bebé, niña pequeña, niña más grande. Pelo oscuro, ojos claros. Siempre sonriendo. Siempre mirando a la cámara como si el mundo fuera un lugar maravilloso donde nunca pasa nada malo.

No siento nada.

Debería sentir algo. Si esta es mi casa, si esta es mi familia, debería sentir algo al ver estas fotos. Reconocimiento, nostalgia, amor. Algo.

Pero lo único que siento es ese frío que no se va. Y una presión en el pecho que no sé nombrar.

—El comedor está por aquí —dice Álex.

Le sigo. El comedor tiene una mesa grande de madera, con seis sillas alrededor. No. Cuatro sillas. Cuatro. Pero una de ellas tiene cosas encima: una chaqueta, unos papeles, una bolsa de tela. Como si nadie la usara. Como si estuviera ocupada por fantasmas.

—Esa silla... —empiezo.

—Era... es... —Álex se interrumpe. Respira hondo—. Nadie se sienta ahí.

No pregunto por qué. Creo que ya lo sé.

Subimos al piso de arriba. El pasillo tiene más fotos, más recuerdos de una vida que no reconozco. Un dormitorio principal con una cama grande y sábanas que parecen recién lavadas. Un baño con productos de higiene ordenados en estantes de cristal.

Y al final del pasillo, una puerta cerrada.

Me detengo frente a ella. Algo me impide seguir caminando, algo que no es físico pero que se siente igual de real. Como si hubiera un muro invisible entre la puerta y yo.

—Esa es... —empieza Álex.

—La habitación de Olivia.

No es una pregunta. Lo sé. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

—Sí. —Su voz suena rota, como cristal pisoteado—. No está... no está

lista para eso.

—¿No está lista la habitación o no estoy lista yo?

No responde. Eso es respuesta suficiente.

Vuelvo sobre mis pasos. Necesito aire, espacio, algo que no sea este pasillo lleno de puertas cerradas y preguntas sin respuesta. Entro en el dormitorio principal, buscando... no sé qué. Algo. Lo que sea.

El armario está entreabierto.

Me acerco sin pensar. Abro las puertas del todo. Ropa de adulta colgada con cuidado: vestidos, blusas, pantalones. Ropa que no reconozco. Ropa que no elegiría jamás. Demasiados colores apagados, demasiados cortes conservadores. Como si la mujer que vivía aquí hubiera dejado de intentar ser ella misma.

Busco en los cajones. Ropa interior, calcetines, pijamas. Y debajo de una pila de camisetas, una caja de medicamentos. Escondida, como si alguien no quisiera que la encontraran.

Ansiolíticos. Antidepresivos. Pastillas para dormir. Todas a nombre de Carmen Vidal. Todas con fechas de hace más de un año.

Guardo la caja donde estaba. Sigo buscando.

En el fondo del armario hay abrigos. Abrigos de invierno, gruesos, oscuros. Y entre ellos, algo que no encaja. Un teléfono móvil antiguo, guardado en el bolsillo de un abrigo gris. Lo saco. Está

apagado, sin batería. Me lo guardo en el bolsillo de los vaqueros antes de que Álex pueda verlo.

Y entonces lo veo.

Al fondo del todo, medio escondido detrás de los abrigos oscuros, hay un abrigo rojo. Pequeño. Con botones dorados.

Mis manos se mueven solas. Lo tocan antes de que mi cerebro pueda detenerlas. La tela es áspera, lana gruesa de invierno, y huele a algo que no puedo identificar pero que me revuelve el estómago. Humedad. Sal. Y algo más, algo que está debajo de todo eso, algo que mi cuerpo reconoce aunque mi mente no quiera hacerlo.

No puedo soltar el abrigo.

Mis dedos se cierran sobre la tela como si fuera lo único que me mantiene a flote. Como si soltarlo significara hundirme. Las piernas empiezan a temblarme. El frío se intensifica, se extiende desde el pecho hacia los brazos, hacia las manos que no quieren soltar, hacia todo mi cuerpo.

Agua.

La palabra aparece en mi mente sin que la haya invocado. Agua oscura. Agua fría. Y este abrigo, este abrigo rojo con botones dorados, hundiéndose, alejándose, desapareciendo en la—

Suelto el abrigo de golpe.

Me tambaleo hacia atrás. Las piernas no me sostienen. Acabo sentada en el suelo del dormitorio, con la espalda apoyada contra la cama y el corazón latiéndome en los oídos tan fuerte que casi no oigo nada más.

Álex aparece en la puerta. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No sé cuánto tiempo llevo yo en el suelo.

—Marina —dice, y su voz suena muy lejos—. Marina, ¿estás bien?

No estoy bien. No sé qué ha sido eso. No sé por qué un abrigo de niña me ha provocado... lo que sea que acaba de pasarme.

—¿De quién es? —pregunto, aunque conozco la respuesta—. El abrigo rojo.

¿De quién es?

Álex no responde inmediatamente. Se queda en la puerta, mirándome con esa expresión que no sé leer. Dolor. Miedo. Esperanza. Todo mezclado en una cara que intenta mantenerse neutral y no lo consigue.

—De Olivia —dice finalmente—. Era su favorito.

Era.

Tiempo pasado.

Me levanto como puedo. Las piernas siguen temblando, pero aguantan. El abrigo sigue en el suelo del armario, rojo como la sangre, con los botones dorados brillando bajo la luz de la ventana.

—¿Por qué está aquí? —pregunto—. Si Olivia está con los abuelos, ¿por

qué está su abrigo favorito aquí?

Álex abre la boca. La cierra. Vuelve a abrirla.

—Hace calor donde están mis padres —dice al cabo de un momento —. No lo

necesita.

Es mentira. Sé que es mentira. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Igual que sé dónde estaban las rosas.

Igual que sé que esa silla del comedor no se usa porque era de alguien que ya no está.

Igual que sé que este abrigo huele a sal y a agua y a algo que no quiero nombrar.

—Quiero irme —digo.

—Vale. —Álex asiente, aliviado—. Vale, vámonos.

Salimos de la habitación. Bajamos las escaleras. Cruzamos el recibidor con sus cuatro ganchos y su olor a flores muertas. Salimos a la calle, donde el asistente de la clínica sigue esperando en el coche con la paciencia infinita de quien cobra por horas.

Antes de subir al coche, me giro hacia la casa. La miro. Una casa grande con jardín descuidado y ventanas que parecen ojos vacíos. Una casa llena de fotos de gente sonriendo y de sillas que nadie usa y de abrigos rojos escondidos en armarios.

Una casa que debería ser mi hogar y que solo consigue parecerme una tumba.

—¿Marina?

Álex está junto al coche, esperando. Tiene las llaves en la mano y esa expresión de cansancio que parece haberse vuelto permanente.

—Ya voy.

Subo al coche. Cierro la puerta. Álex arranca y el pueblo empieza a alejarse por la ventanilla.

Meto la mano en el bolsillo de los vaqueros. El teléfono móvil sigue ahí, frío contra mis dedos. Un teléfono viejo, sin batería, escondido en el bolsillo de un abrigo.

¿Qué secretos guardará Carmen Vidal en un teléfono que escondía de todo el mundo?

Miro a Álex de reojo. Él mantiene la vista en la carretera, con las manos cerradas sobre el volante tan fuerte que los nudillos se le han puesto blancos.

Algo me dice que no le va a gustar lo que voy a encontrar.

Algo me dice que a mí tampoco.

8

La hermana

Me dicen que tengo visita cuando todavía estoy intentando procesar lo del teléfono.

Lo he escondido debajo del colchón, junto al diario. No he podido encenderlo porque no tiene batería y el cargador que hay en mi mesilla no es compatible. Necesito encontrar uno. Necesito saber qué hay dentro. Necesito...

—Tu hermana está aquí —dice Gloria desde la puerta.

Me quedo paralizada.

—No tengo hermana.

Gloria me mira con esa expresión que ya empiezo a conocer. Paciencia profesional mezclada con algo que podría ser lástima o podría ser cansancio.

—Beatriz lleva esperando veinte minutos. Está en la sala de visitas.

Beatriz. El nombre no me dice nada. No hay ningún eco, ningún reconocimiento, ninguna chispa de memoria. Solo un nombre de mujer que supuestamente es mi hermana y que lleva veinte minutos esperando a alguien que no sabe quién es.

—Vale —digo, porque no sé qué otra cosa decir.

La sala de visitas es una habitación pequeña con sofás de cuero sintético y una mesa baja con revistas que nadie lee. Hay una ventana que da al jardín, a la piscina que nadie usa, al acantilado y al mar que sigo sin poder mirar.

La mujer que me espera no se parece a mí.

Es más baja, más delgada, con ese tipo de delgadez que viene de no comer lo suficiente durante demasiado tiempo. Tiene el pelo oscuro

recogido en un moño tirante, ropa cara que le queda perfecta, y una expresión que podría congelar el infierno.

Me mira cuando entro. No se levanta. No sonríe. No hace ninguno de los gestos que haría alguien al ver a un familiar después de mucho tiempo.

Solo me mira. Como si yo fuera algo que hubiera encontrado en la suela de su zapato.

—Hola —digo.

No responde. Sus dedos se mueven hacia su cuello, tocando algo. Un collar. Cuentas de colores, irregulares, como las que haría un niño en el colegio. Desentona completamente con su ropa elegante, con su aspecto impecable. Es lo único que no encaja.

—Tú debes de ser Beatriz —intento de nuevo.

—Siéntate.

No es una invitación. Es una orden. Me siento en el sofá frente a ella, manteniendo la mesa entre las dos como si fuera una barricada.

Bea no aparta la mirada. Ella sigue mirándome con esos ojos que cortan. Yo intento no retorcerme bajo su escrutinio.

—¿Querías verme? —pregunto al fin, porque alguien tiene que decir algo.

—No especialmente.

Vale. Esto va a ser divertido.

—Entonces ¿por qué has venido?

Beatriz se inclina hacia delante. Sus dedos siguen tocando el collar de cuentas, acariciándolo como si fuera un rosario.

—Porque Álex me lo ha pedido. Porque el doctor Herrera cree que podría

ayudar a tu... —hace una pausa, busca la palabra— ...recuperación.

La manera en que lo dice. Como si la palabra le supiera a veneno.

—¿Y tú qué crees?

—Yo creo que no hay nada que recuperar. —Se recuesta en el sofá, sin

dejar de mirarme—. Creo que esto es una pérdida de tiempo.

El frío que siempre llevo dentro se intensifica. Esta mujer me odia. No es una impresión, no es paranoia. Es un hecho tan evidente como el color del cielo.

—¿Por qué me odias tanto?

La pregunta sale antes de que pueda detenerla. Beatriz parpadea, sorprendida quizá de mi franqueza. Después sus labios se curvan en algo que no es exactamente una sonrisa.

—Porque te odio —dice, igual que si fuera la cosa más obvia del mundo—. Pero

no tanto como tú te odias a ti misma.

No sé qué responder a eso. Las palabras se me quedan atascadas en algún lugar entre el cerebro y la boca.

—No sé de qué me hablas —consigo decir.

—Claro que no. —Su voz tiene un filo que podría cortar cristal—. Tú

puedes olvidar. Ese es tu superpoder, ¿no? Olvidar. Resetear. Empezar de cero. Mientras los demás nos quedamos con... —Se interrumpe. Los dedos aprietan el collar con fuerza—. Da igual.

—¿Con qué? ¿Con qué os quedáis los demás?

Beatriz no responde. Se queda mirando por la ventana, hacia el jardín, hacia el mar que ninguna de las dos quiere ver.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta de repente, cambiando de tema con la

sutileza de un mazo.

—Confundida. Encerrada. Sin saber quién soy ni por qué estoy aquí.

—Pobrecita.

El sarcasmo gotea de cada sílaba. Me dan ganas de levantarme y salir de aquí, de dejar a esta mujer con su odio y su collar de cuentas y su mirada que perfora. Pero algo me retiene. Algo me dice que ella sabe cosas. Cosas que nadie más me va a contar.

—¿Qué pasó? —pregunto—. ¿Qué hice para que me odies tanto?

Beatriz vuelve a mirarme. Por un segundo, solo un segundo, algo cruza su cara. Algo que podría ser dolor o podría ser rabia contenida.

—¿De verdad no lo recuerdas?

—No recuerdo nada. Ni a ti, ni a Álex, ni a... —Me detengo antes de

decir el nombre. No sé por qué, pero el nombre de la niña se me atasca siempre.

—Ni a Olivia —completa Beatriz.

La manera en que lo dice. Con tanto cuidado, como si las letras pudieran hacerle daño al salir.

—Ni a Olivia —confirmo.

Beatriz asiente despacio. Sus dedos no sueltan el collar.

—Era mi sobrina —dice—. La única que iba a tener.

Algo en su voz ha cambiado. Sigue siendo fría, sigue siendo cortante, pero hay una grieta ahora. Una fisura por donde se filtra algo más oscuro.

—¿La única?

—Yo no puedo tener hijos. —Lo dice sin emoción, como quien recita un

hecho científico—. Años de tratamientos. Años de esperanza. Años de...

—Se interrumpe, respira hondo—. Olivia era lo más parecido a una hija

que iba a tener nunca.

El pecho se me encoge. No sé por qué. No conozco a esta mujer, no conozco a la niña, no conozco nada de esta historia que supuestamente es mi vida.

—Lo siento —digo, porque es lo que se dice.

—No. —Beatriz se levanta de golpe. Se acerca a la ventana, dándome la

espalda—. No lo sientes. No puedes sentirlo porque no lo recuerdas. Y eso es lo peor de todo.

—Beatriz...

—Tú puedes olvidar. —Su voz tiembla ligeramente—. Puedes despertar cada

día siendo otra persona, sin cargar con nada de lo que pasó. Pero yo no. Yo tengo que vivir con ello. Todos los días. Cada maldito día.

Me levanto. No sé qué hacer con las manos, con el cuerpo, con esta conversación que se me escapa entre los dedos.

—¿Qué pasó? —pregunto otra vez—. Por favor. Necesito saberlo.

Beatriz se gira. Tiene los ojos brillantes, pero no llora. Parece de las que no lloran nunca, de las que han aprendido a tragarse las lágrimas hasta que se convierten en piedra.

—Pregúntale a tu marido —dice—. Pregúntale al doctor Herrera. A mí no me

pidas que te lo cuente. No me pidas que reviva eso para que tú puedas volver a olvidarlo mañana.

—No voy a olvidarlo.

—Eso dijiste la última vez. —Una sonrisa amarga cruza su cara—. Y la

anterior. Y la anterior a esa.

La última vez. La anterior. ¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación? ¿Cuántas veces he preguntado lo mismo para después olvidarlo todo?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto—. ¿De verdad?

Beatriz me mira. Por un momento parece que va a responder. Después niega con la cabeza.

—Ya has hecho suficientes preguntas por hoy.

Camina hacia la puerta. Yo me quedo donde estoy, con las manos frías y el pecho oprimido y demasiadas preguntas sin respuesta.

—Beatriz.

Se detiene con la mano en el pomo.

—¿Dónde está Olivia? —pregunto—. Todos dicen que está con los abuelos,

pero nadie me deja verla. ¿Por qué?

Beatriz se queda muy quieta. No se gira. No me mira. Solo se queda ahí, de espaldas a mí, con la mano en el pomo y los hombros tensos.

—Pregúntale a Álex —dice al fin.

—Te lo estoy preguntando a ti.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Esos cuchillos de plástico que tienen en el comedor, porque aquí no confían en nadie con objetos afilados.

Beatriz se gira. Su cara es una máscara, pero los ojos... los ojos la delatan. Hay algo ahí. Algo roto.

—Olivia... —empieza. Se detiene. Traga saliva. Los dedos aprietan el

collar de cuentas con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. Olivia está donde tú la dejaste.

Y sale.

La puerta se cierra detrás de ella con un clic suave que resuena como un disparo en el silencio.

Me quedo sola en la sala de visitas, con el eco de sus palabras rebotando en las paredes.

Olivia está donde tú la dejaste.

¿Qué significa eso? ¿Dónde la dejé? ¿Por qué habla de ella como si... como si...?

No. No puede ser. Álex habló de ella en presente. El doctor Herrera dijo que estaba con los abuelos. Todo el mundo actúa como si estuviera viva, como si fuera solo cuestión de tiempo que pueda verla.

Pero Beatriz. Beatriz con su odio y su collar de cuentas y su "tú puedes olvidar, yo no". Beatriz que no ha dicho ni una sola vez que Olivia "está bien" o que "pronto podrás verla".

Beatriz que ha dicho "era" en lugar de "es".

El frío se apodera de todo mi cuerpo. Las piernas me tiemblan. Tengo que sentarme porque si no me voy a caer.

Olivia está donde tú la dejaste.

¿Y si no está con los abuelos?

¿Y si la razón por la que no puedo verla no es que sea "contraproducente" para mi recuperación?

¿Y si la razón por la que no puedo verla es que ya no hay nada que ver?

No. No, no, no. Estoy sacando conclusiones precipitadas. Estoy dejando que la paranoia me consuma. Beatriz está enfadada, resentida, probablemente quería hacerme daño. Eso es todo. Quería hacerme daño y lo ha conseguido.

Pero el diario. Las páginas llenas de "No fue un accidente. Yo lo hice." Las frases sueltas que sonaban a pesadilla. Agua. Manos que sueltan. Perdóname.

Y el abrigo rojo. El abrigo rojo de niña escondido en el armario, con olor a sal y a humedad y a algo que mi cuerpo reconoce aunque mi mente no quiera hacerlo.

Me levanto. Las piernas apenas me sostienen, pero camino. Necesito volver a mi habitación. Necesito pensar. Necesito...

Necesito mirarme al espejo.

No sé por qué. Es un impulso extraño, irracional. Pero de repente necesito verme la cara, ver quién soy, ver si hay algo en mis ojos que me diga la verdad que todo el mundo me oculta.

Subo las escaleras. Cruzo el pasillo. Entro en mi habitación. Voy directa al baño.

El espejo me devuelve la imagen de una mujer que no reconozco.

Pelo castaño, ojos oscuros, ojeras que podrían guardar equipaje. Una cicatriz pequeña en la ceja izquierda que no recuerdo cómo me hice. Labios apretados, mandíbula tensa, expresión de alguien que está a punto de romperse.

Esta es Carmen Vidal. La mujer de las fotos, la del diario, la que escribió "yo lo hice" hasta llenar páginas enteras. La madre de Olivia. La hermana de Beatriz. La esposa de Álex.

¿Quién eres?, le pregunto al reflejo. ¿Qué hiciste?

El reflejo no responde. Solo me mira con esos ojos que podrían ser los de cualquiera.

Y entonces lo veo.

No en el espejo. En mi cabeza. Un flash, como el del armario, como el de cuando Álex me tocó el hombro.

Agua oscura. Lluvia cayendo sobre un parabrisas. Mis manos en el volante. Una voz pequeña desde el asiento de atrás: "Mami, ¿ya llegamos?"

Y después. Después...

Nada.

El flash desaparece tan rápido como vino. Me quedo agarrada al lavabo, con los nudillos blancos y el corazón latiendo tan fuerte que lo siento en los oídos.

¿Qué ha sido eso? ¿Un recuerdo? ¿Una alucinación? ¿El cerebro jugándome otra de sus malas pasadas?

Me miro en el espejo otra vez. La mujer del reflejo parece asustada. Parece alguien que acaba de ver algo que no quería ver.

Y por primera vez desde que desperté en este sitio, me hago la pregunta que he estado evitando todo este tiempo.

¿Y si no soy la víctima?

¿Y si toda esta historia, la clínica, las identidades que cambio como quien cambia de ropa, el trauma que supuestamente borró mi memoria... y si todo eso no es para protegerme de algo que me hicieron?

¿Y si es para proteger al mundo de algo que yo hice?

Me miro en el espejo. La mujer del reflejo me devuelve la mirada.

¿Y si soy el monstruo?

9

Los registros

No puedo seguir así.

Han pasado tres días desde la visita de Beatriz y sigo dándole vueltas a sus palabras. "Olivia está donde tú la dejaste." ¿Qué significa eso? ¿Dónde la dejé? ¿Por qué nadie me da una respuesta clara?

La teoría de la conspiración ya no me sirve. Era cómoda, reconfortante incluso. Yo era la víctima, los demás eran los malos, todo tenía una explicación que me dejaba a salvo. Pero después de Beatriz, después del abrigo rojo, después del flashback con el agua y la voz pequeña que decía "mami"... ya no puedo seguir mintiéndome.

Necesito saber qué pasó. La verdad, no la versión edulcorada que me dan Herrera y Álex y todos los demás.

Y para eso necesito información.

Me paso la mañana observando. La clínica tiene rutinas, como cualquier institución. Gloria hace ronda a las ocho, a las doce y a las seis. El cambio de turno de enfermeros es a las tres de la tarde, cuando hay más movimiento y menos atención. El despacho de Herrera está en la segunda planta, pero los archivos... los archivos tienen que estar en otro sitio.

Vera me encuentra en el jardín a media mañana. Lleva el mismo chándal de siempre y un cigarrillo sin encender entre los dedos.

—Tienes cara de estar tramando algo —dice.

—Qué observadora.

Se sienta a mi lado en el banco. El mar ruge a lo lejos, pero ninguna de las dos lo mira.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

La pregunta me pilla desprevenida. Hasta ahora, Vera ha sido la que me advierte, la que insinúa, la que deja caer información sin comprometerse. Esto es diferente. Esto suena a oferta.

—Información —digo—. Sobre mí. Sobre cuánto tiempo llevo aquí de verdad.

Sobre qué pasó.

Vera asiente despacio. Enciende el cigarrillo, le da una calada larga.

—Los expedientes médicos están en el sótano —dice—. Hay un archivo

físico. Ordenadores también, pero están protegidos con contraseña. El archivo físico es más accesible.

—¿Cómo sabes eso?

Una sonrisa torcida cruza su cara.

—Llevo aquí más tiempo del que crees.

No sé si confiar en ella. No sé si debería confiar en nadie. Pero ahora mismo es la única que me ofrece algo concreto.

—¿Cómo bajo al sótano?

—Hay una escalera de servicio junto a la lavandería. Normalmente está

cerrada, pero durante el cambio de turno de las tres dejan la puerta abierta para que los de limpieza saquen la ropa. Tienes una ventana de quince minutos, más o menos.

Quince minutos. No es mucho tiempo.

—¿Por qué me ayudas? —pregunto.

Vera se queda mirando el cigarrillo, la ceniza que crece en la punta.

—Quizá porque me caes bien. Quizá porque estoy aburrida. Quizá porque yo

también quiero saber qué coño está pasando aquí. —Se encoge de hombros—. Elige la que prefieras.

No elijo ninguna. Pero asiento y guardo la información para más tarde.

Las tres de la tarde llegan despacio. He comido sin prestar atención a lo que tenía en el plato, he fingido una siesta que no he pegado ojo, he repasado mentalmente el camino que describió Vera. Escalera de servicio junto a la lavandería. Sótano. Archivo físico.

El cambio de turno empieza con el ruido habitual. Puertas que se abren y se cierran, voces en el pasillo, pasos apresurados. Salgo de mi habitación intentando parecer casual, como si solo fuera a dar un paseo. Nadie me mira. Nadie me detiene.

La lavandería está al final del pasillo del primer piso, detrás de una puerta que dice "Solo personal". La puerta está entreabierta. Tal como dijo Vera.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en la garganta. Pero no me detengo. Empujo la puerta, cruzo la lavandería —olor a detergente, ruido de secadoras, calor húmedo— y encuentro la escalera de servicio al fondo.

Bajo los escalones de dos en dos. El sótano está más frío, más oscuro. Hay un pasillo con puertas a ambos lados, la mayoría cerradas. Una de ellas tiene un cartel que dice "Archivo".

El pomo gira. La puerta se abre.

El archivo es más pequeño de lo que esperaba. Estanterías metálicas llenas de carpetas, organizadas por lo que parecen ser fechas. Hay un ordenador en un escritorio, pero está apagado y no tengo tiempo ni contraseña para intentar nada. Voy directa a las estanterías.

Busco mi nombre. Carmen Vidal. No. Marina... no, aquí no hay ninguna Marina. Busco por fechas. Este año. El anterior.

La encuentro.

Una carpeta gruesa con mi nombre —Carmen Vidal Zuloaga— escrito en una etiqueta adhesiva. La saco de la estantería con manos que tiemblan.

Abro la carpeta.

Lo primero que veo es una fecha. Fecha de admisión. Y esa fecha...

Esa fecha es de hace ocho meses.

Ocho meses. No dos semanas. Ocho putos meses.

El aire se me queda atascado en los pulmones. Reviso el documento otra vez, buscando un error, una confusión, algo que explique la discrepancia. Pero ahí está, negro sobre blanco. Fecha de admisión: hace ocho meses. Diagnóstico: trastorno disociativo de identidad. Notas del tratamiento...

Las notas del tratamiento ocupan páginas y páginas. Sesiones con Herrera, observaciones de enfermería, informes de evolución. Leo por encima, buscando algo que tenga sentido.

"...la paciente presenta una nueva identidad alternante. Se hace llamar 'Lucía'. No reconoce a familiares ni recuerda eventos previos a la disociación..."

Lucía. El nombre del diario. La letra diferente.

"...después de seis semanas, 'Lucía' ha dado paso a una nueva identidad: 'Andrea'. Patrón similar al anterior. La paciente rechaza toda información sobre su identidad como Carmen..."

Andrea. Otra del diario. Otro vacío.

"...la identidad actual se denomina 'Marina'. Es la más elaborada hasta la fecha. Ha construido un pasado completo como fotógrafa en Madrid, incluyendo detalles como un gato llamado 'Tinta'. El Dr. Herrera considera que esto indica un intento más sofisticado de escape..."

Marina. Yo soy Marina. Pero Marina no existe. Marina es... ¿qué? ¿Un disfraz? ¿Una mentira que me cuento a mí misma?

Las manos me tiemblan tanto que casi dejo caer la carpeta. Sigo leyendo.

"...la paciente ha sido informada de los hechos en tres ocasiones. En todas ellas, el conocimiento ha precipitado un episodio de crisis

seguido de una nueva disociación. El Dr. Herrera recomienda un enfoque gradual, permitiendo que la paciente llegue a la verdad por sí misma..."

Tres ocasiones. Me han contado la verdad tres veces y cada vez he... ¿qué? ¿He huido? ¿He creado una nueva persona para no tener que enfrentarla?

Busco más información. Algo sobre qué pasó, sobre el accidente que mencionó Herrera, sobre Olivia. Pero las páginas siguientes son informes médicos, resultados de análisis, dosis de medicación. Nada que me diga qué hice.

Hay una sección al final. "Antecedentes del caso". La abro con dedos que apenas responden.

"...accidente de tráfico el 15 de marzo. La paciente conducía. La menor iba en el asiento trasero. El vehículo cayó por un acantilado hacia el mar. La paciente fue rescatada. La menor..."

La página siguiente no está.

Arrancada. Alguien ha arrancado la página siguiente.

Busco en la carpeta, en el suelo, entre las otras estanterías. Nada. La página ha desaparecido.

Un ruido arriba. Pasos. Voces.

Mierda.

Guardo la carpeta donde estaba, lo más rápido que puedo. Salgo del archivo, cierro la puerta, subo las escaleras de servicio conteniendo la respiración. La lavandería sigue vacía. El pasillo sigue tranquilo.

Vuelvo a mi habitación sin que nadie me vea.

Me siento en la cama. Las piernas no me sostienen. Las manos no dejan de temblar.

Ocho meses. Llevo aquí ocho meses. He sido Lucía, Andrea, Marina. He olvidado la verdad tres veces. He huido de ella creando personas nuevas, historias nuevas, vidas nuevas.

Y el accidente. El 15 de marzo. Un coche. Un acantilado. El mar.

Yo conducía. Olivia iba en el asiento trasero.

"La paciente fue rescatada. La menor..."

La menor qué. ¿Qué le pasó a la menor? ¿Qué le pasó a Olivia?

La página arrancada. Alguien no quiere que lo sepa. O quizá alguien me está protegiendo de saberlo. O quizá yo misma arranqué esa página en algún momento, en alguna de mis otras vidas, porque no podía soportar lo que decía.

El frío se apodera de todo mi cuerpo. Ese frío que viene de dentro, que no tiene nada que ver con la temperatura, que ahora entiendo de dónde viene.

Del agua.

Estuve en el agua. El coche cayó al mar y yo estuve en el agua, agua oscura, agua fría, y Olivia estaba conmigo, Olivia estaba en el asiento de atrás, y después...

Después yo salí.

Y ella no.

El pensamiento llega con la fuerza de un puñetazo. Me doblo sobre mí misma, con las manos en el estómago, intentando respirar. No puede ser. No puede ser verdad. Tiene que haber otra explicación, tiene que haber algo que no estoy viendo, algo que...

"Olivia está donde tú la dejaste."

Las palabras de Beatriz. Ahora tienen sentido. Un sentido horrible, devastador, imposible de aceptar.

La dejé en el agua.

Olivia está en el agua porque yo la dejé ahí.

No sé cuánto tiempo paso así, doblada sobre mí misma, intentando no vomitar, intentando no gritar, intentando no crear otra persona nueva para escapar de esto. Minutos. Horas. El tiempo ha dejado de tener significado.

Cuando finalmente levanto la cabeza, la luz ha cambiado. Es de noche. Y hay alguien sentado en la silla junto a la ventana.

Vera.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunto. La voz me sale rota,

irreconocible.

—El suficiente.

Se levanta. Se acerca a la cama. Se sienta a mi lado, sin tocarme, dejando espacio.

—¿Lo has encontrado? —pregunta.

Asiento. No puedo hablar.

—¿Y?

—Ocho meses —consigo decir—. Llevo aquí ocho meses. He sido... otras

personas. Lucía. Andrea. Y ahora Marina.

—Lo sé.

La miro. Hay algo en su expresión que no había visto antes. Algo que no es la ironía habitual ni el cinismo de paciente crónica.

—¿Lo sabías?

—Parte. No todo.

—¿Qué parte?

Vera suspira. Se frota los ojos con el dorso de la mano.

—Sé que llevas aquí más tiempo del que crees. Sé que has tenido...

episodios. Sé que hay algo que pasó, algo gordo, algo que tu cerebro no puede procesar.

—Hubo un accidente —digo—. Un coche. El mar. Olivia estaba conmigo.

Vera asiente. No parece sorprendida.

—¿Sabes qué le pasó? —pregunto—. ¿Sabes si ella...?

No puedo terminar la frase. Las palabras se me quedan atascadas, como cristales rotos en la garganta.

—No —dice Vera—. Eso no lo sé.

Mentira. Algo en su voz me dice que es mentira. Pero no tengo fuerzas para presionarla.

—La página estaba arrancada —digo—. La parte del expediente que decía

qué le pasó a Olivia. Alguien la arrancó.

Vera no dice nada.

—¿Fuiste tú? —pregunto.

Un momento de silencio. Después:

—No.

Esta vez suena a verdad. O al menos a algo parecido.

—Entonces ¿quién?

—No lo sé. Quizá tú misma, en algún momento. Quizá alguien que pensó que

te estaba protegiendo.

Protegiendo. Todo el mundo quiere protegerme. De la verdad, de mí misma, de lo que hice. Pero la protección no sirve de nada si no sé de qué me están protegiendo.

—Necesito saberlo —digo—. Necesito saber qué pasó. Todo. Sin páginas

arrancadas ni versiones edulcoradas ni mentiras piadosas.

Vera me mira. Hay algo en sus ojos que podría ser compasión o podría ser advertencia.

—¿Estás segura?

—No. Pero necesito saberlo de todas formas.

Asiente despacio. Se levanta.

—Entonces pregúntale a Herrera —dice—. Mañana. Dile que estás lista.

Dile que quieres la verdad.

—¿Y me la dará?

Una sonrisa triste cruza su cara.

—Lleva ocho meses esperando a que se la pidas.

Sale de la habitación. La puerta se cierra con un clic suave.

Me quedo sola en la oscuridad, con el peso de lo que he descubierto aplastándome el pecho.

Ocho meses. Tres identidades. Un accidente. Una niña que estaba en el asiento de atrás.

Mañana le pediré la verdad a Herrera.

Y esta vez, pase lo que pase, no voy a huir.

10

El protocolo

No duermo.

Paso la noche mirando el techo, repasando todo lo que sé. Ocho meses. Tres identidades. Un accidente de coche. Una niña en el asiento de atrás. Una página arrancada que nadie quiere que lea.

Cuando amanece, tengo los ojos secos y la cabeza embotada, pero también tengo algo que no tenía ayer: determinación. Voy a ir al despacho de Herrera y le voy a pedir la verdad. Sin rodeos, sin juegos, sin más mentiras piadosas.

Gloria aparece con el desayuno a las ocho. Le digo que quiero ver al doctor Herrera. Lo digo con esa voz plana que he aprendido a usar aquí, la de paciente colaboradora, la de alguien que no está tramando nada.

—Tiene consultas toda la mañana —dice Gloria—. Pero puedo intentar

encajarte a última hora.

—Vale.

Gloria me mira un momento más de lo necesario. Sabe algo. Claro que sabe algo. Sabe que estuve en el archivo, sabe que vi mi expediente, sabe que todo está a punto de cambiar. Y no ha hecho nada para impedirlo.

Eso me inquieta más de lo que debería.

Paso la mañana en el jardín, fumando cigarrillos que le he robado a Vera. No fumo. O sea, Marina no fuma. Pero mis manos necesitan hacer algo y mis pulmones necesitan llenarse de algo que no sea este aire que sabe a sal y a secretos.

A las doce, Gloria viene a buscarme.

—El doctor Herrera puede verte ahora.

El despacho de Herrera está igual que siempre. Los libros en las estanterías, las plantas en las esquinas, el acuario con sus peces dando vueltas interminables. Pero hoy lo veo diferente. Hoy veo un escenario preparado, un decorado diseñado para transmitir calma y confianza. Hoy veo las costuras.

Herrera está sentado detrás de su escritorio, con el cuaderno de siempre y el bolígrafo de siempre. Me mira cuando entro. No sonríe.

—Marina —dice—. Siéntate, por favor.

Me siento. Las manos me tiemblan, así que las escondo bajo los muslos.

—Quiero la verdad —digo.

No hay preámbulo. No hay cortesía. Herrera asiente despacio, como si llevara esperando esta frase mucho tiempo.

—¿Qué verdad?

—Toda. Cuánto tiempo llevo aquí. Qué me pasó. Quién soy realmente. Qué

le pasó a Olivia.

El nombre sale raspando, pero sale. Herrera no parpadea.

—¿Por qué ahora?

—Porque he visto mi expediente.

Silencio. El acuario burbujea suavemente en la esquina. Un pez naranja pasa nadando, indiferente a todo.

—Ya veo —dice Herrera al fin—. ¿Y qué has encontrado?

—Ocho meses. Llevo aquí ocho meses, no dos semanas. He sido otras

personas antes que Marina. Lucía. Andrea. Y hubo un accidente. Un coche que cayó al mar. Olivia estaba conmigo.

Enumero los hechos enumerándolos mentalmente de la compra. Es más fácil así. Es más fácil si no pienso en lo que significan.

—¿Algo más?

—La página que explicaba qué le pasó a Olivia está arrancada. Alguien no

quiere que lo sepa.

Herrera se quita las gafas. Las limpia con el borde del jersey. Es un gesto que le he visto hacer docenas de veces, pero hoy parece diferente. Hoy parece cansado.

—Nadie arrancó esa página para ocultarte nada —dice—. La arrancaste tú.

El estómago se me encoge.

—¿Qué?

—Hace cuatro meses. Eras Andrea entonces. Encontraste el expediente,

igual que lo has encontrado ahora. Leíste lo que decía sobre Olivia. Y después... —Hace una pausa—. Después arrancaste la página y la quemaste. Y al día siguiente ya no eras Andrea. Eras otra persona. Alguien que no recordaba nada.

No sé qué decir. Las palabras se me quedan atascadas en algún lugar entre la garganta y el cerebro.

—Es un patrón —continúa Herrera—. Cada vez que te acercas a la verdad,

tu mente crea una nueva identidad para protegerte. Una nueva persona que no tiene que cargar con el peso de lo que pasó.

—¿Y por qué me dejáis hacerlo? —La voz me sale más aguda de lo que

pretendía—. ¿Por qué no me lo contáis directamente, en vez de dejar que lo descubra sola y luego... reseteé?

—Porque lo intentamos. —Herrera suspira—. Al principio, lo intentamos.

Te sentamos, te explicamos todo, te mostramos pruebas. Y cada vez que lo hacíamos...

—¿Qué?

—Cada vez que lo hacíamos, el episodio disociativo era más severo. La

nueva identidad tardaba más en estabilizarse. Era más difícil establecer contacto. —Me mira directamente a los ojos—. Te estábamos haciendo daño, Marina. Cada vez que te forzábamos a enfrentar la verdad antes de que estuvieras lista, te hacíamos daño.

El frío de siempre se intensifica. Noto cómo me baja por la columna, se instala en el estómago.

—Entonces ¿cuál es el plan? ¿Dejarme aquí para siempre, creando personas

nuevas cada vez que me acerco demasiado?

—No. —Herrera niega con la cabeza—. El plan es el Protocolo 7.

Las palabras del expediente. "Protocolo 7 iniciado."

—¿Qué es el Protocolo 7?

—Es un enfoque diferente. En vez de forzarte a enfrentar la verdad, te

dejamos llegar a ella por ti misma. Te damos herramientas, oportunidades, acceso a información. Te dejamos investigar, hacer preguntas, descubrir cosas. Y mientras tanto, te observamos.

—Me observáis.

—Te acompañamos —corrige—. Monitorizamos cómo reaccionas, qué preguntas

haces, qué pistas sigues. Y ajustamos el proceso según lo que vemos.

—O sea que todo esto... —Hago un gesto vago que abarca el despacho, la

clínica, todo—. La visita a la casa, la conversación con Beatriz, el expediente "accidentalmente" accesible... ¿Todo estaba planeado?

—No planeado. Facilitado. —Herrera se inclina hacia delante—. Beatriz no

sabía que formaba parte del protocolo. Simplemente la dejamos visitarte cuando lo pidió, sabiendo que probablemente diría algo que te empujaría a investigar. La casa fue idea tuya, pero la aprobamos porque sabíamos que te ayudaría a conectar con recuerdos. El expediente...

—El expediente estaba ahí para que lo encontrara.

—El expediente siempre ha estado ahí. Pero sí, sabíamos que

eventualmente lo buscarías. Es lo que siempre haces. Lucía tardó seis semanas. Andrea, tres meses. Tú has tardado cinco.

Cinco semanas. Llevo cinco semanas siendo Marina. Cinco semanas creyendo que llevaba dos.

—¿Y las grabaciones? —pregunto—. El expediente mencionaba grabaciones.

"Si Marina pregunta por las grabaciones, proceder según lo establecido." ¿Qué grabaciones?

Herrera se queda muy quieto. Por primera vez desde que empezó esta conversación, parece incómodo.

—Hay grabaciones de tus sesiones anteriores —dice despacio—. De cuando

eras Carmen, antes del primer episodio disociativo. Y hay... hay una grabación del día del accidente.

El corazón me da un vuelco.

—¿Una grabación del accidente?

—No del accidente en sí. De después. De cuando te encontraron.

—¿Quién me encontró?

—Unos pescadores. Estabas en el agua, agarrada a una roca. Casi

hipotérmica. Repetías algo una y otra vez. Los pescadores lo grabaron con el móvil mientras esperaban a la ambulancia. No sabían... —Herrera traga saliva—. No sabían que estaban grabando una confesión.

El frío se convierte en hielo. Hielo en las venas, en los huesos, en todo el cuerpo.

—¿Una confesión de qué?

Herrera no responde inmediatamente. Se levanta, camina hacia la ventana, mira hacia el jardín. El mar ruge a lo lejos, olas contra rocas, el mismo sonido de siempre.

—El accidente no fue un accidente —dice al fin, sin girarse—. Tú lo

provocaste.

Las palabras caen como piedras en agua. Hacen ondas, se expanden, lo cubren todo.

—¿Qué?

—El coche no se salió de la carretera por un fallo mecánico ni por las

condiciones meteorológicas. Tú lo dirigiste hacia el acantilado. Conscientemente.

No. No, eso no puede ser verdad. Yo no haría eso. Marina no haría eso. Carmen no...

—La grabación lo confirma —continúa Herrera—. Cuando te encontraron,

estabas diciendo: "Yo lo hice. No fue un accidente. Yo lo hice." Una y otra vez.

Las palabras del diario. Las páginas llenas de esa frase repetida hasta la obsesión.

—¿Por qué? —Mi voz suena muy lejos, como si viniera de otra persona—.

¿Por qué haría algo así?

Herrera se gira. Su cara es una mezcla de compasión y algo más, algo que podría ser dolor.

—Eso es lo que hemos estado intentando descubrir durante ocho meses.

El silencio que sigue es tan denso que podría ahogarte. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando aunque el mío acaba de detenerse.

—Olivia —digo, y la palabra me cuesta como si pesara toneladas—. ¿Qué le

pasó a Olivia?

Herrera vuelve a sentarse. Coge el bolígrafo, lo deja, lo vuelve a coger. Un tic nervioso que no le había visto antes.

—Olivia estaba en el coche cuando cayó al agua —dice—. Los buzos la

encontraron tres días después.

Tres días. Tres días en el agua oscura, en el frío, sola.

—Está muerta.

No es una pregunta. Pero Herrera asiente de todas formas.

—Sí. Olivia está muerta.

Las palabras deberían destrozarme. Deberían romperme en mil pedazos, hacerme gritar, hacerme crear otra persona nueva para escapar de esto. Pero no lo hacen. Lo único que siento es ese frío que ya no es nuevo, que ahora entiendo de dónde viene.

Del agua. Del agua donde dejé a mi hija.

—Yo la maté —digo.

—No exactamente. —Herrera habla despacio, eligiendo cada palabra —. Tú

provocaste el accidente. Pero los forenses determinaron que Olivia no murió por el impacto ni por ahogamiento. Murió de hipotermia. Si la hubieras... si alguien la hubiera sacado del agua en los primeros minutos, podría haber sobrevivido.

Si la hubiera sacado. Si no la hubiera dejado ahí. Si no hubiera nadado hacia la superficie mientras ella se hundía.

—¿Por qué no la saqué?

—No lo sabemos. Tú no lo recuerdas. O no quieres recordarlo.

Me levanto. Las piernas apenas me sostienen, pero necesito moverme. Camino hacia la ventana, hacia el mar que he estado evitando desde que llegué aquí. Lo miro directamente por primera vez.

Es gris. Revuelto. Indiferente. No le importa lo que pasó. No le importa lo que hice.

—Quiero ver la grabación —digo.

—Marina...

—Quiero ver la grabación. —Me giro hacia él—. Quiero ver qué dije.

Quiero saber qué pasó.

Herrera me mira durante un largo momento. Después asiente.

—Vale. Pero no hoy. Hoy has procesado suficiente. Mañana, si sigues

queriendo, te la enseño.

—Voy a seguir queriendo.

—Puede ser. —Se levanta, camina hacia mí, se detiene a un metro de

distancia—. Pero también puede ser que mañana despiertes siendo otra persona. Alguien que no recuerde esta conversación. Alguien que no quiera saber.

El miedo me atraviesa como un cuchillo. No el miedo a la verdad. El miedo a perderla. El miedo a despertar mañana siendo Lucía, o Andrea, o alguien nuevo, sin ningún recuerdo de lo que acabo de descubrir.

—¿Cómo lo evito? —pregunto—. ¿Cómo me aseguro de no... resetear?

—No lo sé —admite Herrera—. Nunca has llegado tan lejos. Nunca has

aceptado la verdad sin huir de ella.

—Pues esta vez no voy a huir.

Las palabras suenan más seguras de lo que me siento. Pero las digo de todas formas.

Herrera asiente. Hay algo en sus ojos que podría ser esperanza o podría ser tristeza. Quizá las dos cosas.

—Vuelve a tu habitación —dice—. Descansa. Intenta no pensar demasiado. Y

si mañana sigues siendo Marina, si sigues queriendo saber... te enseñaré la grabación.

Salgo del despacho sin responder. El pasillo está vacío. Mis pasos resuenan en las baldosas antiguas.

Olivia está muerta. Yo provoqué el accidente. La dejé en el agua.

Son hechos. Fríos, brutales, innegables. Y ahora tengo que encontrar la manera de vivir con ellos sin crear otra persona que no tenga que hacerlo.

Llego a mi habitación. Me tumbo en la cama. Miro el techo blanco.

Mañana. Mañana veré la grabación. Mañana sabré qué dije cuando me encontraron medio muerta en el agua, agarrada a una roca mientras mi hija se hundía.

Si mañana sigo siendo yo.

Cierro los ojos. El sueño no viene. Solo el frío, y el sonido del mar, y una voz muy pequeña en algún lugar de mi memoria que dice:

"Mami, ¿ya llegamos?"

No, cariño. No llegamos. Y nunca vamos a llegar.

11

La grabación

Sigo siendo Marina.

Abro los ojos y lo primero que hago es comprobar que sigo siendo yo. Me miro las manos. Las reconozco. Me toco la cara. Es la misma de ayer. Intento recordar la conversación con Herrera y ahí está, intacta, cada palabra grabada a fuego en mi memoria.

Olivia está muerta. Yo provoqué el accidente. La dejé en el agua.

Los hechos siguen ahí. No he huido. No he creado a nadie nuevo. Sigo siendo Marina, con todo el peso que eso conlleva.

No sé si sentir alivio o terror.

Gloria aparece con el desayuno a las ocho, como siempre. Me mira más tiempo del necesario, buscando algo en mi cara. Señales de que he cambiado, supongo. De que me he convertido en otra persona durante la noche.

—Buenos días —dice.

—Sigo siendo yo.

No sé por qué lo digo. Gloria asiente, sin sorprenderse.

—El doctor Herrera te espera a las diez.

La grabación. Van a enseñarme la grabación.

Paso las dos horas siguientes sentada en el borde de la cama, mirando la pared. No pienso. No me permito pensar. Si pienso, voy a imaginarme lo que voy a ver, y si lo imagino, voy a volverme loca antes de que llegue el momento.

A las diez menos cinco, bajo al despacho de Herrera.

El pasillo está vacío. Mis pasos resuenan en las baldosas como latidos. El corazón me va tan rápido que casi no distingo un latido

del siguiente.

Llamo a la puerta. Herrera dice que pase.

El despacho está diferente hoy. Hay un portátil abierto sobre el escritorio, la pantalla girada hacia la silla de las visitas. Hacia mí. El acuario burbujea en la esquina, los peces nadando en círculos, ajenos a todo.

—Marina. —Herrera se levanta—. ¿Cómo te encuentras?

—Sigo siendo yo.

—Lo sé. —Hay algo en su voz que suena a alivio—. Siéntate, por favor.

Me siento. El portátil está frente a mí, la pantalla en negro. Puedo ver mi reflejo en ella, distorsionado, fantasmal.

—Antes de que veamos esto —dice Herrera, sentándose a mi lado en vez de

detrás del escritorio—, necesito que entiendas algunas cosas.

—Vale.

—La grabación es corta. Menos de dos minutos. Pero lo que vas a ver...

—Hace una pausa, eligiendo las palabras—. Lo que vas a ver es el momento

más vulnerable de tu vida. No es fácil de procesar.

—Nada de esto es fácil de procesar.

—Lo sé. Pero esto es diferente. Esta vez te vas a ver a ti misma. Vas a

escuchar tu propia voz. Y eso puede desencadenar...

—¿Otra disociación?

—Es posible.

Me quedo mirando la pantalla negra. Mi reflejo me devuelve la mirada.

—¿Y si me disoció? —pregunto—. ¿Y si veo esto y mañana soy otra persona?

—Entonces empezamos de nuevo. —Su voz es suave, sin juicio—. Pero no

creo que eso vaya a pasar.

—¿Por qué?

—Porque llevas doce horas sabiendo la verdad y sigues aquí. Eso no había

pasado antes.

Doce horas. Solo doce horas. Parece una vida entera.

—De acuerdo —digo—. Enséñamela.

Herrera asiente. Se inclina hacia el portátil, mueve el ratón. La pantalla cobra vida.

Lo primero que veo es agua. Agua gris, revuelta, con olas pequeñas que chocan contra rocas oscuras. La imagen tiembla; quien sea que esté grabando lo hace con el móvil, sin pulso firme. Se oyen voces de fondo, hombres hablando en euskera, palabras que no entiendo.

Y entonces la cámara gira y me veo.

Estoy agarrada a una roca, medio sumergida. El pelo pegado a la cara, los labios azules, los ojos... los ojos están abiertos pero no miran nada. Miran a través de todo. Miran hacia dentro.

Y estoy hablando.

El sonido es malo, distorsionado por el viento y las olas, pero puedo distinguir las palabras. Las mismas palabras. Una y otra vez.

"Yo lo hice. No fue un accidente. Yo lo hice. No fue un accidente. Yo lo hice."

Mi voz suena rota. Suena a alguien que ha gritado hasta quedarse sin voz, a alguien que ha tragado agua salada, a alguien que está más muerta que viva. Pero sigue hablando. No puedo parar de hablar.

"Yo lo hice. Yo lo hice. Yo lo hice."

Y entonces, justo antes de que la grabación termine, digo algo más. Algo que no esperaba.

"No pude. Intenté... pero no pude. Se me escapó. Se me escapó de las manos."

La pantalla se queda en negro.

El silencio en el despacho es absoluto. Ni siquiera el acuario hace ruido. O quizá es que no puedo oír nada por encima del zumbido en mis oídos.

—Marina. —La voz de Herrera, muy lejos—. ¿Estás conmigo?

No estoy con él. Estoy en el agua. Estoy en esa roca, con el frío comiéndome los huesos, con las manos vacías, con algo que se me ha escapado y que no puedo recuperar.

—Marina.

Una mano en mi hombro. El contacto me ancla, me devuelve al despacho, al sillón, al presente.

—Estoy aquí —digo. La voz me sale ronca—. Estoy aquí.

—Bien. Eso está bien. Respira.

Respiro. El aire sabe a cerrado, a libros viejos, a desinfectante. No sabe a sal. No sabe a mar.

—Lo que he dicho al final —empiezo, y tengo que parar porque las

palabras se me atascan—. "Se me escapó de las manos." ¿Qué significa eso?

Herrera se queda en silencio un momento.

—No lo sabemos con certeza.

—Pero tenéis teorías.

—Tenemos... posibilidades.

Me giro hacia él. Tiene esa expresión que ya conozco, la de alguien que está a punto de decirme algo que no quiero escuchar.

—Dímelas.

—Una posibilidad es que te refieras al volante. Que perdieras el control

del coche y que la frase sea una descripción literal del accidente.

—Pero el accidente no fue un accidente. Tú mismo lo dijiste. Yo dirigí

el coche hacia el acantilado.

—Eso es lo que la investigación concluyó, sí. Basándose en las marcas de

frenado, la trayectoria del vehículo, tu estado mental previo...

—¿Mi estado mental previo?

Herrera suspira. Se quita las gafas, las limpia con el borde del jersey.

—Carmen... tú... tenías antecedentes de depresión. Habías estado

medicándote durante meses antes del accidente. Álex había expresado preocupación por tu comportamiento. Había habido... incidentes.

—¿Qué tipo de incidentes?

—Episodios de disociación leve. Olvidos. Momentos en los que parecías

ausente, como si no estuvieras del todo presente. —Me mira—. Los medicamentos que encontraste en la casa, escondidos en el armario... dejaste de tomarlos semanas antes del accidente.

Los ansiolíticos. Los antidepresivos. Las pastillas para dormir.

—¿Por qué los dejé?

—No lo sabemos. No dejaste ninguna explicación. Pero la teoría es que la

combinación de la depresión no tratada y algún tipo de crisis precipitó...

—¿Un intento de suicidio?

Las palabras salen planas, sin emoción. Como si estuviera hablando de otra persona.

—Es una de las teorías —dice Herrera—. Que condujeras hacia el

acantilado intencionalmente. Que quisieras...

—¿Matarme?

—Sí.

—¿Con mi hija en el coche?

El silencio que sigue es ensordecedor.

—Esa es la parte que no cuadra —admite Herrera—. Los suicidios que

involucran a hijos son... extremadamente raros. Y el perfil psicológico de Carmen no encajaba con ese patrón. Amabas a Olivia. Todo el mundo lo dice. Álex, Beatriz, tus amigos, tus vecinos. Adorabas a esa niña.

—Entonces ¿por qué estaba en el coche?

—No lo sabemos.

—¿Y por qué no la saqué del agua?

—Tampoco lo sabemos.

Me levanto. Las piernas me tiemblan, pero aguantan. Camino hacia la ventana, hacia el mar que ya no evito porque ¿qué sentido tiene evitarlo cuando sé lo que significa?

—"Se me escapó de las manos" —repito—. ¿Y si no se refiere al volante?

—¿A qué te refieres?

Me giro hacia Herrera. Algo está tomando forma en mi cabeza, algo horrible, algo que no quiero pensar pero que no puedo dejar de pensar.

—¿Y si se refiere a Olivia?

Herrera no responde. Pero algo cruza su cara. Algo que me dice que él ya había pensado en eso.

—El coche cayó al agua —digo, y las palabras salen despacio, una a una,

como si las estuviera descubriendo mientras las pronuncio—. Yo salí. Pero Olivia no. ¿Por qué no salió?

—Estaba atrapada en el asiento trasero. El cinturón de seguridad, la

presión del agua...

—¿Y yo? ¿Intenté sacarla?

—Los buzos encontraron marcas en el cinturón de Olivia. Como si alguien

hubiera intentado soltarlo.

—Entonces lo intenté.

—Eso parece.

—Pero no lo conseguí.

—No.

"Se me escapó de las manos."

Las manos. Mis manos. Las manos que siempre están buscando algo, frotándose, inquietas. Las manos que tocan el dedo anular como si buscaran un anillo que no está.

Las manos que soltaron a mi hija.

—Intenté sacarla —digo, y la voz me tiembla—. Pero se me escapó. El agua

estaba fría, oscura, no podía ver nada. Y ella se me escapó de las manos.

El recuerdo viene sin avisar. No es un flashback completo, no es una película con principio y final. Es un fragmento, un segundo, una sensación.

Dedos pequeños. Dedos pequeños que resbalan. Tela mojada, el abrigo rojo, botones dorados que brillan en la oscuridad del agua. Y después nada. Solo agua. Solo frío. Solo mis manos vacías subiendo hacia la superficie mientras algo se hunde.

Mientras alguien se hunde.

Las rodillas ceden. No sé cómo acabo en el suelo, solo sé que estoy ahí, con la espalda contra la pared y las manos temblando y el frío, el frío de siempre, el frío que ahora entiendo de dónde viene.

Viene del momento en que solté a mi hija.

Herrera está a mi lado. No sé cuándo se ha movido. Tiene las manos en mis hombros, firmes, anclándome.

—Estás aquí —dice—. Estás en mi despacho. Es octubre. Son las diez y

veinte de la mañana. Estás a salvo.

A salvo. Qué palabra más absurda. ¿Cómo voy a estar a salvo si soy la persona de la que debería huir?

—La solté —digo—. Intenté sacarla y la solté.

—No lo sabemos con certeza.

—Sí lo sabemos. —Las lágrimas caen sin que pueda detenerlas—. Por eso no

puedo recordarlo. Por eso mi cerebro crea personas nuevas cada vez que me acerco. Porque no puedo vivir con esto. Porque dejé que mi hija se ahogara.

—No la dejaste. Intentaste salvarla.

—¡Y fallé! —El grito sale antes de que pueda contenerlo—. Fallé, y ella

murió, y yo salí, y ahora tengo que vivir con eso. O no vivir. Crear a alguien nuevo que no tenga que cargar con esto.

—Eso es lo que has estado haciendo —dice Herrera, y su voz es suave, sin

juicio—. Durante ocho meses. Creando a Lucía, a Andrea, a Marina. Personas que no tienen que recordar.

—¿Y de qué ha servido? —Las lágrimas no paran. No quiero que paren.

Necesito que salgan—. Siempre vuelvo al mismo sitio. Siempre encuentro la misma verdad. Siempre acabo aquí, en el suelo, sin poder respirar.

—Pero esta vez no te has ido.

Lo miro. Tiene los ojos brillantes, y me doy cuenta de que él también está conteniendo algo. Ocho meses tratándome. Ocho meses viéndome huir una y otra vez. Y ahora, por primera vez, estoy quedándome.

—Todavía no —digo.

—Todavía no —repite él—. Y cada minuto que pasa sin que te vayas es un

minuto más de lo que habíamos conseguido antes.

Me quedo en el suelo. No tengo fuerzas para levantarme. El frío sigue ahí, pero es diferente ahora. Ya no es un misterio. Ya no es algo que no entiendo. Es el peso de lo que hice, instalado en mis huesos para siempre.

—¿Qué hago ahora? —pregunto—. ¿Cómo se vive con esto?

—Un día a la vez —dice Herrera—. A veces una hora. A veces un minuto.

—Eso no es una respuesta.

—No. —Se sienta a mi lado, en el suelo, con la espalda contra la pared—.

Pero es lo único que tengo.

Nos quedamos así, los dos en el suelo del despacho, con el acuario burbujeando y los peces nadando y el mundo siguiendo adelante aunque el mío se ha detenido.

Solté a mi hija.

Intenté salvarla y la solté.

Y ahora tengo que encontrar la manera de seguir viviendo.

O de seguir siendo Marina el tiempo suficiente para entender por qué.

12

Los mensajes

Sigo siendo Marina al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

Tres días sin disociar. Tres días sabiendo que maté a mi hija. Tres días mirando el techo de la habitación mientras el peso de esa verdad me aplasta el pecho y aun así, de alguna manera, sigo respirando.

No sé cómo.

El teléfono sigue debajo del colchón, junto al diario. He estado ignorándolo porque tenía cosas más urgentes en las que pensar. Pero ahora que sé la verdad —o parte de ella, porque todavía no sé por qué lo hice—, el teléfono se ha convertido en una obsesión.

¿Qué guardaba Carmen ahí? ¿Por qué lo escondía?

El cuarto día, Vera aparece en mi habitación sin llamar.

—Tienes cara de necesitar algo —dice, dejándose caer en la silla junto a

la ventana.

—Un cargador —respondo sin pensar.

Vera arquea una ceja.

—¿Para qué?

—Encontré un teléfono. En la casa. Escondido en un abrigo.

—¿Un teléfono de Carmen?

—Supongo.

Vera se queda en silencio un momento. Después mete la mano en el bolsillo de su chándal y saca un cable enrollado.

—Prueba con este. Es universal, debería servir para casi todo.

La miro. No sé si reírme o asustarme.

—¿Por qué llevas un cargador encima?

—Porque en este sitio nunca sabes cuándo vas a necesitar uno. —Se levanta—. Cuando lo enciendas, avísame. Quiero saber qué encuentras.

Sale antes de que pueda preguntarle por qué le importa tanto.

Espero a que anochezca. Espero a que Gloria termine su ronda, a que el pasillo se quede en silencio, a que la clínica se sumerja en esa calma falsa que tiene por las noches.

Saco el teléfono de debajo del colchón. Es un modelo viejo, de esos que ya casi no se ven. Pantalla pequeña, botones físicos. Lo conecto al cargador de Vera y lo enchufo.

La pantallita parpadea. Una luz roja. Batería cargando.

Me tumbo en la cama a esperar. El tiempo pasa despacio cuando estás esperando algo que puede cambiarlo todo.

Una hora después, el teléfono tiene suficiente batería para encenderse. Lo desconecto. Lo miro. Lo sostengo como si fuera una bomba.

Pulso el botón de encendido.

La pantalla cobra vida con un pitido suave. Logo de la marca. Pantalla de inicio. Sin código de bloqueo. Carmen no esperaba que nadie encontrara esto.

Lo primero que veo es la fecha del último uso. Hace un año y dos meses. Justo antes del accidente.

El estómago se me encoge.

Abro los mensajes. Hay conversaciones con Álex, con Bea, con números sin nombre. Pero hay una conversación que destaca sobre las demás. Una conversación con alguien guardado como "M".

Abro el hilo de mensajes. Lo que leo me deja sin aire.

"M" escribe:

"¿Cómo estás hoy?"

Carmen responde:

"Igual. No puedo más. No sé cuánto tiempo voy a aguantar."

"M":

"¿Has hablado con Álex?"

Carmen:

"No sirve de nada. Él no entiende. Nadie entiende."

"M":

"Yo entiendo. Puedes contarme lo que sea."

Carmen:

"A veces pienso que todo sería más fácil si no estuviera."

El corazón me late tan fuerte que lo siento en las sienes. Sigo leyendo.

"M":

"No digas eso. Piensa en Olivia."

Carmen:

"Es en Olivia en quien pienso. Es la única razón por la que sigo aquí."

Hay una pausa en la conversación. Varios días sin mensajes. Y después:

Carmen:

"Ya no puedo más. No puedo seguir fingiendo. No puedo seguir siendo esto."

"M":

"¿Qué vas a hacer?"

Carmen:

"No lo sé. Pero tiene que acabar. De una forma u otra."

El último mensaje es de Carmen. Dos días antes del accidente.

"Lo siento. Por todo."

No hay respuesta de "M". El hilo termina ahí.

Me quedo mirando la pantalla hasta que los ojos me arden. Carmen estaba sufriendo. Estaba desesperada. Estaba pensando en... en acabar con todo.

Pero si Olivia era la razón por la que seguía aquí, ¿por qué estaba en el coche?

Vuelvo al menú principal. Busco más información sobre "M". No hay contacto guardado con ese nombre, solo el número. Un número que no reconozco.

Abro la galería de fotos. Hay pocas. Olivia en un parque. Olivia dibujando. Olivia dormida en el sofá, con el pelo desparramado sobre un cojín. Cada foto me aprieta el pecho un poco más.

Y entonces encuentro algo que no esperaba.

Una foto de Carmen. Un selfie, por la luz y el ángulo. Pero no es un selfie normal. Es una foto de su mano izquierda. Del dedo anular.

No hay anillo.

El dedo está vacío. Y hay algo escrito en el margen de la foto, una nota que Carmen añadió:

"Ya no significa nada."

Me miro mi propia mano. El dedo anular. La marca más clara donde supuestamente llevé una alianza durante años.

Álex tampoco lleva anillo. Dijo que dejó de llevarlo porque yo había perdido el mío. Porque no le parecía justo.

Pero esta foto... esta foto es de antes del accidente. Carmen ya no llevaba anillo antes del accidente. Lo quitó ella misma.

¿Por qué?

Sigo buscando. Hay notas de voz. Solo tres. Las reproduzco con el volumen al mínimo, el teléfono pegado a la oreja.

La primera es ruido ambiente. Nada útil.

La segunda es Carmen hablando. Su voz es... mi voz. Pero diferente. Más apagada, más vacía.

"Día cuarenta y siete. Sigo sin dormir. Los sueños son peores que estar despierta. Herrera dice que es normal, que el duelo tiene fases. Pero esto no es duelo. Esto es... no sé qué es esto."

¿Día cuarenta y siete de qué? ¿Duelo por qué?

La tercera nota de voz es más larga. Casi dos minutos.

"No puedo decírselo a Álex. No puedo decírselo a nadie. Pero necesito sacarlo. Necesito que alguien sepa, aunque sea solo esta grabación, aunque nadie la escuche nunca."

Una pausa. Carmen —yo— respirando hondo.

"Fue un accidente. Eso es lo que dijeron. Un accidente, mala suerte, estas cosas pasan. Pero yo sé la verdad. Yo estaba ahí. Yo vi lo que pasó."

El corazón se me detiene.

"Estábamos en la bañera. Las dos. Olivia y yo. Ella jugaba con sus patitos, como siempre. Yo estaba... no estaba bien. Llevaba días sin dormir, sin comer casi. Los medicamentos me tenían atontada pero no dormía, ¿cómo es posible no dormir con tantas pastillas? Y en algún momento... en algún momento cerré los ojos. Solo un segundo. Solo un segundo, joder."

No. No no no no no.

"Cuando los abrí, ella estaba... estaba debajo del agua. No sé cuánto tiempo. Segundos, minutos, no lo sé. La saqué. Le hice el boca a boca. Llamé a emergencias. Y funcionó. Despertó. Estaba bien. Los médicos dijeron que había tenido suerte, que no había daños, que los niños son resistentes."

La voz de Carmen se quiebra.

"Pero yo sé lo que pasó. Yo la dejé hundirse. Mi niña se estaba ahogando mientras yo dormía. Y nadie lo sabe. Nadie excepto yo. Y ahora tú, quienquiera que escuches esto."

La grabación termina.

Me quedo sentada en la cama, con el teléfono en las manos, incapaz de moverme.

Hubo otro incidente. Antes del accidente del coche. Olivia casi se ahoga en la bañera porque Carmen se quedó dormida. Y Carmen cargó con esa culpa. Durante semanas, meses. Sin contárselo a nadie.

¿Es por eso que dejó la medicación? ¿Porque creía que las pastillas la habían atontado tanto que casi mata a su hija?

¿Es por eso que se quitó el anillo? ¿Porque sentía que no merecía ser esposa, madre, nada?

¿Es por eso que condujo hacia el acantilado?

No para suicidarse. No para matar a Olivia.

Para castigarse.

El pensamiento es tan horrible que me deja sin aire. Carmen se sentía tan culpable por lo de la bañera que... ¿qué? ¿Decidió que merecía morir? ¿Y llevó a Olivia en el coche porque no quería dejarla sola? ¿Porque pensó que era mejor para las dos?

No. Eso no tiene sentido. Carmen amaba a Olivia. Todo el mundo lo dice. No la habría puesto en peligro a propósito.

Pero el coche cayó al agua. Y Carmen salió. Y Olivia no.

"Se me escapó de las manos."

Las palabras de la grabación de los pescadores vuelven a mi cabeza. Ahora tienen otro significado.

No solo se me escapó de las manos en el agua del mar.

Se me escapó de las manos en la bañera.

Se me escapó de las manos como madre.

Todo se me escapó de las manos.

Guardo el teléfono debajo del colchón otra vez. Las manos me tiemblan tanto que casi lo dejo caer. Me tumbo en la cama, mirando el techo blanco.

Necesito hablar con Álex. Necesito preguntarle si sabía lo de la bañera. Necesito entender cómo llegamos del incidente de la bañera al acantilado.

Necesito saber si Carmen eligió llevar a Olivia en el coche esa noche.

O si fue un accidente dentro del accidente. Una casualidad horrible. Un error de cálculo fatal.

Porque si Carmen pensaba suicidarse sola y Olivia no debería haber estado en el coche...

Entonces quizá no soy un monstruo.

Quizá solo soy una mujer rota que cometió el peor error posible en el peor momento posible.

No sé cuál de las dos opciones es peor.

No sé si importa.

Olivia sigue muerta. Y yo sigo siendo la razón.

Me quedo mirando el techo hasta que amanece. El sueño no viene. Solo las preguntas, una detrás de otra, sin respuesta.

¿Quién es "M"?

¿Por qué Carmen le contaba cosas que no contaba a nadie más?

¿Y por qué "M" no respondió al último mensaje?

Mañana. Mañana hablaré con Álex. Mañana buscaré respuestas.

Si mañana sigo siendo yo.

13

La bañera

No puedo dejar de pensar en el agua.

No el agua del acantilado. Esa ya la conozco, ya la he visto en mis flashbacks, ya la he aceptado como parte de la pesadilla que es mi vida. No. Pienso en otra agua. Agua tibia de bañera. Espuma blanca. Patitos de goma amarillos flotando mientras una niña chapotea.

Y una madre que cierra los ojos un segundo.

Solo un segundo.

Me levanto de la cama aunque todavía no ha amanecido. No he dormido. No puedo dormir desde que escuché la grabación de voz en el teléfono de Carmen. Mi propia voz, rota, confesando algo que nadie más sabe.

Olivia casi se ahoga en la bañera. Antes del accidente. Y Carmen cargó con esa culpa en silencio durante semanas, meses, sin decírselo a nadie.

¿Por eso dejó la medicación? Las pastillas la atontaban. La hacían dormir cuando no debía. Casi mata a su hija porque se quedó dormida en la bañera.

¿Por eso se quitó el anillo? Porque sentía que no merecía ser esposa, ser madre, ser nada.

¿Por eso condujo hacia el acantilado?

Las preguntas dan vueltas en mi cabeza como los peces de Herrera en su acuario. Sin fin. Sin respuesta.

Me acerco a la ventana. El mar está negro, apenas visible en la oscuridad previa al amanecer. Lo miro sin miedo. Ya sé lo que significa. Ya sé lo que me hizo.

Lo que nos hizo a las dos.

Saco el teléfono de debajo del colchón. La pantalla se ilumina. Abro los mensajes con "M" otra vez. Los he leído tantas veces que casi me los sé de memoria.

"A veces pienso que todo sería más fácil si no estuviera."

"Es en Olivia en quien pienso. Es la única razón por la que sigo aquí."

"Lo siento. Por todo."

¿Quién coño es M?

El número no me dice nada. No está guardado con nombre real, solo esa inicial misteriosa. Podría ser cualquiera. Un amigo. Una amiga. Un amante.

La idea me golpea sin avisar. ¿Y si Carmen tenía un amante? ¿Y si "M" es alguien con quien estaba liada, alguien a quien le contaba cosas que no podía contar a Álex?

Pero los mensajes no suenan románticos. No hay "te quiero" ni "te echo de menos" ni nada que sugiera una relación. Suenan a... confianza. A alguien que escucha sin juzgar.

¿Un terapeuta? Carmen ya tenía a Herrera. ¿Por qué buscar a otro?

A menos que Herrera no fuera suficiente. A menos que hubiera cosas que Carmen no podía contarle ni siquiera a él.

Como lo de la bañera.

Me quedo mirando el teléfono hasta que la pantalla se apaga sola. Después me tumbo en la cama y espero a que amanezca.

Gloria aparece con el desayuno a las ocho. Le digo que quiero ver a Herrera. Ella asiente sin sorprenderse, esperando desde hace rato que lo pidiera.

—A las diez —dice.

Dos horas. Dos horas para decidir qué voy a preguntarle. Dos horas para ordenar el caos que tengo en la cabeza.

No son suficientes.

Vera me encuentra en el jardín a las nueve. Hace frío, ese frío húmedo de costa que se te mete en los huesos, pero necesitaba salir de esa habitación que empieza a parecerme una celda.

—Tienes cara de no haber dormido —dice, sentándose a mi lado en el

banco.

—Qué observadora.

—¿Has encontrado algo en el teléfono?

La miro. Hay algo en su expresión que no sé leer. Curiosidad, sí. Pero también algo más. ¿Preocupación? ¿Anticipación?

—¿Por qué te importa tanto?

Vera se encoge de hombros. Saca un cigarrillo, lo enciende, le da una calada larga antes de responder.

—Llevo aquí mucho tiempo. Se te acaba el entretenimiento.

—No me lo creo.

—Pues no te lo creas. —Otra calada—. ¿Qué has encontrado?

Dudo. No sé si puedo confiar en ella. No sé si puedo confiar en nadie. Pero Vera me ha ayudado cuando no tenía por qué, me ha dado información cuando podría haberse callado. Y ahora mismo es la única persona en este sitio que no me mira como si fuera a romperme.

—Carmen tenía un contacto —digo—. Alguien guardado como "M". Le contaba

cosas que no contaba a nadie más.

—¿Qué tipo de cosas?

—Que estaba mal. Que pensaba en... en no estar.

Vera no reacciona. Sigue fumando, mirando hacia el mar que ninguna de las dos quiere mirar de verdad.

—¿Sabes quién podría ser? —pregunto.

—No.

—¿Segura?

—Segura. —Apaga el cigarrillo en el banco, lo guarda en el bolsillo del

chándal—. Pero si quieres mi consejo, no te obsesiones con eso.

—¿Por qué no?

—Porque quizá "M" no importa. Quizá lo que importa es lo que Carmen le

contaba, no a quién se lo contaba.

Me quedo pensando en eso mientras Vera se levanta y se aleja hacia el edificio. Quizá tiene razón. Quizá estoy buscando respuestas en el lugar equivocado.

O quizá Vera sabe más de lo que dice. Como siempre.

A las diez en punto estoy en el despacho de Herrera. Él ya está ahí, detrás de su escritorio, con el cuaderno abierto y el bolígrafo preparado. Los peces nadan en el acuario. El mundo sigue igual aunque el mío se ha puesto del revés.

—Marina —dice—. ¿Cómo estás?

—Fatal. ¿Podemos saltarnos la parte donde finjo que estoy bien?

Herrera sonríe levemente. Es casi un alivio ver que no se ofende.

—Claro. ¿Qué necesitas?

—Respuestas.

—Voy a intentarlo.

Me siento en el sillón de siempre. Las manos me tiemblan, así que las escondo debajo de los muslos.

—¿Sabías lo de la bañera?

Herrera no se mueve. No parpadea. Es como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—¿Qué sabes tú de la bañera?

—Sé que Olivia casi se ahoga. Que Carmen se quedó dormida y cuando

despertó, la niña estaba debajo del agua. Que la sacó, le hizo el boca a boca, llamó a emergencias. Que sobrevivió.

—¿Cómo lo sabes?

—Encontré una grabación. En el teléfono de Carmen.

Herrera asiente despacio. No parece sorprendido. Claro que no. Lleva ocho meses tratándome. Probablemente sabe todo lo que hay que saber.

—Sí —dice—. Lo sabía.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no era el momento. Porque había otras cosas que necesitabas

procesar primero.

—¿Y ahora es el momento?

—Ahora lo has descubierto tú sola. Es diferente.

Me levanto. Necesito moverme. Camino hacia la ventana, hacia el mar, hacia esa vista que ya no me da miedo porque ya sé lo que significa.

—Carmen dejó la medicación por lo de la bañera —digo. No es una

pregunta.

—Eso creemos, sí. Las pastillas la hacían dormir cuando no debía.

Después del incidente de la bañera, dejó de tomarlas.

—Pero eso empeoró todo.

—La depresión no tratada tiene ese efecto, sí.

Me giro hacia él.

—¿Por qué no le contó a nadie lo de la bañera? ¿Por qué cargó con eso

sola?

—No lo sé con certeza. Pero puedo especular.

—Especula.

Herrera suspira. Se quita las gafas, las limpia con el borde del jersey.

—Carmen era una mujer que se exigía mucho a sí misma. Madre perfecta,

esposa perfecta, todo bajo control. El incidente de la bañera destruyó esa imagen. No podía admitir que había fallado, ni siquiera ante sí misma. Así que lo enterró. Pretendió que no había pasado. Y eso la consumió por dentro.

—Hasta que no pudo más.

—Hasta que no pudo más.

Ninguno dice nada. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando.

—Hay algo más —digo—. Alguien a quien Carmen le contaba cosas. Un

contacto en su teléfono, guardado como "M". ¿Sabes quién es?

Herrera se queda muy quieto. Es un cambio sutil, casi imperceptible, pero lo noto. Algo ha cambiado.

—¿Qué tipo de cosas le contaba?

—Todo. Lo mal que estaba, lo de querer desaparecer, lo de que Olivia era

lo único que la mantenía aquí. Cosas que no contaba ni a Álex ni a ti.

—¿Tienes el número?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

Dudo. No sé por qué, pero algo me dice que no debo enseñárselo. Algo en la manera en que ha preguntado, en cómo se ha quedado quieto cuando mencioné a "M".

—¿Por qué quieres verlo?

—Porque podría ser relevante para tu tratamiento.

—O porque sabes quién es y no me lo quieres decir.

Herrera me mira. Hay algo en sus ojos que no había visto antes. Algo que podría ser preocupación o podría ser cautela.

—No sé quién es "M" —dice—. Pero tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Que "M" no es una persona real.

El estómago se me encoge.

—¿Qué quieres decir?

—Carmen tenía un trastorno disociativo en desarrollo antes del

accidente. Episodios de disociación leve, momentos de ausencia, olvidos. Es posible que "M" fuera... una parte de ella misma. Una identidad alternativa incipiente con la que se comunicaba.

Las palabras me golpean como un mazo. ¿"M" era otra identidad? ¿Carmen se mandaba mensajes a sí misma?

—Pero el número... —empiezo.

—¿Has intentado llamar a ese número?

No. No lo he intentado. No se me había ocurrido.

—Hazlo —dice Herrera—. Y dime qué pasa.

Salgo del despacho con la cabeza dándome vueltas. Bajo al jardín, busco un rincón apartado, saco el teléfono. Mis dedos tiemblan mientras marco el número de "M".

Un tono. Dos. Tres.

"El número al que llama no existe. Por favor, compruebe el número e inténtelo de nuevo."

No existe. El número no existe.

¿Carmen se mandaba mensajes a un número que no existe? ¿Cómo es eso posible?

Vuelvo a mirar los mensajes. Ahí están, claros como el agua. Conversaciones entre Carmen y "M". Preguntas y respuestas. Dos personas hablando.

Pero solo una de ellas era real.

Me siento en el banco, con el teléfono en las manos, intentando procesar lo que acabo de descubrir. Carmen estaba tan rota, tan aislada, tan desesperada, que creó a alguien con quien hablar. Alguien que la escuchaba sin juzgar. Alguien que entendía.

Se creó una amiga imaginaria.

Una parte de mí quiere reírse. Es absurdo, es triste, es patético. Pero otra parte de mí —la parte que lleva semanas siendo Marina, la parte que sabe lo que es crear una identidad para escapar de la realidad— entiende perfectamente.

Carmen necesitaba a alguien. Y como no lo tenía, se lo inventó.

Igual que yo me inventé a Marina.

¿Soy tan diferente de ella? ¿O somos la misma persona, repitiendo los mismos patrones, creando las mismas mentiras para sobrevivir?

Miro el teléfono otra vez. Los mensajes de "M". Las palabras de consuelo que Carmen se escribía a sí misma.

"Yo entiendo. Puedes contarme lo que sea."

"No digas eso. Piensa en Olivia."

Olivia. Siempre Olivia. La razón para seguir viviendo y la razón por la que no podía seguir.

Guardo el teléfono. Me levanto. Necesito hablar con Álex. Necesito contarle lo que he descubierto. Necesito ver su cara cuando le diga

que su mujer estaba tan sola que se inventó a alguien con quien hablar.

Pero antes necesito algo más.

Necesito saber si "M" respondió alguna vez desde otro lugar. Si hay mensajes que no están en este teléfono. Si la conversación continuó por algún otro medio.

Porque si "M" no era real, ¿quién escribió las respuestas?

Carmen no podía mandarse mensajes a sí misma y responderlos. Eso no tiene sentido. Alguien tenía que estar al otro lado. Alguien con acceso a ese número que ahora no existe.

Alguien que sabía lo que Carmen estaba planeando.

Alguien que no hizo nada para detenerla.

El pensamiento me hiela la sangre. Si "M" era una persona real —si alguien recibía esos mensajes, leía las confesiones de Carmen, sabía que estaba al borde del abismo— ¿por qué no avisó a nadie? ¿Por qué no llamó a Álex, a Bea, a emergencias?

¿Por qué dejó que Carmen condujera hacia el acantilado con su hija en el coche?

El número no existe ahora. Pero existía entonces. Alguien lo canceló. Alguien hizo desaparecer las pruebas.

¿Quién?

Miro hacia el edificio de la clínica. Las ventanas brillan con la luz de la mañana. Herrera está ahí dentro, con sus peces y su acuario y su teoría conveniente sobre identidades alternativas.

¿Y si Herrera miente? ¿Y si sabe perfectamente quién es "M"? ¿Y si todo esto —el protocolo, las revelaciones graduales, la grabación de los pescadores— es parte de algo más grande?

No. Para. Estás volviéndote paranoica. Eso es lo que pasa cuando no duermes, cuando descubres que casi ahogaste a tu hija en una bañera, cuando te enteras de que te mandabas mensajes a ti misma.

Pero la paranoia y la realidad no son siempre opuestas. A veces la paranoia es solo la verdad que no quieres ver.

Y yo ya he dejado de querer no ver.

Vuelvo adentro. Subo a mi habitación. Saco el diario de debajo del colchón, el que encontré el primer día, el que tiene letras diferentes y nombres diferentes y vacíos que duran semanas.

Lo abro por una página al azar. Letra pequeña, apretada, inclinada hacia la izquierda. Andrea, según el expediente.

"Alguien me está mintiendo. No sé quién. No sé por qué. Pero lo siento. Lo siento en los huesos, en la manera en que me miran, en los silencios que duran demasiado. Hay algo que no me cuentan. Algo gordo. Y voy a descubrirlo."

Paso páginas. Más entradas de Andrea. Cada vez más frenéticas.

"He encontrado un número en el móvil de Carmen. Un contacto que no reconozco. M. ¿Quién es M? ¿Por qué Carmen le contaba todo?"

El corazón se me acelera. Andrea encontró lo mismo que yo. Andrea se hizo las mismas preguntas.

¿Qué le pasó a Andrea?

Busco más. Las entradas se vuelven erráticas, difíciles de leer. Y entonces, de repente, la letra cambia. Más grande, más redonda. Marina.

Mi letra.

"Mi nombre es Marina Leal. No sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí, pero sé que algo está muy mal."

El diario se me cae de las manos.

Andrea descubrió lo de "M". Andrea investigó. Andrea se hizo las mismas preguntas que yo.

Y después Andrea desapareció.

¿Qué encontró que la hizo desaparecer? ¿Qué descubrió que su cerebro no pudo soportar?

¿Voy a desaparecer yo también?

14

Andrea

No voy a desaparecer.

Me lo repito como un mantra mientras bajo las escaleras hacia el despacho de Herrera. No voy a desaparecer. No voy a convertirme en otra persona. No voy a dejar que mi cerebro huya de esto como hizo Andrea, como hizo Lucía, como he hecho tantas veces antes.

Esta vez no.

Gloria me mira cuando paso por delante de su puesto. Hay algo en su expresión que no sé leer. ¿Preocupación? ¿Advertencia? La ignoro. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

El despacho de Herrera está vacío cuando llego. Eso es raro. Siempre está aquí a estas horas, con su cuaderno y su bolígrafo y sus peces nadando en círculos eternos.

Me quedo en la puerta, dudando. Podría esperar. Podría volver a mi habitación y fingir que no he descubierto nada. Podría...

—Está en una reunión.

Me giro. Vera está detrás de mí, apoyada en la pared del pasillo como si llevara ahí un rato.

—¿Qué reunión?

—No lo sé. Pero ha venido gente de fuera. Coches caros, trajes,

maletines. —Se encoge de hombros—. Seguramente inversores o algo así. Este sitio no se paga solo.

Me quedo mirándola. Hay algo diferente en Vera hoy. No sé qué es. La misma ropa de siempre, el mismo pelo mal teñido, el mismo cigarrillo sin encender entre los dedos. Pero algo ha cambiado.

—¿Qué sabes de Andrea? —pregunto.

Vera no parpadea.

—¿Quién es Andrea?

—No te hagas la tonta. Andrea era yo. Antes de ser Marina. Y tú llevas

aquí el tiempo suficiente para haberla conocido.

Nos quedamos calladas. El pasillo está vacío, las puertas cerradas, el único sonido es el zumbido de las luces fluorescentes.

—Andrea era... complicada —dice Vera al fin.

—Complicada cómo.

—Hacía demasiadas preguntas. Se metía donde no debía. —Una pausa—. Como

tú.

—¿Y qué le pasó?

—Lo mismo que le pasa a todas. Encontró algo que no podía procesar y...

—Hace un gesto vago con la mano—. Reset.

—¿Qué encontró?

—No lo sé.

—Mentira.

Vera me mira. Por un segundo, solo un segundo, algo cruza su cara. Algo que podría ser respeto o podría ser miedo.

—Vale —dice—. Puede que sepa algo.

—Pues cuéntamelo.

—Aquí no.

Mira hacia los lados, nerviosa, vigilante de la nada. Después echa a andar por el pasillo, hacia la puerta que da al jardín.

La sigo.

El jardín está vacío a estas horas. El cielo es gris, como siempre, y el mar ruge a lo lejos contra las rocas. Vera se sienta en el banco de siempre, el que está más alejado del edificio. Saco el paquete de cigarrillos que le he robado esta mañana y le ofrezco uno.

Lo acepta sin comentarios.

—Andrea encontró el teléfono —dice mientras enciende el cigarrillo —. El

mismo que encontraste tú. Los mensajes de "M".

—¿Y?

—Y empezó a investigar. Quería saber quién era "M". Quería entender por

qué Carmen le escribía a alguien que nadie conocía.

—¿Descubrió algo?

Vera le da una calada larga al cigarrillo. El humo se mezcla con el aire frío.

—Descubrió que el número existía.

El corazón se me acelera.

—Pero cuando yo llamé...

—Ahora no existe. Pero cuando Andrea llamó, hace cuatro meses, el número

funcionaba.

—¿Alguien contestó?

—No. Saltaba el buzón de voz.

—¿Y qué decía?

—Nada. Un buzón vacío, sin nombre, sin mensaje de bienvenida. Solo el

pitido.

Intento procesar lo que me está diciendo. El número existía hace cuatro meses. Andrea lo llamó. Nadie contestó, pero el número funcionaba. Y ahora está cancelado.

—¿Quién lo canceló?

—No lo sé.

—¿Herrera?

—No lo sé —repite Vera, y esta vez hay algo en su voz que suena a

verdad—. Pero Andrea empezó a sospechar de él. Decía que Herrera sabía más de lo que contaba. Que el "protocolo" era una tapadera para algo más.

—¿Para qué?

—Eso nunca llegó a descubrirlo. —Vera apaga el cigarrillo en el banco,

lo guarda en el bolsillo—. Dos días después de llamar al número, Andrea desapareció. Bueno, no desapareció. Se convirtió en ti.

En mí. En Marina. La persona que no existe, que nunca ha existido, que es solo un disfraz que mi cerebro creó para huir.

—¿Crees que Herrera hizo algo? —pregunto—. ¿Que provocó la disociación

de Andrea?

—No lo sé. Pero sé que Andrea estaba muy cerca de descubrir algo. Y sé

que justo después de acercarse demasiado... puf. Nueva persona.

Me quedo en silencio, mirando el mar que ya no me da tanto miedo. Pensando en Andrea, en sus preguntas, en su desaparición conveniente.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto—. ¿Por qué ahora?

Vera se levanta. Se sacude los pantalones del chándal, aunque no tienen nada.

—Porque llevas más tiempo siendo tú de lo que Andrea duró siendo ella. Y

porque creo que tienes más posibilidades de llegar al final.

—¿Al final de qué?

—De todo esto. —Hace un gesto que abarca la clínica, el jardín, el mar—.

De la verdad.

Se aleja hacia el edificio. Yo me quedo en el banco, con el frío mordiéndome los huesos y las preguntas dando vueltas en mi cabeza.

Andrea llamó al número. El número existía. Dos días después, Andrea desapareció.

¿Coincidencia? No creo en las coincidencias. No desde que descubrí que llevo ocho meses aquí creyendo que llevaba dos semanas.

Necesito hablar con Álex. Necesito contarle lo que he descubierto, lo del teléfono, lo de "M", lo de la bañera. Necesito ver su cara cuando le pregunte si sabía que su mujer estaba tan sola que se inventó a alguien con quien hablar.

O que alguien se aprovechó de su soledad para...

Para qué. Esa es la pregunta. Si "M" era una persona real, si alguien recibía esos mensajes, ¿qué quería? ¿Qué ganaba leyendo las confesiones de una mujer al borde del abismo?

Me levanto. Las piernas me tiemblan, pero aguantan. Vuelvo adentro, subo a mi habitación, saco el teléfono de Carmen de debajo del colchón.

Hay algo que no he mirado. Algo que pasé por alto la primera vez.

Abro los ajustes. Busco el registro de llamadas.

Ahí está. Una llamada saliente al número de "M". Hace un año y dos meses, dos días antes del accidente. Duración: cuatro minutos y treinta y dos segundos.

Cuatro minutos y treinta y dos segundos.

Alguien contestó. Carmen habló con "M" durante cuatro minutos y medio, dos días antes de conducir su coche hacia el acantilado.

¿De qué hablaron? ¿Qué le dijo "M" que la empujó a hacer lo que hizo?

Busco más. Hay otra llamada, el día del accidente. Horas antes. Esta es entrante. "M" llamó a Carmen.

Duración: doce minutos y siete segundos.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en las sienes. "M" llamó a Carmen el día del accidente. Hablaron durante doce minutos. Y después Carmen cogió el coche, metió a Olivia en el asiento de atrás y condujo hacia el acantilado.

¿Qué le dijo "M"?

¿Qué le dijo que la hizo tomar esa decisión?

Necesito ese número. Necesito saber quién está detrás. Necesito...

La puerta de mi habitación se abre.

Es Herrera. Tiene la misma expresión de siempre, amable, profesional, ligeramente preocupada. Pero hay algo en sus ojos que no había visto antes.

—Marina —dice—. ¿Podemos hablar?

No es una pregunta.

—Claro.

Guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón, rezando para que no lo haya visto. Herrera se aparta de la puerta para dejarme pasar.

Bajo al despacho detrás de él. Los peces nadan en el acuario. El acuario burbujea. Todo está igual que siempre, pero nada se siente igual.

—Siéntate, por favor.

Me siento. Herrera no se sienta detrás del escritorio, como hace normalmente. Se sienta a mi lado, en el sillón de visitas. Demasiado cerca.

—Gloria me ha dicho que has estado haciendo preguntas sobre Andrea.

Mierda.

—¿Es eso un problema?

—No necesariamente. —Hace una pausa, eligiendo las palabras—. Pero me

preocupa lo que puedas estar pensando.

—¿Y qué crees que estoy pensando?

—Creo que crees que hay una conspiración. Que alguien te oculta cosas

deliberadamente. Que Andrea descubrió algo peligroso y por eso... desapareció.

No respondo. Espero.

—Marina, las disociaciones no son castigos. No son consecuencia de

descubrir "demasiado". Son mecanismos de defensa. Tu cerebro te protege de cosas que no puede procesar.

—¿Cómo lo de la bañera?

Herrera asiente despacio.

—Como lo de la bañera.

—¿Y "M"? ¿Mi cerebro también me protege de "M"?

El silencio que sigue es diferente. Más pesado. Herrera se quita las gafas, las limpia con el borde del jersey. Es un gesto que le he visto hacer cien veces, pero hoy parece... nervioso.

—¿Qué más has descubierto sobre "M"? —pregunta.

—Que el número existía. Que Andrea lo llamó y funcionaba. Que alguien lo

canceló después de que Andrea desapareciera.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo mis fuentes.

Herrera me mira. Hay algo en sus ojos que no sé leer. ¿Preocupación? ¿Miedo? ¿Admiración?

—Eres la más persistente de todas —dice—. Lucía se rindió a las seis

semanas. Andrea duró tres meses. Tú llevas casi dos meses y sigues investigando, sigues preguntando, sigues negándote a huir.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de lo que encuentres.

—¿Y si encuentro que alguien habló con Carmen el día del accidente? ¿Que

"M" la llamó horas antes de que condujera hacia el acantilado?

Herrera no se mueve. No parpadea. Es como si se hubiera convertido en piedra.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Tengo el registro de llamadas de su teléfono.

Herrera no responde inmediatamente. El acuario burbujea. Los peces nadan, ajenos a todo.

—Dame el teléfono —dice Herrera.

—No.

—Marina...

—He dicho que no.

Nos miramos. Es un enfrentamiento silencioso, una batalla de voluntades. Herrera es el profesional, el que tiene el poder aquí. Pero yo tengo el teléfono. Y el teléfono tiene pruebas.

—No voy a quitártelo —dice al fin—. Pero necesito que entiendas algo.

—¿El qué?

—Que hay cosas que no puedes descubrir sola. Cosas que necesitan

contexto, explicación, preparación. Si sigues investigando sin supervisión, sin apoyo, podrías...

—¿Desaparecer como Andrea?

—Podrías hacerte daño.

Me levanto. No puedo seguir sentada, no puedo seguir escuchando esto.

—Ya me he hecho daño —digo—. Me hice daño hace ocho meses cuando conduje

mi coche hacia el acantilado con mi hija dentro. Nada de lo que descubra ahora puede ser peor que eso.

—No estés tan segura.

Las palabras me detienen en seco. Me giro hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Herrera suspira. Se pasa la mano por el pelo canoso, un gesto de cansancio que nunca le había visto.

—"M" existe —dice—. No es una identidad alternativa. Es una persona

real.

El mundo se detiene.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque no estás preparada.

—Joder, Herrera, ¡llevo ocho meses aquí! ¿Cuándo voy a estar preparada?

—Cuando puedas escuchar la verdad sin destruirte.

—¿Y cómo sabes que no puedo?

—Porque te conozco. He visto todas tus versiones. Y sé lo que pasa

cuando te acercas demasiado a ciertas verdades.

Nos quedamos en silencio. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando aunque el mío está a punto de explotar.

—Dame una pista —digo—. Solo una. Algo que me ayude a entender.

Herrera me mira durante un largo momento. Después asiente, casi imperceptiblemente.

—"M" no quería hacerte daño —dice—. "M" creía que te estaba ayudando.

—¿Ayudándome a qué?

—A tomar una decisión.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Una decisión. "M" ayudó a Carmen a tomar una decisión. La decisión de conducir hacia el acantilado. La decisión de acabar con todo.

—¿"M" me convenció de que me matara?

—No exactamente.

—Entonces ¿qué? ¿Qué exactamente?

Herrera se levanta. Camina hacia el acuario, mira a los peces como si fueran lo más interesante del mundo.

—"M" te ayudó a ver lo que ya sabías —dice sin girarse—. Que no podías

seguir así. Que algo tenía que cambiar.

—¿Y el cambio era tirarme por un acantilado?

—El cambio era dejar de fingir.

No entiendo. No entiendo nada. ¿Dejar de fingir qué? ¿Qué estaba fingiendo Carmen que era tan terrible que la única solución era la muerte?

—¿Fingir qué? —pregunto.

Herrera se gira. Su cara es una máscara, pero sus ojos... sus ojos cuentan otra historia.

—Que eras feliz —dice—. Que amabas tu vida. Que no querías escapar.

—¿Escapar de qué?

—De todo. De Álex. De la maternidad. De ser Carmen.

Las palabras caen como bombas. Una detrás de otra. Destruyendo todo lo que creía saber.

—Carmen no quería ser madre —digo. No es una pregunta.

—Carmen amaba a Olivia —responde Herrera—. Pero amar a alguien y querer

la vida que esa persona representa son cosas diferentes.

—Entonces... ¿el accidente fue un intento de escapar? ¿De su vida?

—El accidente fue muchas cosas. Un grito de ayuda. Un acto de

desesperación. Una decisión tomada en el peor momento posible, bajo la influencia de la depresión no tratada y de alguien que le dijo exactamente lo que necesitaba oír para justificar lo injustificable.

"M". "M" le dijo lo que necesitaba oír.

—¿Quién es "M"? —pregunto una última vez.

Herrera niega con la cabeza.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando estés lista.

—¿Y cómo sabré que estoy lista?

—Lo sabrás.

Sale del despacho. Me deja sola con los peces, con las preguntas, con una verdad a medias que es peor que ninguna verdad.

Carmen quería escapar de su vida. "M" la ayudó a justificar esa escapada. Y Olivia pagó el precio.

Me siento en el sillón. Las piernas no me sostienen.

¿Quién es "M"? ¿Quién conocía a Carmen tan bien que sabía exactamente qué decirle para empujarla al borde? ¿Quién tenía acceso a sus miedos más profundos, a sus secretos más oscuros?

Alguien cercano. Tiene que ser alguien cercano.

Álex. Bea. Herrera.

Uno de ellos es "M".

Y voy a descubrir cuál.

15

Los sospechosos

Tres nombres.

Álex. Bea. Herrera.

Uno de ellos es "M". Uno de ellos habló con Carmen el día del accidente. Uno de ellos sabía lo que estaba planeando y no hizo nada para detenerla.

O la empujó a hacerlo.

Paso la noche sin dormir, repasando lo que sé de cada uno. Buscando grietas, inconsistencias, cualquier cosa que me dé una pista.

Álex. El marido. El que me mira con esos ojos que esconden algo, el que nunca usa mi nombre, el que habla de Olivia en tiempos verbales que bailan entre el presente y el pasado. ¿Tendría motivos para querer que Carmen desapareciera? Un divorcio es caro, complicado. Y si Carmen amenazaba con quitarle a Olivia...

No. Para. Si Álex quería librarse de Carmen, no habría querido que Olivia muriera también. Amaba a esa niña. Todo el mundo dice que la amaba.

Pero Herrera dijo que Carmen quería escapar de todo. De Álex. De la maternidad. ¿Y si Álex lo sabía? ¿Y si descubrió que su mujer ya no quería la vida que habían construido juntos?

Siguiente. Bea. La hermana. La que me odia con una intensidad que parece demasiado personal para ser solo duelo. "Olivia está donde tú la dejaste." Esas palabras no salen de la boca de alguien que solo está triste. Salen de alguien que sabe exactamente lo que pasó y quiere que yo lo sepa también.

Bea no podía tener hijos. Olivia era lo más parecido a una hija que iba a tener nunca. ¿Y si Bea veía a Carmen como una madre

inadecuada? ¿Y si pensaba que Olivia estaría mejor sin ella?

Pero eso no explica por qué ayudaría a Carmen a matarse. Si Bea quería a Olivia, lo último que querría es que muriera en ese coche.

A menos que no supiera que Olivia iba a estar en el coche.

El pensamiento me golpea como un puñetazo. ¿Y si "M" no sabía que Carmen iba a llevar a Olivia? ¿Y si el plan era que Carmen condujera hacia el acantilado sola, y Olivia fue un... un accidente dentro del accidente?

Tercero. Herrera. El médico. El que lleva ocho meses tratándome, viéndome crear identidad tras identidad, esperando a que llegue a la verdad por mí misma. ¿Qué ganaría Herrera empujando a Carmen hacia el abismo?

Dinero. La clínica es privada, cara. Pacientes de larga estancia pagan fortunas. Y yo llevo ocho meses aquí. Ocho meses de facturas que alguien está pagando.

¿Álex? ¿La familia de Carmen? ¿Un seguro?

Pero Herrera tendría que ser un sociópata completo para mantener a una paciente enferma deliberadamente. Para provocar disociaciones, alargar el tratamiento, todo por dinero.

Y no me lo creo. He visto su cara cuando habla de sus peces, de su hijo. Hay algo humano ahí. Algo roto, quizá, pero humano.

Dios. No sé. No sé nada. Solo tengo preguntas y más preguntas y ninguna puta respuesta.

Cuando amanece, tomo una decisión. Voy a confrontarlos. A los tres. Uno por uno. Voy a mirarles a la cara y preguntarles directamente si son "M".

Y voy a observar cómo reaccionan.

Empiezo con Álex.

Le llamo desde el teléfono de la clínica. Gloria me mira mientras marco el número, pero no dice nada. Probablemente está tomando notas mentales para contárselo a Herrera después. Me da igual.

—¿Diga?

Su voz suena cansada. Son las ocho de la mañana y ya suena derrotado.

—Soy yo —digo—. Necesito que vengas. Hoy.

Un silencio largo. Puedo escuchar su respiración al otro lado de la línea.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. No. Necesito hablar contigo. En persona.

—Vale. Puedo estar ahí a las once.

—A las once.

Cuelgo antes de que pueda preguntar más. Gloria sigue mirándome. Le devuelvo la mirada hasta que aparta los ojos.

Las once llegan despacio. Me paso la mañana en el jardín, fumando cigarrillos robados, mirando el mar que ya no me da tanto miedo. O quizá me da otro tipo de miedo. Uno más concreto, más definido. El miedo a saber quién me hizo esto.

Quién nos hizo esto. A Carmen y a mí. A Olivia.

Álex aparece a las once en punto. Siempre es puntual. Me pregunto si era igual antes del accidente o si es algo que ha desarrollado después, una manera de controlar el caos.

Nos sentamos en la sala de visitas. Los mismos sofás de cuero sintético, las mismas revistas que nadie lee, la misma ventana que da al jardín y al mar.

—¿Qué pasa? —pregunta.

No voy a andarme con rodeos.

—¿Eres tú?

Álex parpadea.

—¿Qué?

—"M". El contacto del teléfono de Carmen. El que hablaba con ella, el

que sabía que estaba al borde. ¿Eres tú?

El silencio que sigue es diferente a los otros. Más denso. Más lleno de cosas que no se dicen.

—No sé de qué me hablas.

—No me mientas. —Mi voz sale más dura de lo que pretendía—. Carmen tenía

un teléfono secreto. Con mensajes a alguien que firmaba como "M". Le contaba todo. Lo mal que estaba, lo de querer desaparecer. Y "M" la llamó el día del accidente. Doce minutos antes de que cogiera el coche.

Álex se ha quedado muy quieto. Su cara es una máscara, pero sus manos... sus manos se han cerrado en puños sobre las rodillas.

—¿De dónde has sacado ese teléfono?

—Eso no importa. Lo que importa es quién es "M". ¿Eres tú?

—No.

—¿Seguro?

—Joder, que no. —Se levanta de golpe. Camina hacia la ventana, dándome

la espalda—. No tenía ni idea de que Carmen tuviera otro teléfono. No tenía ni idea de que hablara con nadie. Pensaba que me lo contaba todo y resulta que...

Se interrumpe. Los hombros le tiemblan.

—¿Que qué?

—Que no me contaba nada. —Su voz es apenas un susurro—. Que estaba

sufriendo delante de mis narices y yo no vi una mierda.

Me levanto. Camino hacia él. No le toco, pero me quedo cerca.

—¿Sabías que Carmen quería escapar? ¿Que no era feliz?

Álex no responde inmediatamente. Sigue mirando por la ventana, hacia el mar que ninguno de los dos quiere mirar de verdad.

—Sabía que algo no iba bien —dice al fin—. Lo de la bañera... eso la

cambió. Pero no sabía hasta qué punto. Pensé que era la depresión, que con tratamiento mejoraría. No pensé que... —Traga saliva—. No pensé que quisiera morirse.

—¿Y Olivia? ¿Sabías que Carmen tenía problemas con... con ser madre?

—No. —Se gira hacia mí. Tiene los ojos brillantes—. Carmen adoraba a

Olivia. Todo el mundo lo veía. Cómo la miraba, cómo hablaba de ella. Era una buena madre.

—Herrera dice que amar a alguien y querer la vida que esa persona

representa son cosas diferentes.

—Herrera dice muchas cosas.

Hay algo en su voz. Algo que suena a... ¿resentimiento? ¿Desconfianza?

—¿No te fías de Herrera?

—No me fío de nadie que lleve ocho meses tratando a mi mujer sin

conseguir que mejore.

Es un buen punto. Uno que yo también me he hecho.

—¿Crees que Herrera podría ser "M"?

Álex me mira. Por un segundo, parece que va a decir algo. Después niega con la cabeza.

—No lo sé. No sé nada. Solo sé que mi mujer conducía hacia el acantilado

con mi hija en el coche y yo estaba en el trabajo, sin enterarme de nada, y ahora llevo ocho meses viniendo a este sitio a ver cómo se

convierte en personas diferentes una y otra vez y nadie puede decirme por qué.

Se le quiebra la voz en la última palabra. Me dan ganas de abrazarle. Me dan ganas de pegarle. Me dan ganas de gritar hasta que alguien me diga la verdad de una puta vez.

—Álex —digo—. Si descubro que me estás mintiendo...

—No te estoy mintiendo.

—Si descubro que me estás mintiendo —repito—, no voy a perdonártelo. Ni

como Marina ni como Carmen ni como quien sea que me convierta después.

Nos miramos. Dos extraños que supuestamente son marido y mujer, unidos por una tragedia que ninguno de los dos entiende del todo.

—No soy "M" —dice—. Te lo juro por Olivia. Por su memoria. No soy yo.

Quiero creerle. Dios, quiero creerle tanto que me duele.

Pero no puedo. No todavía.

—Vale —digo—. Necesito que te vayas.

—Marina...

—Necesito pensar. Y no puedo hacerlo contigo aquí.

Álex asiente despacio. Camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—¿Vas a preguntarle a Bea?

—Sí.

—Ten cuidado. Bea no... —Se interrumpe—. Bea tiene sus propios demonios.

Sale antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con eso.

Me quedo sola en la sala de visitas. Álex ha jurado por Olivia. Eso tiene que significar algo, ¿no? Nadie juraría por su hija muerta si

estuviera mintiendo.

¿O sí?

No tengo tiempo para dudas. Necesito hablar con Bea.

Le pido a Gloria que la llame. Gloria me mira con esa expresión que ya conozco, la de alguien que sabe más de lo que dice pero no va a compartirlo.

—Beatriz no suele venir sin cita previa —dice.

—Pues dile que es urgente.

Gloria suspira. Coge el teléfono. Marca un número. Habla en voz baja, demasiado baja para que pueda escuchar. Después cuelga.

—Puede venir esta tarde. A las cinco.

Seis horas. Seis horas para prepararme para confrontar a la mujer que me odia más que nadie en el mundo.

Paso el tiempo en mi habitación, repasando los mensajes del teléfono de Carmen. Buscando algo que me diga si "M" es hombre o mujer, si es alguien cercano o un extraño.

Los mensajes no me dan nada. Son neutros, cuidadosos. Como si "M" supiera que algún día alguien los leería.

A las cinco menos diez, bajo a la sala de visitas. Bea ya está ahí.

Está de pie junto a la ventana, exactamente donde estaba Álex esta mañana. Lleva el mismo tipo de ropa de siempre: cara, impecable, como una armadura. Y el collar de cuentas de colores que no encaja con nada, el que siempre toca cuando está nerviosa.

Lo está tocando ahora.

—Has dicho que era urgente —dice sin girarse.

—Lo es.

—¿Qué quieres?

Me siento en el sofá. Necesito estar sentada para esto.

—¿Eres "M"?

Bea se gira. Su cara es una máscara perfecta, pero algo cruza sus ojos. Algo que podría ser sorpresa o podría ser miedo.

—¿Qué?

—"M". El contacto del teléfono de Carmen. El que hablaba con ella cuando

no hablaba con nadie más. ¿Eres tú?

El silencio que sigue dura una eternidad. Bea no se mueve. No parpadea. Es como si se hubiera convertido en piedra.

Y entonces hace algo que no esperaba.

Se ríe.

Es una risa corta, amarga, sin humor. Una risa que suena a cristales rotos.

—¿Por eso me has hecho venir? ¿Para acusarme de... de qué exactamente?

—De hablar con Carmen. De saber lo que planeaba. De no hacer nada para

detenerla.

—¿Y por qué coño haría yo eso?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

Bea camina hacia mí. Se sienta en el sofá de enfrente. Está tan cerca que puedo oler su perfume, algo caro y floral que no encaja con la dureza de su expresión.

—Escúchame bien —dice, y su voz es un susurro afilado—. Yo quería a

Olivia más que a nada en el mundo. Era la única sobrina que iba a tener. La única. Y si hubiera sabido, aunque fuera por un segundo, que Carmen pensaba hacerle daño... —Le tiembla la voz—. La habría matado yo misma antes de dejar que tocara a esa niña.

—Pero Carmen no planeaba hacerle daño a Olivia —digo—. Carmen planeaba

hacerse daño a sí misma. Olivia no debería haber estado en el coche.

—¿Y eso lo hace mejor? —Bea se inclina hacia delante—. ¿Eso lo hace

menos monstruoso?

—No lo sé. Solo intento entender qué pasó.

—Yo te diré qué pasó. —Sus ojos brillan con algo que podría ser lágrimas

o podría ser rabia—. Mi hermana estaba enferma. Llevaba meses, quizá años, fingiendo que estaba bien cuando se estaba desmoronando por dentro. Y nadie lo vio. Ni Álex, ni Herrera, ni yo. Nadie.

—Alguien lo vio. "M" lo vio.

—Pues no era yo.

—¿Puedes demostrarlo?

Bea se levanta de golpe. Camina hacia la ventana otra vez, dándome la espalda.

—¿Demostrar qué? ¿Que no soy una asesina? ¿Que no empujé a mi hermana a

tirarse por un acantilado con mi sobrina en el coche? —Se gira. Tiene los ojos rojos—. Vete a la mierda.

—Bea...

—No. —Levanta la mano—. No tienes derecho a acusarme de nada. No sabes

lo que he pasado. No sabes lo que es ir al cementerio cada semana a dejarle flores a una niña de seis años. No sabes lo que es odiar a tu hermana y echarla de menos al mismo tiempo, cada segundo de cada día.

Tiene razón. No lo sé.

—Si no eres "M" —digo—, ¿quién crees que es?

Bea se queda en silencio un momento. Sus dedos juegan con el collar de cuentas, las únicas que hizo Olivia, las únicas que quedan de ella.

—Herrera —dice al fin.

—¿Por qué Herrera?

—Porque Herrera la conocía mejor que nadie. Carmen le contaba cosas en

terapia que no nos contaba a nosotros. Y Herrera... —Se interrumpe.

—¿Qué?

—Herrera perdió un hijo. Hace años. Un accidente. Se ahogó.

El estómago se me encoge.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo busqué. Después del accidente, quería saber quién era el médico que

trataba a mi hermana. Encontré artículos viejos, de cuando pasó. Su hijo tenía ocho años.

Ocho años. Casi la edad de Olivia.

—¿Crees que Herrera...?

—No sé qué creo. —Bea se acerca a la puerta—. Solo sé que hay algo raro

en todo esto. En el protocolo, en cómo te tratan, en cuánto tiempo llevas aquí sin mejorar. Y Herrera está en el centro de todo.

Se va sin despedirse. La puerta se cierra detrás de ella con un clic suave.

Me quedo sola en la sala de visitas. Dos sospechosos interrogados. Ninguna confesión. Pero sí una acusación.

Bea cree que es Herrera. Álex no confía en Herrera.

¿Y yo? ¿Qué creo yo?

Creo que necesito respuestas. Y creo que solo hay una persona que puede dármelas.

El problema es que esa persona es el principal sospechoso.

16

El hijo de Herrera

El insomnio gana otra vez.

Me quedo mirando el techo, repasando todo lo que sé. Herrera perdió un hijo. Se ahogó. Tenía ocho años. Casi la edad de Olivia cuando murió.

¿Coincidencia? Ya no creo en las coincidencias.

Cuando amanece, tengo un plan. Voy a ir al despacho de Herrera y le voy a preguntar directamente si es "M". Voy a mirarle a los ojos mientras lo niegue —porque lo va a negar, claro que lo va a negar— y voy a buscar la grieta. La mentira. El momento en que su máscara se resquebraje.

Gloria aparece con el desayuno a las ocho. Le digo que quiero ver a Herrera. Ahora.

—El doctor tiene consultas toda la mañana.

—Pues dile que las cancele.

Gloria me mira con esa expresión que ya conozco. La de alguien que está evaluando si estoy a punto de hacer algo peligroso.

—Voy a consultarlo.

—No. —Me levanto de la cama. Las piernas me tiemblan, pero aguantan—.

Voy a ir a su despacho ahora mismo. Puede recibirme o puede llamar a seguridad. Su elección.

Sale sin responder. Yo me visto con lo primero que encuentro —pantalones de chándal, camiseta arrugada, me da igual— y bajo las escaleras.

El despacho de Herrera está al fondo del pasillo, con su puerta de madera oscura y su plaquita dorada que dice "Dr. Manuel Herrera -

Director Clínico". Llamo dos veces. No espero respuesta. Entro.

Herrera está sentado detrás de su escritorio, con el cuaderno abierto y el bolígrafo en la mano. Los peces nadan en el acuario. El mundo sigue igual aunque el mío está a punto de explotar.

—Marina —dice. No parece sorprendido—. Siéntate.

—No.

—Como quieras.

Se recuesta en la silla. Me mira con esa calma profesional que ya no me engaña. Detrás de esa calma hay algo. Llevo semanas sintiéndolo. Ahora voy a descubrir qué es.

—Tu hijo se ahogó —digo.

Herrera no se mueve. No parpadea. Es como si se hubiera convertido en piedra.

—¿Quién te ha contado eso?

—Eso no importa. Lo que importa es que es verdad.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando.

—Sí —dice al fin—. Es verdad.

—¿Cómo se llamaba?

—Miguel. —Su voz se quiebra casi imperceptiblemente en la última sílaba—. Se llamaba Miguel.

Miguel. M.

El estómago se me encoge.

—¿Cuántos años tenía?

—Ocho.

—¿Cómo pasó?

Herrera se quita las gafas. Las deja sobre el escritorio. Sin ellas parece más viejo, más cansado, más humano.

—Estábamos de vacaciones. En la costa. Él quería bañarse en el mar, pero

las olas eran demasiado fuertes. Le dije que no. —Hace una pausa —. Esperó a que me quedara dormido en la toalla y se metió solo.

La imagen me golpea sin avisar. Un niño corriendo hacia el agua. Olas grises. Un padre que abre los ojos demasiado tarde.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio.

—Fue hace quince años. —Herrera se pone las gafas otra vez—. Pero no

creo que hayas venido a darme el pésame.

No. No he venido a eso.

—¿Eres "M"?

La pregunta sale directa, sin rodeos. Herrera me mira. Por un segundo, solo un segundo, algo cruza su cara. No sé qué es. ¿Sorpresa? ¿Dolor? ¿Alivio?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu hijo se llamaba Miguel. M. Carmen hablaba con alguien que firmaba

como "M". Tú eras su psiquiatra. Sabías todo sobre ella. Sus miedos, sus secretos, lo de la bañera. Tenías acceso a todo.

—Eso no significa que fuera yo.

—No. Pero significa que podrías haberlo sido.

Herrera se levanta. Camina hacia el acuario. Mira a los peces como si fueran lo más interesante del mundo.

—¿Sabes por qué tengo este acuario? —pregunta.

—No.

—Miguel me lo regaló. Unos meses antes de morir. Quería que tuviera algo

que cuidar cuando él no estuviera. —Se ríe, pero es una risa triste—. Tenía ocho años y ya hablaba de cuando no estuviera. Como si supiera.

No sé qué decir. No sé si esto es una confesión o una distracción.

—Herrera. ¿Eres "M"?

Se gira hacia mí. Su cara es una máscara, pero sus ojos... sus ojos cuentan otra historia.

—No —dice—. No soy "M".

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Puedes tú demostrar que lo soy?

Nos quedamos en silencio. Es un punto muerto. Un empate técnico.

—Sé quién es "M" —dice al fin.

El corazón se me detiene.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

—Joder, Herrera, ¿por qué no?

—Porque no estás preparada.

—¡Ya estoy harta de que me digas eso! —El grito sale antes de que pueda

contenerlo—. Llevo semanas investigando, descubriendo cosas horribles, procesando que maté a mi hija, ¿y todavía no estoy preparada? ¿Qué coño tengo que hacer para estar preparada?

Herrera no responde inmediatamente. Camina hacia su escritorio. Abre un cajón. Saca una carpeta.

—¿Sabes qué es esto?

—No.

—Es el expediente de Carmen Vidal. El completo. No el que encontraste en

el archivo, que está... editado. Este es el real.

Me tiende la carpeta. La cojo con manos que tiemblan.

—¿Por qué me lo das ahora?

—Porque llevas tres semanas siendo Marina sin disociarte. Porque has

procesado lo de la bañera, lo del accidente, lo de Olivia. Porque eres la versión más fuerte que he visto de ti.

—¿Y qué hay en esta carpeta que no haya visto ya?

—La verdad sobre "M".

Abro la carpeta. Hay páginas y páginas de notas clínicas, evaluaciones, gráficos. Busco algo que me diga quién es "M". Busco un nombre, un número, una pista.

Y entonces lo veo.

Una hoja suelta, al final de todo. Una transcripción de una sesión de terapia. Fecha: tres semanas antes del accidente.

Leo.

"CARMEN: No puedo más. No puedo seguir fingiendo.

HERRERA: ¿Fingiendo qué?

CARMEN: Que soy buena madre. Que quiero esta vida. Que no pienso cada día en desaparecer.

HERRERA: ¿Desaparecer cómo?

CARMEN: No lo sé. Irme. Dejar de existir. A veces pienso que todo sería más fácil si...

HERRERA: ¿Si qué?

CARMEN: Si no estuviera.

HERRERA: ¿Has hablado de esto con alguien más?

CARMEN: Solo con M.

HERRERA: ¿Quién es M?

CARMEN: (pausa larga) No puedo decírtelo.

HERRERA: ¿Por qué no?

CARMEN: Porque prometí que no lo haría. Porque es lo único que me mantiene cuerda. Porque sin M ya me habría...

(La paciente no termina la frase. Sesión interrumpida por crisis de ansiedad.)"

Levanto la vista de la página. Herrera me está mirando.

—Carmen no te dijo quién era "M".

—No. Se negó a decírmelo. Dijo que "M" era lo único que la mantenía a

flote.

—Pero "M" la llamó el día del accidente. Doce minutos antes de que

cogiera el coche.

—Lo sé.

—¿Y no investigaste? ¿No intentaste descubrir quién era?

—Claro que lo intenté. —Herrera suspira—. Pero el número estaba a nombre

de una empresa fantasma. Una de esas que venden tarjetas SIM sin registro. Imposible rastrear.

—Alguien lo canceló después del accidente.

—Sí. Dos días después de que Carmen ingresara aquí. Quien sea "M",

quería desaparecer.

Me dejo caer en el sillón. Las piernas ya no me sostienen. Tengo la carpeta en las manos, llena de información que no me sirve de nada.

—¿Por qué me estás contando esto ahora?

—Porque creo que estás lista para saberlo.

—¿Saber qué? Sigo sin saber quién es "M".

—No. Pero ahora sabes que "M" existe. Que es una persona real. Que

Carmen confiaba en ella más que en nadie. Y que esa persona desapareció después del accidente.

—¿Por qué desaparecería si no tenía nada que ocultar?

—Exacto.

Nos quedamos en silencio. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando aunque el mío se ha detenido.

—Hay algo más —dice Herrera—. Algo que no está en el expediente.

—¿Qué?

—Dos días antes del accidente, Carmen vino a verme. Sin cita. Estaba...

diferente. Más tranquila de lo que la había visto en meses. Me dijo que había tomado una decisión. Que todo iba a estar bien.

—¿Qué decisión?

—No me lo dijo. Pero lo que sí dijo fue: "M me ha ayudado a ver las

cosas claras. Por fin sé lo que tengo que hacer."

Las palabras me golpean como un puñetazo.

—"M" la convenció de tirarse por el acantilado.

—Eso es lo que creo, sí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ganaría "M" con la muerte de Carmen?

—Esa es la pregunta que llevo ocho meses haciéndome.

Me levanto. Necesito moverme. Necesito pensar. Camino hacia la ventana, hacia el mar que ya no me da miedo porque tengo miedo de cosas peores.

—Vera me dijo que Andrea también investigó. Que encontró el teléfono,

llamó al número, y dos días después desapareció.

—Es verdad.

—¿Qué encontró Andrea que la hizo desaparecer?

—No lo sé con certeza. Pero tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Creo que Andrea descubrió quién era "M". Creo que lo averiguó, y que

esa información fue tan devastadora que su cerebro no pudo procesarla. Así que creó a alguien nuevo. A ti.

A mí. A Marina. La persona que no existe, que nunca ha existido, que es solo un disfraz para huir de una verdad insoportable.

—¿Quién es "M"? —pregunto una última vez—. Si tienes una teoría, dímela.

Herrera me mira durante un largo momento. Después asiente.

—Creo que "M" es alguien que conocía muy bien a Carmen. Alguien que

sabía exactamente qué decirle para empujarla al borde. Alguien que tenía acceso a sus miedos más profundos.

—Eso podría ser cualquiera de su círculo cercano.

—Podría. Pero hay algo que me llama la atención.

—¿Qué?

—Carmen dejó de llevar su alianza semanas antes del accidente. La

encontraste en la casa, ¿verdad? Con una foto donde había escrito "Ya no significa nada".

—Sí.

—¿Sabes por qué dejó de llevarla?

—Pensé que era porque se sentía indigna de ser esposa. Por lo de la

bañera.

—Eso es lo que yo también pensé al principio. —Herrera hace una pausa—.

Pero después encontré algo en sus notas de terapia. Algo que escribió en el margen de una de las páginas, con letra muy pequeña.

—¿Qué?

—"Él lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y no hizo nada."

El corazón se me detiene.

—¿Álex?

—No lo sé. Carmen nunca especificó a quién se refería. Pero "él lo sabe"

sugiere un hombre. Y "no hizo nada" sugiere que esa persona tenía poder para intervenir y eligió no hacerlo.

Álex. Álex que juraba por Olivia que no era "M". Álex que nunca usa mi nombre. Álex que habla de Olivia en tiempos verbales que bailan entre el presente y el pasado.

—Pero Álex perdió a Olivia —digo—. Si él es "M", si él empujó a

Carmen...

—También empujó a su propia hija.

—Ningún padre haría eso.

—¿Estás segura?

No. No estoy segura de nada.

—Hay otra posibilidad —dice Herrera—. Una que no quieres considerar.

—¿Cuál?

—Que "M" no sea una persona externa. Que "M" sea una parte de Carmen.

Una identidad alternativa que se comunicaba consigo misma.

—Pero el número existía. Andrea lo llamó.

—Los números se pueden comprar. Las tarjetas SIM se pueden conseguir.

Una persona con un trastorno disociativo podría haberse creado un confidente imaginario con un número real, mandarse mensajes a sí misma, convencerse de que había alguien al otro lado.

—Eso es una locura.

—Carmen estaba enferma, Marina. Muy enferma. No tratada, aislada,

cargando con secretos que la estaban consumiendo. ¿Tan difícil es creer que creó a alguien con quien hablar?

Sí. Es difícil. Porque si "M" era Carmen, si Carmen se empujó a sí misma hacia el acantilado, si todo esto ha sido el resultado de una mente que se destruía a sí misma...

Entonces no hay nadie a quien culpar.

Entonces solo hay una mujer rota que hizo algo imperdonable.

Entonces solo estoy yo.

—Necesito tiempo —digo—. Para procesar esto.

—Tómate el que necesites.

Salgo del despacho sin despedirme. El pasillo está vacío. Mis pasos resuenan en las baldosas como latidos de un corazón demasiado rápido.

¿Quién es "M"?

Álex, que sabía algo y no hizo nada.

O Carmen, que estaba tan sola que se inventó a alguien con quien hablar.

O alguien más. Alguien que todavía no he considerado. Alguien que está escondido a plena vista.

Llego a mi habitación. Me tumbo en la cama. El techo es blanco, como siempre. Las paredes son blancas. Todo es blanco y limpio y

ordenado, y yo estoy aquí, rota, intentando juntar los pedazos de una verdad que nadie quiere que descubra.

"Él lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y no hizo nada."

¿Quién es "él"?

¿Qué sabe?

¿Y por qué no hizo nada?

Las preguntas dan vueltas en mi cabeza hasta que el sueño me vence. Y cuando duermo, sueño con agua oscura y manos vacías y una voz muy pequeña que dice:

"Mami, ¿ya llegamos?"

No, cariño. Todavía no.

Pero estoy cerca. Cada vez más cerca.

Y cuando llegue, no voy a gustarme lo que encuentre.

17

Él lo sabe

"Él lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y no hizo nada."

Las palabras de Carmen dan vueltas en mi cabeza mientras miro el techo de mi habitación. Llevo dos días sin bajar al despacho de Herrera. Dos días evitando a todo el mundo. Dos días intentando entender qué significa esa frase escrita en el margen de una hoja, con letra diminuta, como si Carmen tuviera miedo de que alguien la leyera.

¿Quién es "él"?

La respuesta obvia es Álex. El marido. El que estaba más cerca. El que supuestamente no se enteraba de nada mientras su mujer se desmoronaba.

Pero "no hizo nada" implica que podría haber hecho algo. Que sabía y eligió no intervenir.

¿Qué sabía Álex?

Me levanto de la cama. No puedo seguir así, tumbada, mirando el techo como si las respuestas fueran a aparecer en las manchas de humedad. Necesito hablar con él. Necesito mirarle a los ojos y preguntarle directamente qué coño sabía que no hizo nada para evitar.

Gloria aparece con el desayuno. Le digo que quiero llamar a Álex.

—¿Para qué?

—Para invitarle a tomar el té. ¿Tú qué crees?

Gloria no responde. Pero media hora después, tengo el teléfono de recepción en la mano y el número de Álex marcado.

—¿Diga?

—Soy yo. Necesito verte.

Un silencio. Puedo escuchar su respiración al otro lado de la línea, ese ritmo lento que ya reconozco.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Necesito hacerte una pregunta. En persona.

—Puedo estar ahí a las cinco.

—A las cinco.

Cuelgo. Gloria me mira desde su puesto. Yo le devuelvo la mirada hasta que aparta los ojos.

Las horas hasta las cinco pasan despacio. Me siento en el jardín, fumando cigarrillos que le he robado a Vera, mirando el mar que ya no me da miedo porque tengo miedo de cosas peores.

Vera aparece a las tres. Se sienta a mi lado sin pedir permiso.

—Tienes cara de haber tomado una decisión —dice.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de la decisión.

No respondo. Ella enciende un cigarrillo, le da una calada larga.

—He oído que vas a ver a Álex —dice.

—En este sitio todo se sabe.

—Todo. —Otra calada—. ¿Vas a preguntarle si es "M"?

La miro. Hay algo en su expresión que no sé leer.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si lo es, no te lo va a decir. Y si no lo es, se va a ofender.

De cualquier manera, pierdes.

—Quizá no voy a preguntarle eso.

—¿Entonces qué?

—Voy a preguntarle qué sabía.

Vera se queda en silencio un momento. El cigarrillo se consume entre sus dedos, olvidado.

—¿Qué sabía de qué?

—Carmen escribió algo en sus notas de terapia. "Él lo sabe. Lo ha sabido

siempre. Y no hizo nada." Quiero saber qué significa.

—A lo mejor no quieres saberlo.

—A lo mejor no. Pero necesito saberlo.

Vera asiente despacio. Se levanta, se sacude el chándal.

—Ten cuidado —dice—. Los maridos siempre saben más de lo que dicen. Es

parte del trabajo.

Se aleja antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con eso.

A las cinco menos diez, bajo a la sala de visitas. El mismo sofá de siempre, la misma ventana que da al jardín y al mar, las mismas revistas que nadie lee. Todo igual. Todo diferente.

Álex llega puntual. Siempre puntual. Entra con esa manera suya de moverse, como si pidiera perdón por ocupar espacio.

—Hola.

—Siéntate.

Se sienta frente a mí. Los ojos cansados, las ojeras que ya conozco, las manos sobre las rodillas. No lleva alianza. Nunca la lleva. Dice que dejó de usarla porque Carmen perdió la suya, pero Carmen no la perdió. Carmen se la quitó.

—¿Qué querías preguntarme? —dice.

Voy directa al grano.

—¿Qué sabías?

Álex parpadea.

—¿Qué sabía de qué?

—Carmen escribió algo antes del accidente. "Él lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y no hizo nada." ¿Qué sabías, Álex?

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse. Álex no se mueve. No parpadea. Es como si le hubiera golpeado y estuviera absorbiendo el impacto.

—¿Dónde has encontrado eso?

—En sus notas de terapia.

—Herrera te las ha enseñado.

No es una pregunta.

—Sí.

Álex se pasa la mano por la cara. Es un gesto de cansancio que ya conozco, pero hoy parece diferente. Más pesado. Como si cargara con algo que lleva demasiado tiempo sosteniendo.

—No sé a qué se refería —dice.

—Mentira.

—Marina...

—Mentira —repito—. Llevas ocho meses viniendo aquí, viéndome convertirme en personas diferentes, esperando a que me recupere. ¿Y quieres que me crea que no sabes nada?

—No he dicho que no sepa nada. He dicho que no sé a qué se refería con eso específico.

—Entonces dime qué sí sabes.

Álex me mira. Por un segundo, solo un segundo, algo cruza su cara. No sé qué es. ¿Dolor? ¿Culpa? ¿Alivio?

—Sabía que Carmen no estaba bien —dice al fin—. Sabía que la depresión

era peor de lo que dejaba ver. Sabía que había dejado la medicación, aunque no sabía por qué.

—Lo de la bañera.

—Eso no lo supe hasta después. Mucho después. Cuando ya no importaba.

—¿Qué más sabías?

Álex se levanta. Camina hacia la ventana. Me da la espalda. Es un patrón que ya conozco: cuando tiene que decir algo difícil, no puede mirarme a los ojos.

—Sabía que Carmen hablaba con alguien —dice—. Alguien que no era yo, ni

Bea, ni Herrera.

El corazón se me acelera.

—¿"M"?

—No sé cómo se llamaba. Solo sé que había alguien. Carmen se ponía

nerviosa cuando sonaba el teléfono. Salía de la habitación para contestar. Borraba mensajes. Pensé... —Se interrumpe.

—¿Qué pensaste?

—Pensé que tenía una aventura.

Las palabras caen entre los dos como piedras. Una aventura. Álex pensó que Carmen tenía una aventura.

—¿Y no le preguntaste?

—Claro que le pregunté. —Se gira hacia mí. Tiene los ojos brillantes —.

Me dijo que estaba loca. Que cómo podía pensar eso. Que el único hombre de su vida era yo. Y yo... —Su voz se quiebra—. Yo la creí.

Porque era más fácil creerla que enfrentar la alternativa.

—¿Qué alternativa?

—Que mi mujer me estaba ocultando algo. Que nuestro matrimonio no era lo

que yo pensaba. Que quizá nunca lo había sido.

Me quedo en silencio. Álex vuelve a sentarse, pero más cerca esta vez. Demasiado cerca.

—Por eso dejé de llevar la alianza —dice—. Antes del accidente. Carmen

se la quitó primero, pero yo también dejé de llevarla. Porque ya no sabía qué significaba.

—Me dijiste que la dejaste porque ella perdió la suya.

—Te mentí. —Una pausa—. Es más fácil mentir que explicar que tu

matrimonio se estaba desmoronando y no hiciste nada para evitarlo.

"No hizo nada." Las palabras de Carmen resuenan en mi cabeza.

—¿Por qué no hiciste nada?

—Porque tenía miedo. —Álex se pasa las manos por el pelo—. Miedo de lo

que iba a encontrar si miraba demasiado cerca. Miedo de perderla. Miedo de perder a... —Se detiene.

—A Olivia.

El nombre cae entre los dos como una bomba. Álex no responde. No puede. Tiene los ojos cerrados y la mandíbula apretada.

—¿Qué pasó con Olivia? —pregunto—. ¿Por qué estaba en el coche?

—No lo sé.

—Álex...

—¡No lo sé! —Abre los ojos. Están rojos—. Carmen iba a dejarla con Bea.

Ese era el plan. Siempre la dejaba con Bea cuando tenía citas con Herrera o cuando necesitaba tiempo. Y ese día... ese día se suponía que iba a dejarla. Pero no llegó a casa de Bea. Nunca llegó.

—¿Hablaste con Carmen esa mañana?

—Le mandé un mensaje.

—Lo sé. "No puedo seguir así. Necesitamos hablar. Esta noche."

Álex se queda muy quieto.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo el teléfono de Carmen.

El silencio que sigue es diferente. Más pesado. Más lleno de cosas que no se dicen.

—¿Por qué le mandaste ese mensaje? —pregunto.

—Porque había tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—Iba a pedirle el divorcio.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Divorcio. Álex iba a pedirle el divorcio a Carmen el mismo día que ella condujo hacia el acantilado.

—¿Ella lo sabía?

—No. Eso era lo que quería decirle esa noche. Que no podía seguir

viviendo en una mentira. Que necesitábamos ser honestos el uno con el otro, o separarnos.

—Pero ella nunca llegó a esa noche.

—No.

Me quedo mirándole. Este hombre que supuestamente es mi marido. Este extraño que lleva ocho meses viniendo a verme sin decirme la verdad.

—¿Crees que lo sabía? —pregunto—. ¿Crees que Carmen supo de alguna

manera que ibas a pedirle el divorcio?

—No lo sé. —Álex niega con la cabeza—. Pero a veces me pregunto... si

ese mensaje fue lo que la empujó. Si al decirle "no puedo seguir así", ella lo interpretó como...

—Como que la ibas a dejar.

—Como que lo había perdido todo.

Nadie habla. El reloj de la pared marca los segundos. Uno detrás de otro. Imparables.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto.

—Porque tenía miedo de que me odiaras.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no sé qué sentir. —Álex me mira directamente a los ojos —. Solo

sé que si mi mensaje fue lo que empujó a Carmen... si yo tuve algo que ver con lo que pasó... entonces he estado viviendo con eso durante ocho meses. Y no sé cómo seguir haciéndolo.

Quiero odiarlo. Quiero levantarme y gritarle que es su culpa, que él la empujó, que él mató a Olivia con sus palabras no dichas y sus silencios convenientes.

Pero no puedo.

Porque yo también tengo secretos. Yo también he mentido. Yo también soy Carmen, la mujer que conducía ese coche, la que tomó esa decisión, la que soltó a su hija en el agua oscura.

—¿Qué más no me has contado? —pregunto.

—Nada.

—Álex.

—Nada que importe.

—Todo importa.

Él suspira. Es un suspiro que suena a derrota.

—El día del accidente, antes de mandar ese mensaje, llamé a Herrera.

El estómago se me encoge.

—¿Para qué?

—Para preguntarle cómo estaba Carmen. Si creía que estaba mejorando. Si

había alguna esperanza.

—¿Y qué te dijo?

—Que Carmen había progresado mucho. Que estaba más tranquila de lo que

la había visto en meses. Que parecía haber tomado una decisión sobre su vida.

Las palabras me golpean. "Había tomado una decisión." Las mismas palabras que usó Herrera cuando me contó lo de la visita de Carmen dos días antes del accidente.

—Herrera sabía —digo—. Herrera sabía que Carmen había tomado una

decisión, y no te dijo cuál.

—No podía. Secreto profesional.

—¿Y eso lo hace mejor? ¿Eso hace que no tenga culpa?

—No sé quién tiene culpa. —Álex se levanta—. Solo sé que Carmen está

rota, Olivia está muerta, y yo llevo ocho meses intentando entender cómo coño llegamos aquí.

Se dirige hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—Hay algo más que deberías saber —dice sin girarse.

—¿Qué?

—Carmen me llamó. El día del accidente. Después de recibir mi mensaje.

Pero yo no contesté.

El mundo se detiene.

—¿Por qué no contestaste?

—Porque estaba en una reunión. Porque pensé que podía esperar. Porque...

—Su voz se quiebra—. Porque no sabía que era la última vez que iba a

llamarme.

Sale antes de que pueda decir nada más.

Me quedo sola en la sala de visitas. El reloj sigue marcando los segundos. Uno detrás de otro. Imparables.

Carmen llamó a Álex. Álex no contestó. Y después Carmen cogió el coche, metió a Olivia en el asiento de atrás, y condujo hacia el acantilado.

¿Qué habría pasado si Álex hubiera contestado?

¿Qué habría pasado si hubiera dicho las palabras correctas, si hubiera convencido a Carmen de que esperara, de que hablaran, de que no todo estaba perdido?

¿Estaría Olivia viva?

No lo sé. Nunca lo sabré.

Pero ahora entiendo lo que Carmen quiso decir.

"Él lo sabe. Lo ha sabido siempre. Y no hizo nada."

Álex sabía que algo estaba mal. Sabía que Carmen hablaba con alguien. Sabía que su matrimonio se desmoronaba. Y en vez de enfrentarlo, en vez de luchar, eligió mirar hacia otro lado.

Hasta que fue demasiado tarde.

Subo a mi habitación. Me tumbo en la cama. El techo es blanco, como siempre.

Pero ahora veo otra cosa en las manchas de humedad. Veo la forma de un teléfono sonando. Y a un hombre que no contesta.

18

El día

Necesito reconstruir ese día.

No puedo seguir con piezas sueltas, con fragmentos que no encajan, con preguntas que nadie quiere responder. Necesito saber exactamente qué pasó la mañana del 15 de marzo. Minuto a minuto. Decisión a decisión.

Bajo al despacho de Herrera a las ocho de la mañana, antes de que Gloria pueda detenerme. Él ya está ahí, como si me esperara. Probablemente me esperaba. En este sitio siempre saben lo que voy a hacer antes de que lo haga.

—Quiero reconstruir el día del accidente —digo sin sentarme.

Herrera levanta la vista del cuaderno. No parece sorprendido.

—¿Por qué ahora?

—Porque Álex me contó que Carmen le llamó ese día. Y que él no contestó.

Porque hay algo que no encaja. Olivia no debería haber estado en el coche, pero estaba. ¿Por qué?

—Siéntate, Marina.

—No quiero sentarme.

—Siéntate.

Hay algo en su voz que me hace obedecer. Me dejo caer en el sillón de siempre. Las manos me tiemblan. Las escondo debajo de los muslos.

Herrera abre un cajón. Saca una carpeta que ya conozco: el expediente completo de Carmen. Lo pone sobre el escritorio entre los dos.

—He intentado reconstruir ese día muchas veces —dice—. Con todas tus

versiones. Lucía no quería hablar de ello. Andrea se obsesionó con los detalles pero nunca consiguió recordar nada nuevo. Tú...

—Yo quiero intentarlo.

—Lo sé. —Abre la carpeta—. Esto es lo que sabemos con certeza.

Lee en voz alta:

—15 de marzo. Carmen Vidal despierta en su casa de San Sebastián. Álex

sale a trabajar a las siete y media, como siempre. Carmen tiene cita con Beatriz para dejar a Olivia a mediodía. Tiene sesión de terapia conmigo a las tres de la tarde.

Hace una pausa. Me mira.

—A las nueve y cuarenta y siete, Carmen recibe un mensaje de Álex. "No

puedo seguir así. Necesitamos hablar. Esta noche." A las diez y quince, Carmen responde con una sola palabra: "Vale."

—Lo sé. Álex me lo contó.

—A las diez y treinta y dos, Carmen recibe una llamada. Del número que

conocemos como "M". La llamada dura doce minutos y siete segundos.

El estómago se me encoge.

—¿Y después?

—A las diez y cuarenta y cinco, aproximadamente, Carmen llama a Álex.

Álex no contesta. Estaba en una reunión.

—Eso también lo sé.

—A las once y veinte, Carmen sube a Olivia al coche. Esto lo sabemos por

las cámaras de seguridad del vecino. —Herrera pasa una página—. A las once y veinticinco, el coche de Carmen sale del garaje. A las once y cincuenta y tres, el coche cae por el acantilado de Igueldo.

Veintiocho minutos. Veintiocho minutos entre que Carmen subió a Olivia al coche y el momento en que decidió conducir hacia el acantilado.

—¿Qué pasó en esos veintiocho minutos?

—No lo sabemos.

—Tiene que haber algo. Cámaras, testigos, algo.

—Hay una gasolinera en el camino hacia casa de Bea. Carmen paró ahí.

El corazón se me acelera.

—¿Qué?

—Hay grabación. La policía la revisó durante la investigación del

accidente. Carmen entró a la tienda de la gasolinera a las once y treinta y cinco. Compró agua y un paquete de pañuelos. Pagó en efectivo. Volvió al coche.

—¿Y Olivia?

—Olivia se quedó en el coche. Las cámaras exteriores la captaron en el

asiento trasero.

—¿Por qué paró? Si iba camino de casa de Bea, ¿por qué paró a comprar

agua?

—Eso es lo que nunca hemos podido entender.

Me levanto. No puedo seguir sentada. Camino hacia el acuario, hacia los peces que nadan sin saber que están atrapados.

—Quiero ver esa grabación.

—Marina...

—Quiero verla.

Herrera suspira. Es un suspiro que ya conozco, el de alguien que sabe que va a ceder aunque no debería.

—No tengo la grabación original. Pero tengo capturas. La policía me las

dio como parte del expediente médico.

Abre otra carpeta. Saca tres fotografías impresas, en blanco y negro, granuladas. Cámaras de seguridad baratas.

La primera muestra un coche aparcado junto a un surtidor. Un coche que no reconozco pero que sé que es el mío.

La segunda muestra a una mujer entrando en la tienda. Pelo recogido, abrigo oscuro, postura encorvada. Carmen. Yo.

La tercera muestra el interior de la tienda. Carmen en el mostrador, pagando. Su cara está de perfil, borrosa, pero puedo ver algo en su expresión. O quizá me lo estoy inventando.

—¿Qué ves? —pregunta Herrera.

—Veo a una mujer comprando agua.

—¿Algo más?

Miro más de cerca. La postura de Carmen, la manera en que tiene los hombros hundidos, las manos apoyadas en el mostrador como si necesitara sostenerse.

—Parece... derrotada.

—Sí.

—Pero no parece alguien que va a tirarse por un acantilado en veinte

minutos.

—¿Cómo se supone que parece alguien así?

No lo sé. Supongo que esperaba ver locura, desesperación, algo que explicara lo que vino después. Pero la mujer de la foto solo parece cansada. Infinitamente cansada.

—¿Qué pasó después de la gasolinera?

—Eso es lo que no sabemos. El coche de Carmen debería haber girado a la

izquierda para ir a casa de Bea. En lugar de eso, giró a la derecha. Hacia la costa. Hacia el acantilado.

—¿No hay más cámaras?

—No en esa carretera.

—¿Testigos?

—Un pescador vio el coche pasar. Dijo que iba despacio. No a toda

velocidad, como esperarías de alguien que va a...

Se interrumpe. No necesita terminar la frase.

—Despacio —repito—. Como si no tuviera prisa.

—O como si estuviera pensando.

O como si estuviera hablando con alguien.

El pensamiento me golpea sin avisar.

—El teléfono. ¿Carmen usó el teléfono después de la gasolinera?

Herrera pasa páginas en el expediente.

—El registro de llamadas muestra que no hubo más llamadas después de las

diez y cuarenta y cinco. Pero...

—¿Pero?

—Hay un mensaje de texto. Enviado a las once y cuarenta y dos. Siete

minutos después de salir de la gasolinera. Once minutos antes del accidente.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en las sienes.

—¿A quién?

—A "M".

—¿Qué decía?

Herrera me mira. Hay algo en sus ojos que no sé leer.

—"Lo siento. No puedo dejarla."

Las palabras caen entre los dos como piedras en agua quieta. Expandiéndose. Creando ondas que lo tocan todo.

"No puedo dejarla."

—Olivia —digo—. Carmen hablaba de Olivia.

—Eso es lo que siempre hemos asumido.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé. Pero ese mensaje... ese mensaje sugiere que el plan original

era otro. Que Carmen iba a hacer algo sola. Y que en el último momento, decidió llevarse a Olivia.

—¿Por qué?

—Eso es lo que tú tienes que recordar.

Yo. Igual que si fuera tan fácil. Como si pudiera cerrar los ojos y ver lo que Carmen vio, sentir lo que Carmen sintió, entender por qué hizo lo que hizo.

Pero quizá puedo.

—Quiero intentar algo —digo.

—¿El qué?

—Hipnosis. Regresión. Lo que sea que uséis para recuperar recuerdos.

Herrera niega con la cabeza.

—No funciona así, Marina. Los recuerdos traumáticos no se pueden forzar.

Y la hipnosis...

—Me da igual cómo funcione. Quiero intentarlo.

—Podría ser peligroso.

—Ya estoy en peligro. Llevo ocho meses creando personas nuevas para huir

de la verdad. Eso es más peligroso que cualquier cosa que puedas hacerme.

Nos miramos. Es un enfrentamiento silencioso, una batalla de voluntades que sé que voy a ganar porque no tengo nada que perder.

—Vale —dice Herrera al fin—. Pero no hoy. Mañana. Y necesito que

descanses esta noche. Que comas. Que intentes dormir.

—No voy a poder dormir.

—Inténtalo de todas formas.

Salgo del despacho con la cabeza dándome vueltas. "No puedo dejarla." Carmen envió ese mensaje once minutos antes de caer por el acantilado. Estaba hablando con "M". Estaba diciendo que no podía dejar a Olivia.

¿Dejarla dónde? ¿Con Bea? ¿En el mundo?

¿O dejarla viva?

El pensamiento me hace tropezar en las escaleras. Me agarro a la barandilla, respirando con dificultad.

¿Carmen pensaba matar a Olivia desde el principio? ¿O fue una decisión de último momento, tomada en esos veintiocho minutos entre salir de casa y caer por el acantilado?

"No puedo dejarla."

Las palabras pueden significar muchas cosas. Pueden significar que Carmen no podía dejar a Olivia atrás, que no soportaba la idea de irse sin ella. Pueden significar que Carmen no podía abandonarla en un mundo donde ella ya no estaría.

O pueden significar algo completamente diferente. Algo que todavía no veo.

Llego a mi habitación. Me tumbo en la cama sin quitarme los zapatos. El techo es blanco, como siempre. Las paredes son blancas. Todo es blanco y limpio y ordenado, y yo estoy aquí, rota, intentando entender por qué una madre metió a su hija en un coche y condujo hacia el mar.

"Lo siento. No puedo dejarla."

Cierro los ojos. Intento recordar.

La gasolinera. El olor a gasolina y a café malo. Las manos temblando mientras pago en el mostrador. El paquete de pañuelos porque he estado llorando, porque no puedo parar de llorar, porque Álex quiere hablar y sé lo que significa "hablar" cuando lo dice con esa voz.

Vuelvo al coche. Olivia está en el asiento de atrás, jugando con un dinosaurio de plástico. Un T-Rex verde que es su favorito esta semana.

—Mami, ¿ya llegamos?

—Casi, cariño. Casi.

Pero no voy hacia casa de Bea. No sé por qué, pero mis manos giran el volante hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda. Hacia la costa. Hacia el lugar donde el mundo termina.

El teléfono suena. No contesto. Sé quién es. Sé lo que quiere decirme.

Pero hay algo más. Algo que no estoy viendo. Algo que...

El recuerdo se rompe. Como cristal cayendo al suelo. Como agua cerrándose sobre mi cabeza.

Abro los ojos de golpe. Estoy empapada en sudor. El corazón me late tan fuerte que me duele el pecho.

Hay algo que no estoy viendo. Algo que pasó entre la gasolinera y el acantilado. Algo que hizo que Carmen cambiara de opinión sobre dejar a Olivia.

¿Qué fue?

Me levanto. Busco el teléfono de Carmen debajo del colchón. Lo enciendo. Busco en los mensajes, en las llamadas, en cualquier cosa que pueda darme una pista.

Y entonces lo veo.

Un mensaje de Bea. Enviado a las once y treinta y ocho. Tres minutos después de que Carmen saliera de la gasolinera.

"¿Dónde estás? Olivia tiene que comer antes de la una. No llegues tarde."

Carmen leyó ese mensaje. Lo sé porque está marcado como leído a las once y treinta y nueve.

Y cuatro minutos después, Carmen envió el mensaje a "M": "Lo siento. No puedo dejarla."

Bea preguntó por Olivia. Y Carmen decidió no dejarla.

¿Conexión? ¿Coincidencia?

No creo en las coincidencias. Ya no.

Necesito hablar con Bea. Necesito preguntarle exactamente qué pasó esa mañana, qué conversaciones tuvo con Carmen, qué sabía que no me ha contado.

Pero son las nueve de la noche. Bea no va a venir a estas horas. Y mañana tengo la sesión con Herrera.

Mañana.

Mañana voy a intentar recordar lo que pasó en esos once minutos. Entre el mensaje de Bea y el acantilado. Entre la decisión de dejar a Olivia y la decisión de llevársela.

Once minutos.

Once minutos que cambiaron todo.

Once minutos que mataron a mi hija.

Me tumbo en la cama otra vez. Cierro los ojos. Esta vez no intento recordar. Esta vez solo dejo que el sueño venga, si es que viene.

Y cuando por fin me duermo, sueño con una gasolinera y un paquete de pañuelos y una niña en el asiento de atrás preguntando "¿ya llegamos?" una y otra vez hasta que el agua se lo traga todo.

19

La regresión

El despacho de Herrera está diferente hoy.

Las cortinas están corridas, dejando pasar solo una rendija de luz gris. El acuario burbujea en la penumbra, los peces convertidos en sombras que nadan en círculos. Hay una lámpara encendida en la esquina, de esas que dan luz cálida, anaranjada, como de atardecer perpetuo.

—Siéntate donde te sientas más cómoda —dice Herrera.

Me siento en el sillón de siempre. Pero hoy lo han movido. Está más reclinado, casi horizontal. Como una camilla de psiquiatra de película. La ironía no se me escapa.

—No voy a hipnotizarte —dice Herrera, como si me leyera el pensamiento—.

La hipnosis clínica no funciona como en las películas. No voy a chasquear los dedos ni a hacerte cloquear como una gallina.

—Qué decepción.

Intento que suene a broma. No lo consigo.

—Lo que vamos a hacer es una técnica de relajación guiada. Voy a

ayudarte a bajar tus defensas, a acceder a recuerdos que tu mente consciente bloquea. Pero tú vas a estar despierta todo el tiempo. Vas a poder parar cuando quieras.

—¿Y si no quiero parar?

—Entonces yo pararé por ti si veo que es necesario.

Asiento. Las manos me tiemblan. Las escondo debajo de los muslos, como siempre.

—Necesito que confíes en mí —dice Herrera.

—Lo intento.

—Lo sé. —Se sienta en su silla, frente a mí pero no demasiado cerca —.

Vamos a empezar con la respiración. Cierra los ojos.

Los cierro. La oscuridad es más densa de lo que esperaba.

—Respira hondo. Llena los pulmones. Aguanta. Suelta.

Obedezco. El aire entra frío, sale tibio. Una vez. Dos. Tres.

—Voy a contar hacia atrás desde diez. Con cada número, te vas a sentir

más relajada. Más pesada. Como si te hundieras en el sillón.

Diez. Nueve. Ocho.

El sillón se vuelve blando debajo de mí. Los sonidos del despacho se alejan. El burbujeo del acuario se convierte en un murmullo lejano.

Siete. Seis. Cinco.

Mis manos dejan de temblar. O quizá ya no las siento.

Cuatro. Tres. Dos.

Todo está muy lejos. Todo menos la voz de Herrera.

Uno.

—Estás en un lugar seguro —dice—. Un lugar donde los recuerdos pueden

venir sin hacerte daño. ¿Puedes verlo?

—Sí.

Mi voz suena rara. Más grave. Más lenta.

—Bien. Ahora quiero que pienses en el 15 de marzo. El día del accidente.

No en el accidente. Solo en la mañana. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En casa. En la cocina.

Puedo verlo. La cocina con la isla central, los dibujos en el frigorífico, la luz del sol entrando por la ventana. El olor a tostadas y a café.

—¿Quién está contigo?

—Olivia.

El nombre sale de mi boca antes de que pueda detenerlo. Olivia. Mi hija. Mi niña.

—¿Qué está haciendo Olivia?

—Desayunando. Cereales con leche. Le gustan los de chocolate, pero hoy

solo había de miel. Está enfadada.

La veo. Sentada en su silla alta, con el pijama de dinosaurios, el pelo revuelto, la cuchara golpeando el bol con demasiada fuerza.

—No quiero de miel —dice—. Quiero de chocolate.

—No hay de chocolate, cariño. Mañana compramos.

—¡Siempre dices mañana!

—¿Qué sientes cuando la miras? —pregunta Herrera desde muy lejos.

—Cansancio —digo—. Mucho cansancio. Y amor. Las dos cosas al mismo

tiempo. No sabía que se podía sentir las dos cosas al mismo tiempo.

—¿Qué pasa después?

La escena cambia. El tiempo salta.

—Suena el móvil. Un mensaje.

—¿De quién?

—De Álex. "No puedo seguir así. Necesitamos hablar. Esta noche."

—¿Cómo te sientes al leerlo?

—Como si el suelo desapareciera.

Porque sé lo que significa. He estado esperando este mensaje durante semanas, meses quizá. El mensaje que confirma lo que ya sabía: que mi matrimonio está acabado, que mi vida está acabada, que todo lo que he construido se desmorona.

—¿Qué haces?

—Respondo. "Vale." Solo eso. Vale.

—¿Y después?

—Suena el móvil otra vez. Una llamada.

El corazón se me acelera. Incluso aquí, en este estado entre el sueño y la vigilia, el corazón se me acelera.

—¿Quién llama?

—M.

—¿Contestas?

—Sí.

—¿Qué dice M?

Silencio. Hay un muro. Un muro negro entre el recuerdo y yo.

—No... no puedo oírlo.

—Inténtalo. ¿Qué dice M?

—Dice... dice que lo sabe. Que sabe lo del mensaje de Álex. Que sabe lo

que significa.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Siempre lo sabe todo. Siempre sabe lo que pienso antes de que

lo piense.

—¿Qué más dice?

El muro se hace más alto. Más grueso. Pero puedo oír fragmentos a través de él. Palabras sueltas que se filtran.

—Dice que no tengo que seguir fingiendo. Que puedo dejarlo todo. Que hay

una manera de acabar con el dolor.

—¿Qué manera?

—No... no puedo...

—Está bien. No pasa nada. Avanza un poco más. Después de la llamada.

¿Qué haces?

La escena cambia otra vez. Estoy en el coche. Olivia está en el asiento de atrás.

—Estoy conduciendo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia casa de Bea. Voy a dejar a Olivia.

—¿Cómo está Olivia?

—Contenta. Está jugando con su dinosaurio. El T-Rex verde.

Puedo verla en el espejo retrovisor. Los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas, la boca moviéndose mientras hace rugir al dinosaurio.

—Mami, ¿el T-Rex podía nadar?

—No lo sé, cariño.

—Yo creo que sí. Los T-Rex podían hacer todo.

—¿Qué sientes? —pregunta Herrera.

—Amor. Tanto amor que duele. Y miedo.

—¿Miedo de qué?

—De dejarla. De no poder protegerla. De que el mundo la rompa como me ha

roto a mí.

—¿Qué pasa después?

—Paro en la gasolinera.

La escena se materializa. El surtidor, la tienda, el olor a gasolina mezclado con el aire frío de marzo.

—¿Por qué paras?

—Necesito... necesito pensar. Necesito tiempo.

—¿Entras en la tienda?

—Sí. Compro agua. Y pañuelos. He estado llorando. No quiero que Olivia

me vea llorar.

—¿Qué pasa mientras estás en la tienda?

—El móvil vibra. Un mensaje.

—¿De quién?

—De Bea. "¿Dónde estás? Olivia tiene que comer antes de la una. No

llegues tarde."

Leo el mensaje. Lo leo una vez, dos veces, tres veces.

—¿Qué sientes?

—Rabia.

La palabra sale cargada de algo oscuro. Algo que no sabía que estaba ahí.

—¿Rabia hacia quién?

—Hacia Bea. Hacia todos. Hacia el mundo que espera que siga funcionando

como si no estuviera rota por dentro. "No llegues tarde." Como si lo único que importara fuera el horario. Como si mi vida no estuviera desmoronándose.

—¿Qué haces después?

—Vuelvo al coche. Olivia sigue jugando con el dinosaurio.

—¿Y entonces?

Aquí está. El momento que he estado buscando. El momento que mi cerebro ha bloqueado durante ocho meses.

—Miro el volante. Y pienso... pienso que no tengo que ir a casa de Bea.

Que puedo ir a otro sitio.

—¿A qué sitio?

—Al acantilado.

—¿Por qué al acantilado?

—Porque ahí es donde todo puede acabar. Donde el dolor puede parar.

—¿Piensas en Olivia?

—Sí. —Mi voz se quiebra—. Pienso que no puedo dejarla. Que no puedo irme

sin ella.

—¿Por qué no puedes dejarla?

—Porque... porque si me voy, se quedará sola. Con Álex. Con Bea. Con

gente que no la entiende como yo la entiendo. Y el mundo la romperá.

—¿Crees que el mundo la romperá?

—Sé que lo hará. El mundo rompe a todas las niñas. A todas. Y yo no voy

a estar ahí para protegerla.

—¿Entonces decides llevártela contigo?

—No... no es así de simple.

—¿Cómo es?

—Pienso... pienso que si las dos nos vamos, no tendrá que sufrir. Que si

la llevo conmigo, estaremos juntas. Siempre juntas. Y el mundo no podrá tocarla.

Las lágrimas corren por mi cara. Puedo sentirlas aunque tenga los ojos cerrados.

—¿Qué haces después?

—Arranco el coche. Giro a la derecha en lugar de a la izquierda. Y

mientras conduzco, le mando un mensaje a M.

—¿Qué dice el mensaje?

—"Lo siento. No puedo dejarla."

—¿Qué significa eso?

—Significa que he decidido. Que voy a llevármela conmigo.

Silencio. El burbujeo del acuario. Mi propia respiración, demasiado rápida.

—¿Qué pasa después? —pregunta Herrera. Su voz suena tensa.

—Conduzco. Despacio. No tengo prisa. Ya no tengo prisa para nada.

—¿Y Olivia?

—Sigue jugando. No sabe nada. No sabe que...

El muro vuelve. Más alto que antes. Más negro.

—No puedo. No puedo seguir.

—Está bien. Vamos a parar.

—No, espera. Hay algo más. Algo que...

Detrás del muro hay algo. Un sonido. Una voz.

—El teléfono suena —digo—. Mientras conduzco hacia el acantilado, el

teléfono suena.

—¿Quién llama?

—No lo sé. No miro. Pero suena. Suena y suena y no contesto porque ya he

decidido, porque ya no hay vuelta atrás, porque...

Y entonces Olivia dice algo. Algo que me hace girar la cabeza hacia el espejo retrovisor. Algo que cambia todo.

—¿Qué dice Olivia?

—Dice... —Mi voz se rompe—. Dice: "Mami, ¿por qué lloras?"

Y en ese momento, mirando sus ojos en el espejo, sus ojos que son míos y de Álex y de nadie más, comprendo lo que estoy a punto de hacer.

Comprendo que voy a matar a mi hija.

—Y entonces... —empiezo.

Pero el muro se derrumba. No hacia delante, revelando más. Hacia atrás, llevándoselo todo.

Abro los ojos de golpe.

Estoy en el despacho de Herrera. La lámpara sigue encendida. El acuario sigue burbujeando. Pero todo ha cambiado.

Porque ahora sé.

Sé que decidí matarla. Que subí a esa niña al coche sabiendo lo que iba a hacer. Que conduje hacia el acantilado con mi hija en el asiento de atrás, jugando con un dinosaurio de plástico, sin saber que su madre estaba a punto de asesinarla.

—Marina —dice Herrera—. Estás a salvo. Estás aquí.

—¿Por qué? —Mi voz no suena como mi voz—. ¿Por qué lo hice?

—Estabas enferma. No eras tú misma.

—Era yo. Era yo la que conducía. Era yo la que decidió.

—La depresión distorsiona todo. Te hace creer cosas que no son verdad.

—Creí que estaba protegiéndola. —Las palabras salen rotas—. Creí que

llevármela conmigo era protegerla. ¿Qué clase de madre piensa eso?

Herrera no responde. No tiene respuesta. No hay respuesta para eso.

—Pero no lo hice —digo—. Estoy aquí. Y Olivia...

La frase se queda a medias. Porque Olivia no está aquí. Olivia murió en ese coche, en esa agua, con esos botones dorados brillando en la oscuridad.

—Intenté sacarla —digo—. Cuando el coche cayó al agua. Intenté sacarla.

—Lo sabemos.

—Pero no pude. Se me escapó de las manos.

—Lo sabemos.

—¿Por qué no pude? Si la amaba tanto, ¿por qué no pude sujetarla?

—Porque estabas herida. Porque el impacto te dejó semiconsciente. Porque

el agua estaba helada y oscura y no podías ver.

—Excusas.

—Hechos.

Nos quedamos en silencio. El reloj marca los segundos. El acuario burbujea. El mundo sigue girando aunque el mío se ha detenido.

—Hay algo que no encaja —digo al fin.

—¿El qué?

—El teléfono. Sonó mientras conducía hacia el acantilado. Alguien llamó.

—¿Recuerdas quién?

—No. Pero... pero ese recuerdo se siente diferente. Se siente

importante.

Herrera me mira. Hay algo en sus ojos que no sé leer.

—Descansa hoy —dice—. Mañana podemos seguir.

—No quiero descansar. Quiero saber quién llamó.

—Marina...

—¿Tú lo sabes? —Le miro directamente—. ¿Sabes quién me llamó mientras

conducía hacia la muerte con mi hija?

Herrera no responde inmediatamente. Y ese silencio me dice todo lo que necesito saber.

—Lo sabes —digo—. Joder, lo sabes y no me lo dices.

—Lo sé.

—¿Quién?

—M.

—¿M me llamó mientras conducía hacia el acantilado?

—Sí.

—¿Para qué? ¿Para desearme buen viaje?

—Para intentar detenerte.

Las palabras no tienen sentido. M me empujó hacia el borde. M me ayudó a tomar la decisión. ¿Y ahora me dice que M intentó detenerme?

—No lo entiendo.

—Cuando M se dio cuenta de lo que ibas a hacer, de que ibas a llevarte a

Olivia... intentó llamarte. Para convencerte de que pararas.

—Pero no contesté.

—No. No contestaste.

Me levanto. Las piernas apenas me sostienen.

—¿Quién es M, Herrera? Necesito saberlo. Ahora.

Herrera me mira durante un largo momento. Después suspira.

—Mañana —dice—. Te lo diré mañana.

—¿Por qué no ahora?

—Porque has recordado demasiado hoy. Porque tu cerebro necesita

procesar. Y porque... —Hace una pausa—. Porque necesito prepararte para lo que vas a descubrir.

Salgo del despacho sin despedirme. El pasillo está vacío. Mis pasos resuenan como latidos de un corazón demasiado rápido.

M intentó detenerme. M sabía lo que iba a hacer y llamó para impedirlo.

Pero yo no contesté.

Si hubiera contestado, si hubiera escuchado lo que M tenía que decir...

¿Estaría Olivia viva?

20

M

Las horas pasan sin que el sueño llegue.

Paso la noche en la cama mirando el techo, repasando lo que sé, lo que recuerdo, lo que no consigo recordar. Cada vez que cierro los ojos, veo los de Olivia en el espejo retrovisor. "Mami, ¿por qué lloras?"

A las seis de la mañana, me levanto. A las siete, estoy vestida. A las ocho, bajo al despacho de Herrera sin esperar a que me llamen.

La puerta está abierta. Herrera está sentado detrás de su escritorio, como si me esperara. Probablemente me esperaba.

—Dijiste que hoy me lo contarías —digo sin sentarme.

—Siéntate, Marina.

—No quiero sentarme. Quiero saber quién es M.

Herrera suspira. Se quita las gafas, las limpia con el borde de la camisa. Es un gesto que hace cuando necesita tiempo para pensar. Ya lo conozco.

—Lo que voy a decirte es difícil de entender —dice—. Y más difícil de

aceptar.

—Ya he aceptado que intenté matar a mi hija. Nada puede ser peor que

eso.

—Quizá sí.

Me siento. No porque quiera, sino porque las piernas ya no me sostienen.

Herrera se levanta. Camina hacia el acuario. Los peces nadan en círculos, ajenos a todo.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre el trastorno de identidad disociativo?

—pregunta sin girarse.

—Que Carmen... que yo... creaba identidades para protegerme.

—Sí. Lucía, Andrea, Marina. Todas versiones de ti. Todas creadas después

del accidente para escapar de la verdad.

—Lo recuerdo.

—Pero hay algo que no te he contado. —Se gira hacia mí—. No eres la

primera identidad que creaste. No eres la primera Marina.

El estómago se me encoge.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Marina existía antes del accidente. Mucho antes.

No. Eso no tiene sentido. Marina soy yo. Marina apareció después de que Carmen condujera hacia el acantilado, después de las otras identidades, después de...

—El teléfono secreto —dice Herrera—. El que guardabas en el bolsillo del

abrigo. El que usabas para hablar con M.

—Sí.

—Carmen compró ese teléfono hace dos años. Antes de que Olivia casi se

ahogara en la bañera. Antes de que dejara la medicación. Antes de todo.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba a alguien con quien hablar. Alguien que no fuera

Álex, ni Bea, ni yo. Alguien que la entendiera de verdad.

—M.

—M. —Herrera asiente—. Carmen empezó a escribirse mensajes a sí misma.

Al principio eran notas, recordatorios. Pero poco a poco se convirtieron en conversaciones. En diálogos con alguien que no existía.

—Eso es...

—¿Locura? Sí. Pero también es un mecanismo de supervivencia. Carmen

estaba sola, Marina. Profundamente sola. Y su cerebro creó a alguien para hacerle compañía.

—Pero los mensajes... alguien respondía. Alguien escribía las respuestas

de M.

—Carmen escribía las respuestas. En estados disociativos que no

recordaba después. Se mandaba mensajes a sí misma, desde un número que ella misma había comprado, y después los leía como si vinieran de otra persona.

Las palabras dan vueltas en mi cabeza pero no aterrizan. No pueden aterrizar.

—La llamada del día del accidente —digo—. Los doce minutos. ¿Carmen se

llamó a sí misma?

—Sí y no. —Herrera vuelve a sentarse—. Carmen llamó al número de M. Pero

quien contestó... fue otra parte de ella. Una parte que había tomado control sin que Carmen lo supiera.

—Marina.

—Marina. Tú. —Me mira directamente—. M es Marina. M eres tú.

El mundo se detiene.

—No.

—Sí.

—Eso es imposible. Yo no existía antes del accidente. Yo soy...

—Eres una identidad que Carmen creó hace más de dos años. Una versión de

sí misma que podía decir lo que ella no se atrevía a decir. Sentir lo que ella no se atrevía a sentir.

—Pero yo... yo no recuerdo nada de eso.

—Porque Marina era fragmentaria. Aparecía y desaparecía. Tomaba el

control durante minutos u horas y después se iba. Carmen no recordaba esos episodios. Y Marina tampoco recordaba los de Carmen.

Me levanto. Necesito moverme. Necesito que esto deje de tener sentido.

—Los mensajes —digo—. Los mensajes que Carmen le mandaba a M. Los leí.

Eran... eran de dos personas diferentes.

—Eran de dos partes de la misma persona. Carmen escribía cuando estaba

presente. Marina respondía cuando tomaba el control.

—¿Y las llamadas? ¿Cómo puede alguien llamarse a sí mismo?

—Carmen marcaba el número. Y en algún momento durante la llamada,

disociaba. Marina tomaba el control. Hablaban. Después, cuando Carmen volvía, no recordaba la conversación. Solo sabía que había hablado con alguien. Con M.

Camino hacia la ventana. El mar está gris hoy, como siempre. Las olas rompen contra las rocas, una y otra vez, sin descanso.

—El día del accidente —digo—. La llamada de la mañana. Carmen habló con

Marina.

—Sí.

—Y Marina le dijo que podía dejarlo todo. Que había una manera de acabar

con el dolor.

—Sí.

—Marina le dijo que dejara a Olivia con Bea. Que fuera sola hacia el

acantilado.

—Ese era el plan, sí.

—Pero Carmen cambió de opinión. Decidió llevarse a Olivia.

—Cuando Carmen mandó el mensaje "No puedo dejarla", Marina... tú...

entraste en pánico. Sabías lo que Carmen iba a hacer. Sabías que iba a matar a Olivia.

—Y llamé para detenerla.

—Sí.

—Pero ella no contestó.

—No. Carmen no contestó. Porque en ese momento, Carmen ya no estaba.

Solo estaba el impulso. Solo estaba la decisión.

Me giro hacia él.

—¿Estás diciendo que yo... que Marina... intenté salvar a Olivia?

—Estoy diciendo que cuando te diste cuenta de que Carmen iba a llevarse

a Olivia, hiciste todo lo que pudiste para detenerla. Pero no fue suficiente.

—Porque no contestó el teléfono.

—Porque no contestó el teléfono.

Me dejo caer en el sillón. Las piernas ya no me sostienen. Nada me sostiene.

Yo soy M.

Yo hablé con Carmen.

Yo le di permiso para morir.

Y cuando intenté salvarla, cuando intenté salvar a Olivia, ya era demasiado tarde.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Mi voz suena muy lejos—. Llevas ocho

meses tratándome. ¿Por qué no me dijiste que M era yo?

—Porque no estabas lista. Porque cada vez que una de tus identidades se

acercaba a esta verdad, disociabas. Creabas a alguien nuevo para huir de ella.

—Lucía.

—Lucía se rindió a las seis semanas. No quería saber.

—Andrea.

—Andrea investigó. Encontró el teléfono. Llamó al número. Y cuando

empezó a sospechar la verdad... desapareció. Y apareciste tú.

—¿Y yo? ¿Marina? ¿Esta Marina?

—Tú eres la más fuerte de todas. La más persistente. La que más se ha

acercado a la verdad sin romperse.

—Pero me estoy rompiendo ahora.

—No. —Herrera se inclina hacia delante—. No te estás rompiendo. Estás

integrándote.

No sé qué significa eso. No sé qué significa nada.

—¿Qué pasó en el coche? —pregunto—. Cuando Carmen... cuando yo...

conduje hacia el acantilado. ¿Qué pasó en esos últimos minutos?

—Eso es lo que todavía no sabemos. Hay un bloqueo. Un muro que tu

cerebro ha construido para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De lo que pasó cuando el coche cayó al agua.

El agua. Siempre el agua.

—Intenté sacarla —digo—. Olivia. Intenté sacarla del coche.

—Lo sabemos.

—Se me escapó de las manos.

—Lo sabemos.

—¿Por qué se me escapó? Si la amaba tanto, si todo esto fue para

protegerla, ¿por qué no pude salvarla?

Herrera no responde inmediatamente. Y en ese silencio, algo cambia. Algo en su expresión. Algo que me dice que hay más.

—¿Qué no me estás contando?

—Marina...

—¿Qué no me estás contando, Herrera?

Él suspira. Es un suspiro que suena a derrota.

—Hay algo que encontraron en el coche. Algo que no te he enseñado.

—¿Qué?

Se levanta. Camina hacia el armario del fondo de su despacho. Lo abre. Saca una caja de cartón, vieja, con manchas de humedad.

—La policía me dio esto después del accidente. Querían que lo usara en

tu tratamiento cuando estuvieras lista.

—¿Qué es?

—Son las cosas que encontraron en el coche. Las que sobrevivieron al

agua.

Pone la caja sobre el escritorio. No la abre.

—¿Quieres verlas?

No quiero. Quiero salir corriendo de este despacho, de esta clínica, de esta vida que no es mía. Quiero ser otra persona, crear otra identidad, huir de la verdad una vez más.

Pero ya no puedo huir.

—Sí.

Herrera abre la caja.

Dentro hay objetos que no reconozco pero que me resultan familiares. Un bolso de mujer, deformado por el agua. Unas gafas de sol con una patilla rota. Un paquete de pañuelos, todavía en su envoltorio de plástico.

Y al fondo, medio escondido, un dinosaurio de plástico.

Un T-Rex verde.

Las manos me tiemblan cuando lo cojo. Es pequeño, del tamaño de mi palma. Tiene marcas de dientes en la cola, como si alguien lo hubiera mordido mientras jugaba.

—Era de Olivia —digo.

—Sí.

—Estaba jugando con él. En el coche. Antes de...

El recuerdo llega sin avisar. No como un flashback, no como una película. Como una ola que me golpea y me arrastra hacia abajo.

Estoy en el coche. El agua sube. Olivia grita. Intento soltar el cinturón pero mis manos no responden. El agua está fría, tan fría que quema. Y Olivia dice algo, dice mi nombre, dice—

"Mami, tengo miedo."

Y yo le digo—

"Yo también, cariño. Yo también."

Y después el agua nos cubre a las dos y todo es oscuro y frío y mis manos buscan a Olivia, la encuentran, la sujetan, pero el agua tira de ella hacia abajo y yo no puedo respirar y ella no puede respirar y —

Se me escapa.

Se me escapa de las manos.

Y lo último que siento son sus dedos pequeños soltándose de los míos.

Vuelvo al presente en el suelo del despacho, sin saber cómo he llegado ahí. Herrera está a mi lado, diciéndome algo que no puedo oír. El dinosaurio sigue en mi mano, apretado tan fuerte que me duele.

—La solté —digo—. Olivia. La solté.

—No la soltaste. El agua te la quitó.

—Podría haberla sujetado más fuerte.

—Estabas herida. Estabas semiconsciente. El impacto...

—Podría haberla salvado.

—No. —Herrera me ayuda a sentarme—. No podías. Nadie podía. El coche se

hundió demasiado rápido. El agua estaba demasiado fría. Tú estabas demasiado herida.

—Pero yo la metí en ese coche. Yo conduje hacia el acantilado. Yo

decidí...

—Carmen decidió. Una parte de ti que estaba enferma, que no podía pensar

con claridad, que creía que estaba protegiendo a su hija.

—Carmen soy yo.

—Carmen era tú. Pero también eras Marina. Y también eras Lucía y Andrea

y todas las demás. Y ninguna de ellas es la totalidad de quien eres.

No sé qué soy. No sé quién soy. Solo sé que tengo un dinosaurio de plástico en la mano y que mi hija está muerta y que nada de lo que haga va a cambiar eso.

—¿Qué hago ahora? —pregunto.

—Ahora empiezas a integrar. A juntar las piezas. A convertirte en una

sola persona que puede vivir con lo que pasó.

—¿Eso es posible?

—No lo sé. —Herrera es honesto, al menos—. Pero eres la primera que ha

llegado tan lejos. La primera que ha podido escuchar la verdad sin romperse.

—Todavía puedo romperme.

—Sí. Todavía puedes. Pero creo que no lo harás.

Me levanto. Las piernas me tiemblan pero me sostienen. Es algo.

—Necesito tiempo —digo—. Para procesar.

—Tómate el que necesites.

Salgo del despacho con el dinosaurio todavía en la mano. No puedo soltarlo. No voy a soltarlo.

Subo a mi habitación. Me tumbo en la cama. El techo es blanco, como siempre.

Pero ahora sé quién soy.

Soy Carmen. Soy Marina. Soy M.

Soy la mujer que mató a su hija y la mujer que intentó salvarla.

Soy todas esas cosas a la vez.

Y tengo que encontrar una manera de vivir con ello.

21

Fragmentos

Pasan tres días.

No sé qué hago durante esos tres días. Existo, supongo. Respiro. Como cuando Gloria me trae la comida y se queda mirándome hasta que me meto algo en la boca. Duermo a ratos, nunca más de una hora seguida, siempre con el mismo sueño: agua oscura, dedos pequeños, el vacío donde debería haber algo que sujetar.

El T-Rex verde está en mi mesilla. No lo he soltado desde que lo cogí en el despacho de Herrera. A veces lo miro y siento algo —no sé qué, algo que podría ser amor o podría ser culpa o podría ser las dos cosas mezcladas hasta volverse irreconocibles—. A veces lo miro y no siento nada. Eso es peor.

Al cuarto día, alguien llama a la puerta.

—Adelante.

No es Gloria. Es Vera. Lleva el chándal de siempre, el pelo recogido en un moño que se cae por un lado, un cigarrillo apagado detrás de la oreja.

—Tienes una pinta horrible —dice.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Se sienta en la silla junto a la ventana, la única silla de la habitación. Yo sigo en la cama, con las rodillas contra el pecho, el dinosaurio en la mano.

—He oído lo que pasó —dice Vera.

—En este sitio todo se sabe.

—Todo. —Saca el cigarrillo de detrás de la oreja, lo mira como si fuera

a encenderlo, no lo hace—. ¿Cómo estás?

La pregunta me pilla desprevenida. Es tan simple, tan directa, que no sé qué responder.

—No lo sé.

—Vale. Esa es una respuesta honesta, al menos.

Nos quedamos en silencio. El reloj de la pared marca los segundos. El mar suena a lo lejos, ese rumor constante que ya no me da miedo porque he encontrado cosas peores de las que tener miedo.

—¿Tú lo sabías? —pregunto—. Lo de M. Lo de que era yo.

Vera tarda en responder. Cuando lo hace, su voz suena diferente. Más suave.

—Lo sospechaba. Desde hace tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no era mi historia que contar. —Se encoge de hombros—. Y porque

no me habrías creído. Habrías pensado que era otra conspiración de la clínica para manipularte.

Tiene razón. No la habría creído.

—¿Cómo lo sospechaste?

—Por los mensajes. —Vera se inclina hacia delante, los codos en las

rodillas—. Cuando Andrea encontró el teléfono y empezó a investigar, yo estaba con ella. Leímos los mensajes de M juntas. Y había algo en la manera de escribir... algo que me sonaba.

—¿Qué?

—Sonaba a ti. A Marina. La misma ironía, las mismas frases cortantes, la

misma manera de ir al grano. —Hace una pausa—. Carmen escribía diferente. Más insegura, más llena de dudas. Pero M escribía como alguien que tenía las cosas claras. Como tú.

Nunca lo había pensado así. Nunca había analizado los mensajes buscándome a mí misma en ellos.

—¿Y Andrea? ¿Ella también lo sospechó?

—Andrea se acercó mucho. Demasiado. —Vera juguetea con el cigarrillo

apagado—. Por eso desapareció. Por eso apareciste tú.

—Para huir de la verdad.

—Para sobrevivir a ella.

La diferencia parece importante, pero no sé por qué.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Se supone que tengo que integrarme?

¿Convertirme en una sola persona? ¿Cómo coño se hace eso?

—No lo sé. —Vera es honesta, al menos—. Pero creo que el primer paso es

dejar de huir. Y ya lo has hecho. Sigues aquí, ¿no? No has disociado. No has creado a nadie nuevo.

—Todavía.

—Todavía. Eso ya es algo.

Se levanta. Camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—Marina.

—¿Qué?

—Lo que hiciste... lo que Carmen hizo... fue horrible. No hay manera de

suavizarlo. Pero lo que intentaste hacer después, cuando llamaste para detenerla... eso también cuenta. No borra lo otro, pero cuenta.

Sale antes de que pueda responder.

Me quedo mirando la puerta cerrada durante un tiempo que no sé medir. Después miro el dinosaurio en mi mano. Las marcas de dientes en la cola. Los ojos de plástico que no ven nada.

Vera tiene razón. No borra lo otro. Nada lo borra. Pero quizá no se trata de borrar. Quizá se trata de cargar con ello y seguir adelante de todas formas.

Me levanto de la cama por primera vez en cuatro días.

El despacho de Herrera está igual que siempre. El acuario burbujea, los peces nadan, las estanterías siguen llenas de libros que probablemente nadie lee. Pero algo ha cambiado. O quizá soy yo la que ha cambiado.

—Marina. —Herrera levanta la vista del cuaderno—. Me alegro de verte.

—No estaba segura de querer venir.

—Lo sé. Siéntate.

Me siento en el sillón de siempre. Las manos no me tiemblan. Es algo.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Vera ya me ha hecho esa pregunta.

—¿Y qué le has respondido?

—Que no lo sé.

—¿Y ahora? ¿Lo sabes?

Lo pienso. Realmente lo pienso, no solo busco una respuesta que suene bien.

—Estoy... aquí. Eso es lo único que sé con certeza. Que sigo aquí.

Herrera asiente. No dice nada sobre lo valioso que es eso, no me felicita por no haberme roto, no hace ninguna de las cosas que haría un psiquiatra de película. Solo asiente y espera.

—Tengo preguntas —digo.

—Imagino que sí.

—La empresa fantasma. La que creó Carmen para registrar el número de M.

¿Cómo lo hizo? Carmen estaba enferma, deprimida, apenas funcionaba. ¿Cómo tuvo la capacidad de crear una empresa?

—Esa es una buena pregunta. —Herrera se recuesta en su silla—. La respuesta es que no fue Carmen quien la creó. Fue Marina.

—Pero yo no recuerdo haberlo hecho.

—Exacto. Marina aparecía en momentos de crisis, tomaba el control, hacía lo que había que hacer, y después desaparecía. Carmen no recordaba esos episodios. Y Marina... tú... no tenías memoria continua.

—¿Cómo es posible que hiciera algo tan complejo sin que Carmen se enterara?

—Porque Marina era funcional de una manera que Carmen no podía ser.

Marina no tenía el peso de la culpa, de la depresión, de los pensamientos suicidas. Marina existía para hacer lo que Carmen no podía.

—¿Como crear una empresa fantasma?

—Como crear una empresa fantasma. Como comprar un teléfono secreto. Como escribir los mensajes que Carmen necesitaba leer para seguir funcionando.

—Pero los mensajes de M... algunos de ellos la empujaban hacia el suicidio.

—No exactamente. —Herrera se inclina hacia delante—. Los mensajes de M

le daban permiso para sentir lo que sentía. Para dejar de fingir. Eso no es lo mismo que empujarla al suicidio.

—Es una distinción muy fina.

—Lo es. Pero es importante.

Me quedo en silencio, procesando. El acuario burbujea. Los peces nadan.

—¿Por qué Marina? —pregunto al fin—. ¿Por qué ese nombre?

—No lo sabemos con certeza. Pero tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Marina significa "la que viene del mar". —Herrera hace una pausa —.

Carmen tenía una relación complicada con el agua. Siempre la tuvo. Y creo que eligió ese nombre porque representaba algo que la asustaba y la atraía al mismo tiempo. Algo poderoso, incontrolable, profundo.

El mar. Siempre el mar. El mar que mató a Olivia. El mar del que tengo miedo sin saber por qué. Excepto que ahora sí sé por qué.

—¿Y las otras identidades? ¿Lucía, Andrea? ¿Por qué esos nombres?

—Lucía apareció primero, después del accidente. Creo que Carmen eligió

ese nombre porque significa "luz". Era un intento de encontrar algo luminoso en medio de toda esa oscuridad.

—No funcionó.

—No. Lucía no quería saber. Se cerró, se negó a investigar, y al final

no pudo sostenerse.

—¿Y Andrea?

—Andrea significa "valiente". Creo que Carmen... o quizá Marina, desde

algún lugar profundo... necesitaba a alguien valiente que pudiera hacer las preguntas que nadie quería hacer.

—Andrea llegó demasiado cerca.

—Sí. Y cuando la verdad se volvió demasiado grande, Andrea desapareció y

apareció... tú.

—Marina otra vez.

—Marina otra vez. Pero diferente. Más fuerte. Con más recursos.

Me quedo mirándole. Este hombre que lleva ocho meses observándome fragmentarme y reconstruirme, una y otra vez.

—¿Por qué crees que esta Marina es diferente?

—Porque has llegado hasta aquí. Porque has escuchado la verdad y no te

has roto. Porque sigues haciendo preguntas en lugar de huir.

—Todavía podría huir.

—Podrías. Pero no creo que lo hagas.

No sé si tiene razón. No sé nada con certeza. Solo sé que estoy sentada en este sillón, con un dinosaurio de plástico en el bolsillo de mi sudadera, y que el mundo no se ha acabado. Eso tiene que contar para algo.

—Hay algo más que necesito saber —digo.

—¿El qué?

—Los once minutos. Entre el mensaje a M y el acantilado. Todavía no sé

qué pasó en esos once minutos.

Herrera me mira durante un momento largo.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—No. Pero necesito saberlo.

—Hay una manera de acceder a esos recuerdos. Pero es arriesgada.

—¿Más arriesgada que lo que ya he pasado?

—Quizá. —Herrera se quita las gafas, las limpia con el borde de la

camisa—. Podemos intentar otra regresión. Más profunda que la anterior. Pero si lo hacemos, no hay garantía de que puedas volver.

—¿Volver de dónde?

—Del lugar donde están esos recuerdos. De lo que pasó en esos once

minutos.

El miedo trepa por mi columna vertebral como algo vivo. Pero debajo del miedo hay otra cosa. Algo que podría ser determinación o podría ser locura o podría ser las dos cosas mezcladas.

—Quiero hacerlo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Herrera niega con la cabeza.

—No hoy. Necesitas estar descansada, alimentada, preparada. Y yo

necesito tiempo para preparar la sesión. Mañana.

—Mañana.

—A las diez de la mañana. ¿Puedes hacer eso?

Puedo. Creo que puedo.

—Sí.

Me levanto. Herrera no intenta detenerme.

—Marina.

—¿Qué?

—Lo que vamos a hacer mañana... va a doler. Necesito que lo sepas.

—Ya duele. Todo duele desde hace ocho meses. Un poco más de dolor no va

a matarme.

—Eso espero.

Salgo del despacho. El pasillo está vacío. Mis pasos resuenan en las baldosas, pero hoy suenan diferentes. Más firmes. Como si por fin supiera adónde voy.

Mañana voy a recordar los once minutos. Mañana voy a descubrir qué pasó entre el mensaje y el acantilado. Mañana voy a saber si hay algo más que no me han contado, algo más que mi cerebro ha escondido para protegerme.

O para destruirme.

Subo a mi habitación. Me tumbo en la cama. Saco el dinosaurio del bolsillo y lo pongo sobre mi pecho, donde puedo sentir su peso pequeño con cada respiración.

—Mañana voy a recordarte —le digo al techo, pero no es al techo a quien

le hablo—. Voy a recordar lo que pasó. Todo.

El dinosaurio no responde. Los dinosaurios de plástico no responden.

Pero en algún lugar, en esa parte de mi cerebro donde viven los recuerdos que no quiero tener, algo se mueve. Algo se prepara.

Y por primera vez en ocho meses, no tengo miedo de lo que voy a encontrar.

Tengo miedo de lo que voy a sentir cuando lo encuentre.

22

Once minutos

El despacho de Herrera está preparado para algo que no es una sesión normal.

Las cortinas están cerradas del todo. La única luz viene de una lámpara pequeña en la esquina, tan tenue que apenas distingo los contornos del acuario. Los peces son sombras que se mueven en la penumbra. Herrera ha movido el sillón al centro de la habitación. Está más reclinado que de costumbre, casi horizontal.

—Siéntate —dice.

Me siento. El cuero está frío a través de la ropa.

—Lo que vamos a hacer hoy es diferente de la última vez —explica

Herrera—. Vamos a ir más profundo. A los recuerdos que tu cerebro ha bloqueado específicamente para protegerte.

—Los once minutos.

—Los once minutos.

Saco el dinosaurio del bolsillo. Lo pongo sobre mi pecho, donde puedo sentir su peso pequeño con cada respiración.

—Si en algún momento quieres parar, solo tienes que decir "basta".

¿Entendido?

—Entendido.

—Cierra los ojos.

Los cierro. La oscuridad detrás de mis párpados es densa, casi tangible.

—Respira hondo. Vamos a contar hacia atrás desde veinte.

Veinte. Diecinueve. Dieciocho.

El sillón se vuelve más blando. Los sonidos del despacho se alejan.

Diecisiete. Dieciséis. Quince.

Mis manos dejan de sentir el dinosaurio. O quizá el dinosaurio deja de existir.

Catorce. Trece. Doce.

Todo está muy lejos ahora. Todo excepto la voz de Herrera.

Once. Diez. Nueve.

La oscuridad empieza a tener forma. Colores que se filtran por los bordes.

Ocho. Siete. Seis.

Huelo gasolina. Y algo más. Sal. Mar.

Cinco. Cuatro. Tres.

Oigo una canción. Una vocecita cantando algo sobre dinosaurios.

Dos. Uno.

Estoy en el coche.

Las manos en el volante. El paquete de pañuelos en el asiento del copiloto, húmedo de lágrimas. Y detrás de mí, Olivia. Cantando. Siempre cantando.

El teléfono vibra. Lo miro. Un mensaje de Bea.

"¿Dónde estás? Olivia tiene que comer antes de la una. No llegues tarde."

Leo el mensaje. Lo leo otra vez. Las palabras no cambian pero significan algo diferente cada vez que las miro. Significan que el mundo sigue girando aunque yo haya decidido bajarse. Significan que hay horarios de comida y rutinas y cosas normales mientras yo conduzco hacia el lugar donde todo termina.

"No llegues tarde."

No voy a llegar tarde. No voy a llegar a ningún sitio.

Cojo el teléfono. Escribo un mensaje a M.

"Lo siento. No puedo dejarla."

Enviar.

Y entonces giro el volante. A la derecha en lugar de a la izquierda. Hacia la costa. Hacia el acantilado.

—Mami, este no es el camino.

La voz de Olivia. Tan pequeña. Tan confiada.

—Ya lo sé, cariño.

—¿Adónde vamos?

—A un sitio especial.

—¿Qué sitio?

—Ya lo verás.

No me pregunta más. Confía en mí. Por supuesto que confía en mí. Soy su madre.

Soy su madre y la estoy llevando a morir.

El pensamiento debería doler más de lo que duele. Pero hay algo dentro de mí que se ha desconectado, algo que mira todo desde muy lejos, como si esto le estuviera pasando a otra persona.

El teléfono suena.

M.

No contesto. Sé lo que M va a decir. Va a decir que pare, que esto no era el plan, que Olivia no tenía que estar en el coche. Pero ya es tarde para eso. Ya es tarde para todo.

El teléfono sigue sonando.

—Mami, el teléfono.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no contestas?

—Porque no quiero hablar con nadie.

El teléfono deja de sonar. Silencio. Solo el motor del coche y la canción de Olivia, que ha vuelto a cantar aunque ahora más bajito, como si supiera que algo no va bien.

El teléfono suena otra vez.

M no se rinde. M nunca se rinde. Porque M soy yo y yo nunca me rindo.

Excepto ahora. Ahora me estoy rindiendo de la única manera que sé.

Contesto.

—Para el coche. —Mi propia voz, pero diferente. Más firme. Más clara—.

Carmen, para el puto coche ahora mismo.

—No puedo.

—Sí puedes. Olivia está ahí. Olivia está en el coche contigo. ¿Me oyes?

Esto no era el plan.

—El plan ha cambiado.

—Carmen, escúchame...

—No. Tú escúchame a mí. —Mi voz sale más alta de lo que pretendía.

Olivia deja de cantar—. No puedo dejarla. No puedo dejarla en un mundo sin mí. No puedo...

—Mami, ¿con quién hablas?

La voz de Olivia. Tan cerca. Tan real.

—Con nadie, cariño.

—Pero estás hablando por teléfono.

—Es... es una amiga.

—¿Qué amiga?

—Carmen. —La voz de M, de Marina, de la parte de mí que todavía quiere

vivir—. Para el coche. Deja que Olivia se baje. Después puedes hacer lo que quieras. Pero no la lleves contigo. Por favor.

Por favor.

Marina nunca dice por favor. Carmen nunca dice por favor. Ninguna de nosotras dice por favor porque decir por favor es admitir que necesitas algo de alguien y nosotras no necesitamos nada de nadie.

Excepto ahora.

Miro por el retrovisor. Olivia me mira con esos ojos grandes que lo ven todo. Tiene el dinosaurio en la mano, el T-Rex verde, y lo aprieta tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos.

—Mami —dice—, ¿por qué lloras?

No sabía que estaba llorando. Pero tiene razón. Las lágrimas caen por mi cara sin que pueda detenerlas.

—Porque estoy triste, cariño.

—¿Por qué estás triste?

—Porque... —No tengo respuesta. No tengo ninguna respuesta que pueda

decirle a una niña de seis años—. Porque a veces las mamis se ponen tristes.

—Cuando yo estoy triste, tú me das abrazos.

—Sí.

—¿Quieres que te dé un abrazo?

Y ahí está. En esa frase. En esa pregunta tan simple de una niña que no entiende nada pero que lo entiende todo.

¿Quieres que te dé un abrazo?

El pie se mueve solo. Del acelerador al freno. El coche empieza a reducir velocidad.

—Carmen, ¿qué pasa? —La voz de M en el teléfono—. ¿Estás parando?

Estoy parando. No sé por qué estoy parando pero estoy parando.

—Mami, ¿ya llegamos al sitio especial?

No. No hemos llegado. Y quizá no tenemos que llegar.

El coche va más despacio. Cuarenta. Treinta. Veo el borde del acantilado acercándose, pero ahora no parece inevitable. Ahora parece una elección.

El teléfono cae al suelo del coche. Las dos manos en el volante. Freno. Freno con todas mis fuerzas.

Pero el suelo está mojado. Ha llovido esta mañana. Y el coche no para. El coche patina, las ruedas pierden agarre, y el acantilado ya no está lejos, está aquí, está—

—¡Mami!

El grito de Olivia. Lo último que oigo antes de que el mundo se convierta en caída.

El coche atraviesa el borde. Un segundo de ingravidez, de suspensión, donde todo está quieto y nada duele. Y después el impacto. El agua.

El agua que entra por todas partes.

El agua que está tan fría que quema.

El agua que sube y sube y no para de subir.

—¡Olivia!

Mi voz, pero ya no suena como mi voz. Suena como algo animal, algo primitivo, algo que lucha por sobrevivir aunque no se lo merezca.

Las manos buscan el cinturón. No se suelta. Tiro con todas mis fuerzas. Nada. El agua me llega al pecho.

—¡Mami, no puedo salir!

Olivia. Su cinturón tampoco se suelta. Está atrapada en el asiento de atrás mientras el agua sube.

—Espera, cariño. Espera.

Mis dedos encuentran el botón del cinturón. Presiono. Nada. Presiono otra vez. Por fin cede.

Me giro hacia atrás. El agua me llega a los hombros. A Olivia le llega a la barbilla.

—Mami, tengo miedo.

—Yo también, cariño. Yo también.

Mis manos buscan su cinturón. Lo encuentran. Está trabado. Tiro. Nada. Tiro más fuerte. El mecanismo no cede.

El agua nos cubre.

Todo es oscuro. Todo es frío. No puedo ver nada, pero mis manos siguen buscando. Encuentran tela. El abrigo de Olivia. El abrigo rojo con los botones dorados.

Tiro de ella. Intento sacarla del cinturón. Pero el cinturón no suelta y el agua tira de ella hacia abajo y yo no puedo respirar y ella no puede respirar y—

Sus dedos encuentran los míos. Pequeños. Fríos. Apretando con toda la fuerza que tiene.

Y entonces, despacio, los dedos se aflojan.

Se sueltan.

Y lo último que siento son sus manos pequeñas escapándose de las mías en la oscuridad.

Abro los ojos.

Estoy en el despacho de Herrera. La lámpara sigue encendida. El acuario sigue burbujeando. Pero yo estoy en el suelo, no sé cómo he llegado ahí, y el dinosaurio ya no está en mi pecho. Está en el suelo junto a mí, como si también él se hubiera caído.

—Marina. —La voz de Herrera, muy cerca—. Estás aquí. Estás a salvo.

No estoy a salvo. No voy a estar a salvo nunca.

—Intenté parar —digo. Mi voz suena rota, como algo que se ha usado

demasiado—. Cuando Olivia preguntó si podía darme un abrazo, intenté parar.

—Lo sé.

—Pero el suelo estaba mojado. Y el coche patinó. Y no pude...

—Lo sé.

—Y en el agua. Intenté sacarla. El cinturón estaba trabado y yo tiraba y

tiraba pero no se soltaba y...

—Lo sé, Marina. Lo sé.

Me incorporo. Las manos me tiemblan tanto que no puedo controlarlas. Herrera me ayuda a sentarme en el sillón.

—No quería hacerlo —digo—. Al final no quería hacerlo. Cuando Olivia me

preguntó si quería un abrazo, algo cambió. Algo dentro de mí decidió que no podía. Que no iba a hacerlo.

—Pero ya era demasiado tarde.

—Sí. Ya era demasiado tarde.

Nos quedamos en silencio. El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando aunque yo quiera que pare.

—Los once minutos —digo al fin—. Eso es lo que pasó en los once minutos.

Carmen decidió llevarse a Olivia. Marina llamó para detenerla. Y al final, cuando Olivia preguntó si podía darme un abrazo, Carmen

cambió de opinión. Pero el coche ya iba demasiado rápido. El suelo estaba demasiado mojado.

—El informe forense habla de marcas de frenada —dice Herrera—. Justo

antes del borde. Ahora sabemos por qué están ahí.

Porque intenté parar. Porque al final, en el último momento, elegí vivir.

Pero Olivia no tuvo esa elección. Olivia no tuvo ninguna elección.

—¿Qué hago ahora? —pregunto—. ¿Cómo vivo con esto?

Herrera no responde inmediatamente. Cuando lo hace, su voz suena diferente. Más suave.

—No lo sé, Marina. Nadie sabe cómo vivir con algo así hasta que lo hace.

Pero has dado el primer paso. Has recordado. Has dejado de huir.

—No se siente como un paso. Se siente como caer.

—A veces son lo mismo.

Cojo el dinosaurio del suelo. Lo aprieto tan fuerte que los deditos de plástico se me clavan en la palma.

—Quiero ir a verla —digo—. A su tumba. Nunca he ido. Ninguna de mis

versiones ha ido.

—¿Estás segura de que estás lista?

—No. Pero voy a hacerlo de todas formas.

Herrera asiente.

—Puedo llamar a Álex. Organizarlo para mañana, si quieres.

—Hoy.

—Marina...

—Hoy, Herrera. Antes de que pierda el valor. Antes de que me invente

otra excusa para no hacerlo.

Me mira durante un momento largo. Después asiente otra vez.

—Voy a llamarle.

Sale del despacho. Me quedo sola con el acuario y el dinosaurio y el peso de lo que acabo de recordar.

Intenté parar. Al final, intenté parar.

No sé si eso me hace mejor persona o peor. No sé si significa que hay algo en mí que vale la pena salvar o si solo significa que fui una cobarde que no pudo seguir adelante con su propia decisión.

Lo único que sé es que Olivia me preguntó si quería un abrazo. Y que esa pregunta, esa pregunta tan simple de una niña de seis años, fue suficiente para hacerme querer vivir.

Pero no fue suficiente para salvarla.

Nada fue suficiente para salvarla.

23

La tumba

El cementerio de San Sebastián está en una colina que mira al mar.

Hay algo cruel en eso. Poner a los muertos donde puedan ver el agua para siempre, como si la muerte no fuera suficiente castigo. Pero quizá no es crueldad. Quizá es belleza. Ya no sé distinguir entre las dos cosas.

Álex conduce en silencio. No ha dicho nada desde que salimos de la clínica, y yo se lo agradezco. No tengo palabras para esto. No creo que existan palabras para esto.

El dinosaurio está en mi bolsillo. Lo aprieto con la mano izquierda mientras miro por la ventana. Los árboles pasan demasiado rápido. O demasiado lento. El tiempo hace cosas raras cuando vas camino de ver la tumba de tu hija.

De la hija que mataste.

No. De la hija que intentaste salvar. Demasiado tarde, pero lo intentaste.

No sé cuál de las dos versiones es la verdad. Quizá las dos. Quizá ninguna.

—Es aquí —dice Álex.

El coche se detiene. El cementerio tiene una verja de hierro negro, elegante de esa manera que tienen las cosas caras de parecer sencillas. Hay cipreses alineados como soldados tristes. Y más allá, las lápidas.

No me muevo.

—No tienes que hacerlo —dice Álex—. Podemos volver.

—No.

Abro la puerta. El aire huele a sal y a hierba mojada. Ha llovido esta mañana, como llovió aquella mañana, y la tierra está blanda bajo mis pies cuando empiezo a caminar.

Álex camina a mi lado pero un paso detrás, dándome espacio. Pasamos lápidas con nombres que no significan nada para mí. Fechas que cuentan vidas enteras en dos números. Flores de plástico que nunca mueren porque nunca estuvieron vivas.

Y entonces la veo.

Es pequeña. Más pequeña de lo que esperaba. Una lápida de mármol blanco con letras doradas. Simple. Elegante. Completamente inadecuada para una niña que amaba los dinosaurios y las estrellas y el color morado.

OLIVIA VIDAL LEAL

2017-2023

Siempre en nuestros corazones

Seis años. Vivió seis años. Seis cumpleaños, seis navidades, seis primaveras viendo florecer los árboles. Y después nada. Después una lápida pequeña en una colina que mira al mar.

Me arrodillo. No es una decisión consciente. Las piernas simplemente dejan de sostenerme y el suelo está ahí para recibirme.

—Hola, cariño.

Mi voz suena rara. Rasposa. Como si no la hubiera usado en mucho tiempo.

—Soy... soy tu madre. Sé que no me reconoces así. Sé que me llamo

diferente ahora. Pero soy yo. Siempre he sido yo.

Álex se ha quedado atrás. Puedo sentir su presencia a unos metros, pero no se acerca. Entiende que esto es solo mío.

—He venido a... —Las palabras se atascan—. No sé a qué he venido. A

pedirte perdón, supongo. Aunque sé que el perdón no cambia nada. Aunque sé que estás muerta y que los muertos no perdonan porque los muertos no hacen nada. Están muertos y ya está.

Las lágrimas empiezan a caer. No intento detenerlas.

—Fue culpa mía. Lo que pasó. El coche, el agua, todo. Fue culpa mía. Yo

te metí en ese coche. Yo conduje hacia el acantilado. Yo... —Trago saliva—. Yo iba a matarte. Iba a matarnos a las dos porque pensé que era la única manera de protegerte. ¿Puedes creerlo? Pensé que matarte era protegerte. ¿Qué clase de madre piensa eso?

El viento sopla desde el mar. Huele a sal y a algo más. A final de verano. A cosas que se acaban.

—Pero también intenté salvarte. Al final, cuando me preguntaste si

quería un abrazo, algo cambió. Algo dentro de mí decidió que no podía hacerlo. Que no iba a hacerlo. Pisé el freno con todas mis fuerzas. Pero el suelo estaba mojado y el coche patinó y...

No puedo seguir. El recuerdo es demasiado fresco, demasiado real. Puedo sentir el agua fría, los dedos pequeños soltándose de los míos, la oscuridad cerrándose sobre todo.

—Intenté sacarte del coche. —Mi voz es apenas un susurro—. Cuando caímos

al agua, intenté sacarte. El cinturón estaba trabado y yo tiraba y tiraba pero no se soltaba. Y tú me cogiste la mano. Me cogiste la mano en la oscuridad y yo sentí tus dedos, tan pequeños, tan fríos, y pensé: no la voy a soltar, pase lo que pase no la voy a soltar.

Pero la solté.

—Te solté. No quería, pero te solté. El agua tiró de ti y yo no tenía

fuerza y tú... te fuiste. Te fuiste y yo me quedé con las manos vacías y ese vacío no ha desaparecido desde entonces. Llevo ocho meses con las manos vacías, Olivia. Ocho meses buscando algo que agarrar.

Saco el dinosaurio del bolsillo. El T-Rex verde con las marcas de dientes en la cola. Lo pongo sobre la lápida, junto a las flores que alguien —Álex, probablemente— ha dejado antes.

—Este era tuyo. Lo tenías en el coche. Lo encontraron después, cuando

sacaron el coche del agua. He dormido con él estas noches. Es lo único que me quedaba de ti. O de la parte de mí que te recordaba.

El dinosaurio parece pequeño sobre el mármol blanco. Pequeño y fuera de lugar. Como Olivia en este cementerio de adultos.

—No sé si puedes oírme. No sé si hay algo después de esto o si

simplemente te apagaste como una luz y ya está. Pero si puedes oírme, quiero que sepas algo.

Respiro hondo.

—Te quería. Te quiero. Más que a nada en el mundo. Lo que hice... lo que

intenté hacer... no fue porque no te quisiera. Fue porque te quería demasiado y estaba demasiado rota para saber qué hacer con ese amor. Fue porque mi cabeza estaba enferma y me decía mentiras y yo las creí. Fue porque pensé que el mundo te haría daño y que la única manera de evitarlo era sacarte del mundo.

Las lágrimas caen sobre la hierba. La tierra las absorbe como si tuviera sed.

—Estaba equivocada. Joder, estaba tan equivocada. El mundo te habría

hecho daño, sí. El mundo hace daño a todos. Pero también te habría dado cosas buenas. Amigos. Amor. Atardeceres. Helados de fresa. Más dinosaurios. Más estrellas. Más todo.

Me inclino hacia delante hasta que mi frente toca el mármol frío de la lápida.

—Lo siento. Lo siento mucho. No hay manera de decir cuánto lo siento

porque no existen palabras suficientes. Pero lo siento. Cada día. Cada hora. Cada segundo que respiro y tú no.

Cierro los ojos.

Detrás de mis párpados, veo a Olivia. No la Olivia del agua oscura, no la Olivia de los dedos soltándose. La otra Olivia. La que se reía cuando le hacía cosquillas en los pies. La que dibujaba familias de palotes con nombres torcidos. La que preguntaba si los T-Rex podían nadar.

—Mami, ¿ya llegamos?

La frase aparece de la nada. Su voz, tan clara que casi puedo tocarla.

—Sí, cariño —susurro—. Ya llegamos.

No sé cuánto tiempo paso arrodillada frente a la tumba. El tiempo hace cosas raras en los cementerios. Se estira y se encoge y deja de importar.

En algún momento, Álex se acerca. Se arrodilla a mi lado. No dice nada. Solo está ahí.

—¿Vienes mucho? —pregunto sin abrir los ojos.

—Cada semana. A veces más.

—¿Le hablas?

—Siempre.

—¿Qué le dices?

—Le cuento cosas. Cómo va el trabajo. Qué tiempo hace. Qué libros estoy

leyendo. —Hace una pausa—. Le hablo de ti. De cómo estás. De lo que los médicos dicen.

—¿Le has contado que su madre intentó matarla?

El silencio dura demasiado.

—Le he contado que su madre estaba muy enferma. Que tomó una decisión

horrible cuando no podía pensar con claridad. Y que al final, en el último momento, intentó salvarla.

—Eso es una versión muy generosa.

—Es la verdad.

Abro los ojos. Álex me mira con esos ojos cansados que ya conozco tan bien.

—¿Cómo puedes no odiarme? —pregunto—. Maté a tu hija. Debería

repugnarte.

—Eras mi mujer. Estabas enferma. Y sí, tomaste una decisión que... —Su

voz se quiebra—. Que me quitó a mi hija. Aunque sé que intentaste salvarla. Sé que cambiaste de opinión. Sé que el coche patinó y que el cinturón se trabó y que hubo mil cosas que salieron mal que no fueron tu culpa.

—Pero meterla en el coche sí fue mi culpa.

—Sí. Eso sí fue tu culpa.

No hay acusación en su voz. Solo hechos.

—¿Cómo vives con eso? —pregunto—. Con saber que la persona a la que

amabas hizo algo así.

—No lo sé. —Álex mira la lápida—. Hay días que no puedo. Hay días que te

odio tanto que no puedo respirar. Hay días que me odio a mí mismo por no haberlo visto venir, por no haber contestado el teléfono, por haber enviado ese mensaje sobre el divorcio.

—Eso no fue...

—Sé que no fue mi culpa. Pero el cerebro no siempre escucha a la razón.

—Se pasa la mano por la cara—. Y hay otros días. Días en los que

recuerdo a Carmen. A la Carmen de antes, la que se reía de mis chistes malos y hacía fotos de todo y quería a Olivia con una ferocidad que me daba miedo. Y esos días... esos días no te odio. Esos días solo estoy triste.

—¿Hoy qué día es?

—Hoy es un día triste.

Nos quedamos en silencio. El viento sigue soplando desde el mar. Las nubes se mueven despacio por el cielo, proyectando sombras que cruzan la tumba como fantasmas.

—Quiero dejarle el dinosaurio —digo—. Pero también quiero quedármelo.

¿Eso es egoísta?

—No lo sé. Quizá.

—Era suyo.

—Y ahora es tuyo. Las cosas de los muertos pasan a los vivos. Así

funciona.

Miro el T-Rex verde sobre el mármol. Las marcas de dientes en la cola. Los ojos de plástico que no ven nada.

—Me lo quedo —decido—. No porque lo necesite. Porque ella querría que

alguien lo cuidara. Y yo... yo necesito algo que cuidar.

Cojo el dinosaurio. Lo guardo en el bolsillo. Pesa más de lo que debería. O quizá soy yo la que pesa menos.

—Adiós, Olivia —digo a la lápida—. Volveré. No sé cuándo, pero volveré.

Me levanto. Las rodillas me duelen de estar tanto rato en el suelo. Álex se levanta conmigo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No. —Es la respuesta más honesta que he dado en ocho meses—. Pero creo

que voy a estarlo. Algún día. Quizá.

Empezamos a caminar hacia el coche. A mitad de camino, me detengo. Me giro hacia la tumba una última vez.

Desde aquí, la lápida parece aún más pequeña. Una mancha blanca en un mar de hierba verde. El mar real brilla detrás, azul y gris y eterno.

—El mar —digo—. No la habría traído aquí. Donde puede ver el agua para

siempre.

—No fui yo quien eligió —dice Álex—. Fueron sus abuelos. Pensaron que

era bonito. Que le gustaría.

—¿Le gustaba el mar?

—Le daba miedo. Como a ti.

—Entonces no debería estar aquí.

—No. Pero ya es tarde para cambiarla.

Siempre es tarde. Para todo es siempre demasiado tarde.

Seguimos caminando. El coche nos espera al final del camino de grava. Cuando llegamos, me quedo mirando el asiento del copiloto como si fuera la primera vez que lo veo.

—¿Puedo conducir yo? —pregunto.

Álex duda.

—¿Estás segura?

—No. Pero necesito hacerlo. Necesito saber que puedo.

Me da las llaves. Me siento detrás del volante. Las manos tiemblan cuando las pongo sobre él, pero no tanto como esperaba.

Arranco el coche. El motor ronronea. El mundo no se acaba.

Empiezo a conducir hacia la clínica. Despacio. Con cuidado. El dinosaurio pesa en mi bolsillo como una promesa.

A mi lado, Álex mira por la ventana. No dice nada. No hace falta.

Hemos visitado la tumba de nuestra hija. Hemos sobrevivido. Y ahora volvemos a un lugar que ya no parece una prisión.

Parece un sitio donde curarse.

O al menos, donde intentarlo.

24

Decisiones

Han pasado tres días desde el cementerio.

Tres días en los que he dormido más de cuatro horas seguidas por primera vez en ocho meses. Tres días en los que Gloria ha dejado de mirarme como si fuera a romperme. Tres días en los que el dinosaurio ha permanecido en mi mesilla, no en mi mano, y eso se siente como progreso.

Hoy Herrera me ha citado a las diez. No para una sesión, ha dicho. Para hablar.

La diferencia me intriga y me aterra a partes iguales.

Bajo al despacho con el pelo todavía húmedo de la ducha. He usado el champú de fresa que Gloria me trajo ayer, el mismo que usaba Olivia, y no he vomitado. He sentido algo, sí. Un tirón en el pecho, una presión detrás de los ojos. Pero no he vomitado y no he disociado y eso también se siente como progreso.

Herrera está de pie junto al acuario cuando entro. Los peces nadan en círculos, ajenos a todo, como siempre.

—Siéntate, Marina.

Me siento. El sillón ya tiene la forma de mi cuerpo después de tantas horas aquí. Quizá debería llevarme eso también cuando me vaya.

Si es que me voy.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Herrera.

—¿Sinceramente?

—Siempre sinceramente.

—Como alguien que ha metido la mano en un enchufe y ha sobrevivido. —Me

encojo de hombros—. Chamuscada pero funcional.

Herrera sonríe. Es una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero está ahí.

—Esa es una descripción bastante precisa del proceso de integración.

—¿Integración? ¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Es lo que tú estás haciendo. Yo solo observo.

Se sienta frente a mí. No detrás del escritorio, como en las sesiones. Cerca. Como si fuéramos dos personas normales teniendo una conversación normal.

—Quiero hablarte de lo que viene después —dice.

Ahí está. La palabra que llevo evitando desde que Álex la mencionó en el coche.

—No sé si hay un después para mí.

—Siempre hay un después. La cuestión es qué forma va a tener.

Se quita las gafas, las limpia con el borde del jersey. Es un gesto que ya conozco tan bien que podría dibujarlo de memoria.

—Has hecho un progreso extraordinario estas semanas, Marina. Has

recordado cosas que tu cerebro llevaba ocho meses bloqueando. Has visitado la tumba de tu hija. Has conducido un coche. Has aceptado verdades que habrían destruido a la mayoría de las personas.

—¿Pero?

—Pero nada. No hay pero. —Me mira directamente—. Creo que estás lista

para salir de aquí.

Las palabras flotan en el aire entre los dos. Las miro como si fueran objetos físicos, algo que pudiera tocar.

—¿Salir?

—Salir. Volver al mundo. Empezar de nuevo.

—¿Cómo? —La pregunta sale más aguda de lo que pretendía—. ¿Cómo se

supone que vuelvo a un mundo donde maté a mi hija? ¿Cómo voy al supermercado, o al banco, o a cualquier sitio, sabiendo lo que sé?

—No lo sé. Nadie lo sabe hasta que lo hace.

—Eso no es muy tranquilizador.

—No pretendía serlo.

Herrera se levanta. Camina hacia la ventana. El mar está gris hoy, como casi siempre en esta época del año. Octubre avanzando hacia noviembre. Las hojas cayendo de los árboles. El mundo preparándose para el frío.

—Hay opciones —dice sin girarse—. Puedes quedarte aquí más tiempo, si lo

necesitas. Puedes ir a un centro de transición, algo menos intensivo que esto pero con apoyo constante. O puedes...

—¿Puedo qué?

Se gira.

—Puedes volver a vivir. Con supervisión al principio. Sesiones regulares

conmigo o con otro profesional. Pero vivir. Tener un piso, un trabajo eventualmente, una rutina que no gire alrededor de esta clínica.

—¿Con Álex?

La pregunta sale antes de que pueda pensarla. Herrera no parece sorprendido.

—Eso depende de vosotros dos. Él ha dejado claro que quiere ayudarte.

Pero también ha dejado claro que no puede ser tu cuidador. Ni tu marido, ni tu terapeuta. Solo... alguien que estuvo ahí.

—¿Y qué soy yo para él?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

Me levanto. No puedo seguir sentada. El despacho de repente parece demasiado pequeño, demasiado cerrado, demasiado lleno de los fantasmas de todas las conversaciones que hemos tenido aquí.

—Tengo miedo —digo.

—Lo sé.

—No de lo que hice. Eso ya lo sé. Ya lo he aceptado, o estoy en proceso

de aceptarlo, o lo que sea. —Camino hacia el acuario. Los peces me miran con sus ojos vacíos—. Tengo miedo de quién voy a ser fuera de aquí. Carmen está muerta. Marina... esta Marina... solo existe dentro de estas paredes. ¿Quién soy cuando salga por esa puerta?

—Esa es la pregunta correcta.

—¿Y cuál es la respuesta correcta?

—No hay respuesta correcta. Solo hay la respuesta que tú elijas.

Odio cuando hace eso. Odio cuando me devuelve las preguntas como si yo tuviera las respuestas. Aunque sé que tiene razón. Las respuestas están dentro de mí. Siempre han estado dentro de mí. El problema es que durante mucho tiempo estuve demasiado fragmentada para encontrarlas.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir?

—El que necesites. Pero Marina... —Hace una pausa—. No uses el tiempo

como excusa para no decidir. He visto a pacientes quedarse años en lugares como este porque tenían miedo de lo que había fuera. Y al final, el miedo se convierte en su identidad.

—¿Y qué pasa entonces?

—Entonces ya no pueden salir. Porque salir significaría dejar de tener

miedo. Y no saben quiénes son sin él.

Pienso en eso. En convertirme en mi miedo. En quedarme aquí para siempre, en esta burbuja de paredes blancas y sesiones programadas, mientras el mundo sigue girando sin mí.

No quiero eso.

Joder, no quiero eso.

—Una semana —digo—. Dame una semana para pensarlo.

—Hecho.

Salgo del despacho con la cabeza llena de preguntas y el estómago lleno de nudos. El pasillo está vacío a esta hora. Todos los pacientes en sus sesiones, en sus habitaciones, en sus propias burbujas de recuperación.

Subo a mi habitación. Me siento en la cama. El dinosaurio me mira desde la mesilla con sus ojos de plástico.

—¿Tú qué harías? —le pregunto.

No responde. Los dinosaurios de plástico no responden. Pero por primera vez, no necesito que lo haga.

Ya sé lo que quiero.

Solo necesito averiguar cómo conseguirlo.

El teléfono que Gloria me dejó ayer suena en la mesilla. Un mensaje de Álex.

"¿Puedo verte hoy?"

Miro el mensaje durante un tiempo que no sé medir. Tres palabras. Tan simples. Tan cargadas de todo lo que no dicen.

"Sí", respondo.

Y después añado: "Necesito hablar contigo."

La respuesta llega inmediatamente: "Yo también."

Álex aparece a las cuatro de la tarde. No en la sala de visitas, como siempre. Esta vez le pido a Gloria que le deje subir a mi habitación.

Es una ruptura del protocolo, probablemente. Pero Herrera ha dado el visto bueno y Gloria no hace preguntas.

Álex entra con esa expresión que ya conozco. La de alguien que no sabe qué esperar pero está preparado para lo peor.

—Hola —dice.

—Hola.

Se sienta en la silla junto a la ventana. Yo me quedo en la cama, con las piernas cruzadas, como una adolescente a punto de tener una conversación incómoda con sus padres.

—Herrera dice que puedo irme —suelto.

Álex no parece sorprendido.

—Lo sé. Me llamó esta mañana.

—¿Te pidió permiso?

—Me pidió opinión. No es lo mismo.

—¿Y qué opinaste?

—Que es tu decisión. —Se pasa la mano por el pelo—. Que siempre ha sido

tu decisión.

El silencio se estira entre los dos. No es incómodo. Es... expectante. Como si los dos estuviéramos esperando que el otro dijera algo importante.

—No sé quién soy —digo al fin—. Fuera de aquí, digo. No sé qué nombre

usar, qué vida vivir, qué hacer con todo esto que llevo dentro.

—Nadie sabe eso al principio.

—Tú lo sabes. Tú tienes un trabajo, un piso, una rutina. Tú sabes quién

eres.

—Sé quién era. —Su voz suena cansada—. El marido de Carmen. El padre de

Olivia. Ahora soy... otra cosa. Algo que todavía no tiene nombre.

Le miro. Este hombre que perdió a su mujer y a su hija el mismo día. Este hombre que ha venido a verme cada semana durante ocho meses aunque hubiera sido más fácil olvidar que existo. Este hombre que busca pisos para que yo pueda empezar de cero.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunto.

—¿Aquí dónde?

—Aquí. Conmigo. Viniendo a verme. Ayudándome. ¿Por qué no te has ido?

¿Por qué no has rehecho tu vida con alguien que no te haya destruido la anterior?

Álex me mira durante un momento largo. Después se levanta, camina hacia la ventana, mira el mar que ninguno de los dos puede mirar sin recordar.

—Porque cuando te miro —dice—, veo algo que quiero proteger.

—¿Qué?

—No lo sé exactamente. Una posibilidad, quizá. De que algo bueno pueda

salir de todo esto. —Se gira hacia mí—. Cuando conocí a Carmen, estaba llena de vida. Reía por todo. Hacía fotos de cosas absurdas porque le parecían bonitas. Quería comerse el mundo.

—Carmen está muerta.

—Sí. Pero tú no. Y hay algo en ti, Marina... algo que me recuerda a la

Carmen de antes. A la que era antes de que todo se torciera.

—Soy la misma persona que la que condujo hacia el acantilado.

—Lo sé. Y también eres la persona que intentó parar. La que intentó

salvar a Olivia en el agua. La que ha pasado ocho meses luchando por recordar aunque recordar significara romperse.

—Eso no borra lo otro.

—No. Nada borra lo otro. —Se acerca a la cama, se sienta en el borde—.

Pero quizá no se trata de borrar. Quizá se trata de... construir encima. Hacer algo nuevo con los escombros.

Sus ojos están muy cerca de los míos. Puedo ver las arrugas que no estaban ahí hace un año. Las canas que han aparecido en sus sienes. El peso de todo lo que ha perdido.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —pregunto.

—Estoy diciendo que si decides salir de aquí, no tienes que hacerlo

sola. —Hace una pausa—. No como tu marido. No como tu cuidador. Como... no sé. Como alguien que también está intentando averiguar cómo vivir después de esto.

—¿Compañeros de escombros?

Una sonrisa pequeña cruza su cara.

—Algo así.

No sé qué decir. No sé qué sentir. Hay demasiadas cosas compitiendo dentro de mí: gratitud, miedo, esperanza, culpa. Siempre culpa.

—No sé si puedo darte lo que necesitas —digo—. No sé si puedo ser... lo

que sea que necesites.

—No necesito nada de ti, Marina. Solo que sigas intentándolo.

—¿Intentando qué?

—Vivir.

La palabra queda flotando entre los dos. Vivir. Tan simple. Tan imposiblemente difícil.

—Vale —digo al fin.

—¿Vale?

—Vale, voy a intentarlo. Voy a salir de aquí. Voy a buscar un piso, o aceptar el que has encontrado tú, o lo que sea. Voy a... —Me tiembla la voz—. Voy a intentar vivir.

Álex no sonríe. No me abraza. No hace ninguna de las cosas que haría un personaje de película en este momento.

Solo asiente.

—Vale —dice—. Entonces lo hacemos juntos.

Se levanta. Camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—Marina.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por elegir intentarlo.

Sale antes de que pueda responder.

Me quedo sola en la habitación, con el dinosaurio en la mesilla y el mar gris al otro lado de la ventana y una decisión que pesa como algo vivo en el pecho.

Voy a salir de aquí.

Voy a intentar vivir.

No sé si lo conseguiré. No sé si algún día dejaré de ver los ojos de Olivia cada vez que cierro los míos. No sé si algún día podré mirar el agua sin sentir sus dedos soltándose de los míos.

Pero voy a intentarlo.

Porque eso es lo que hacen las personas que quieren vivir.

Lo intentan.

25

Despedidas

La maleta que Gloria me ha prestado es pequeña, de esas que caben en el compartimento superior del avión.

No tengo casi nada que meter en ella. Dos mudas de ropa que Álex trajo hace semanas. El pijama de la clínica que me han dejado quedarme porque nadie más lo quiere. Un cepillo de dientes. Un bote de pastillas que debo tomar cada mañana durante al menos seis meses más.

Y el dinosaurio.

El T-Rex verde está en la mesilla, mirándome con sus ojos de plástico mientras doblo una camiseta por tercera vez porque no me sale bien. Nunca se me ha dado bien doblar ropa. Carmen tampoco sabía. Supongo que eso lo heredé de ella.

De mí. Lo heredé de mí.

Todavía me cuesta pensar en plural. En singular. En lo que sea que soy ahora.

Alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Vera entra sin esperar a que termine de decirlo. Lleva el pelo recogido en un moño que se cae por un lado y huele a tabaco, como siempre. Pero hay algo diferente en su expresión. Algo que podría ser tristeza si Vera fuera el tipo de persona que admite sentir tristeza.

—Así que es verdad —dice—. Te largas.

—Mañana.

—Joder. —Se sienta en la cama sin pedir permiso, encima de la camiseta

que acabo de doblar—. Pensé que Herrera estaba exagerando.

—¿Desde cuándo Herrera exagera?

—Buen punto.

Nos quedamos en silencio. Es un silencio raro, diferente de los que hemos compartido en la terraza fumando cigarrillos que yo no fumaba. Más pesado. Más final.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto—. Ahora que no tienes que vigilarme.

—Mi trabajo no era vigilarte.

—Ya. Era cuidarme. Lo sé. —Me siento a su lado en la cama—. Pero en

serio, ¿qué vas a hacer?

Vera se encoge de hombros.

—Hay otros pacientes. Siempre hay otros pacientes.

—¿Alguno tan interesante como yo?

—Ninguno tan coñazo como tú, eso seguro.

Sonrío. Es una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero está ahí.

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por no tratarme como si fuera a romperme. Por fumar conmigo aunque no

fumara. Por... —Busco las palabras—. Por ser la única persona en este sitio que me hablaba como si fuera normal.

—No eres normal.

—Ya. Pero fingías que sí.

Vera me mira durante un momento largo. Después hace algo que no esperaba: me abraza. Es un abrazo breve, incómodo, de alguien que no está acostumbrada a abrazar. Pero es real.

—No la cagues ahí fuera —dice contra mi hombro.

—Lo intentaré.

—Y toma las pastillas.

—Vale.

—Y llama si necesitas algo.

—¿Me vas a dar tu número?

Se aparta. Saca un papel del bolsillo del pantalón, doblado en cuatro.

—Herrera dice que no debería. Que rompe el protocolo de no sé qué. —Me

lo pone en la mano—. Pero Herrera puede irse a la mierda.

Miro el papel. Un número de teléfono escrito con letra pequeña y torcida.

—Gracias, Vera.

—Sí, bueno. —Se levanta, camina hacia la puerta—. No me llames a las

tres de la mañana solo porque no puedas dormir. Para eso están las pastillas.

Sale antes de que pueda responder. La puerta se cierra con un clic suave.

Me quedo mirando el papel durante un tiempo que no sé medir. Después lo doblo con cuidado y lo guardo en el bolsillo de la maleta, junto al dinosaurio.

La tarde pasa despacio. Gloria viene a traerme la última comida de la clínica: pollo con arroz, el mismo plato insípido que llevo ocho meses comiendo. Me lo como todo, por primera vez. No porque tenga hambre. Porque mañana comeré otra cosa y quiero recordar esto. Quiero recordar todo.

A las cinco, bajo al despacho de Herrera.

No es una sesión programada. No es nada programado. Pero necesito despedirme y no sé cómo hacerlo sin que suene a final de algo que no quiero que termine.

La puerta está abierta. Herrera está sentado detrás del escritorio, escribiendo en su cuaderno con esa letra pequeña que nunca he podido descifrar. Los peces del acuario nadan en círculos, como siempre. Todo está igual que el primer día.

Y todo es completamente diferente.

—Marina. —Levanta la vista—. Pasa.

Me siento en el sillón. El cuero está frío a través de la ropa, pero ya no me molesta. Ya nada de este sitio me molesta.

—Vengo a despedirme —digo.

—Ya nos hemos despedido. Ayer, cuando firmaste los papeles del alta.

—Eso fue burocracia. Esto es... otra cosa.

Herrera asiente. Cierra el cuaderno, se quita las gafas, las deja sobre el escritorio. Sin ellas parece más viejo, más cansado, más humano.

—¿Cómo te sientes?

—¿La verdad?

—Siempre la verdad.

—Aterrorizada. —La palabra sale más fácil de lo que esperaba—.

Aterrorizada y esperanzada y culpable y aliviada. Todo a la vez. Como si alguien hubiera metido todas las emociones posibles en una batidora y me las hubiera dado a beber.

—Eso suena bastante preciso para alguien que está a punto de

reintegrarse en el mundo.

—¿Reintegrarse? —Sonrío sin humor—. Suena a algo que haría un robot.

—Quizá. Pero también es lo que hacen las personas que han pasado por lo

que tú has pasado.

El acuario burbujea. Los peces nadan. El mundo sigue girando.

—¿Crees que lo conseguiré? —pregunto—. Vivir, digo. Ahí fuera. Sin esto.

—Hago un gesto que abarca el despacho, la clínica, todo lo que ha sido

mi mundo durante ocho meses.

—No lo sé.

—Eso no es muy tranquilizador.

—No pretendía serlo. —Herrera se inclina hacia delante—. Nadie puede

predecir lo que va a pasar, Marina. Ni yo, ni tú, ni nadie. Lo único que podemos hacer es prepararnos lo mejor posible y después... confiar.

—¿Confiar en qué?

—En ti misma. En las herramientas que has desarrollado. En las personas

que van a estar a tu lado.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces vuelves. Esta puerta siempre va a estar abierta.

Le miro. Este hombre que lleva ocho meses escuchándome, guiándome, mintiendo a veces para protegerme de verdades que no estaba lista para oír. Este hombre que me ha visto fragmentarme y reconstruirme, una y otra vez, sin perder nunca la paciencia.

—Gracias —digo—. Por todo.

—No me las des todavía. El trabajo duro empieza ahora.

—Ya. Pero aun así. Gracias.

Herrera sonríe. Es una sonrisa pequeña, casi imperceptible, como todas las suyas. Pero está ahí.

—Ha sido un honor, Marina. De verdad.

Me levanto. No sé qué más decir. No creo que haya nada más que decir.

—Nos vemos el martes —digo—. Para la primera sesión ambulatoria.

—Nos vemos el martes.

Salgo del despacho. El pasillo está vacío, como siempre a esta hora. Mis pasos resuenan en las baldosas blancas, pero hoy suenan diferentes. Más ligeros. Como si supieran adónde van.

La cena es a las siete. Me siento en mi sitio de siempre, en la mesa del fondo, junto a la ventana que da al mar. Pero esta vez no estoy sola. Vera se sienta a mi lado sin preguntar. Gloria pasa por detrás y me aprieta el hombro brevemente. Incluso el paciente nuevo, el del pelo canoso que nunca habla, me mira y asiente con la cabeza.

No sé si es una despedida o una bienvenida a algo nuevo. Quizá las dos cosas.

Después de cenar, subo a mi habitación. La maleta sigue en la cama, medio vacía, esperando. El dinosaurio sigue en la mesilla, mirándome.

Me siento junto a la ventana. El mar está oscuro ahora, apenas visible bajo la luz de la luna. Las olas rompen contra las rocas con ese sonido que ya no me da miedo. Que quizá nunca volverá a darme miedo.

O quizá sí. Quizá el miedo nunca desaparece del todo. Quizá solo aprendes a vivir con él.

El teléfono que Gloria me dio vibra en la mesilla. Un mensaje de Álex.

"¿Nerviosa?"

Sonrío. Tecleo una respuesta.

"Aterrorizada."

La respuesta llega inmediatamente.

"Yo también. Mañana a las 10?"

"Mañana a las 10."

Dejo el teléfono. Me tumbo en la cama, con el dinosaurio en la mano por última vez. Mañana lo guardaré en la maleta y será solo un objeto más. Pero esta noche, esta última noche, lo necesito cerca.

—Mañana empieza todo —le digo al techo.

El techo no responde. Los techos no responden.

Pero en algún lugar, en esa parte de mi cerebro donde viven los recuerdos que ya no me dan miedo, algo se mueve. Algo se prepara.

Y por primera vez en mucho tiempo, no es terror lo que siento.

Es algo que podría ser esperanza.

Cierro los ojos.

Duermo.

Y cuando sueño, no sueño con agua oscura ni con dedos que se sueltan. Sueño con una casa pequeña, con luz entrando por las ventanas, con el olor del café por la mañana. Sueño con algo que podría ser futuro.

Es solo un sueño. Pero los sueños son un comienzo.

Y los comienzos, por pequeños que sean, son mejores que el vacío.

La mañana llega sin pedir permiso.

Me despierto con la luz del sol en la cara, esa luz pálida de octubre que promete frío pero todavía no lo cumple. El dinosaurio sigue en mi mano. La maleta sigue en la silla. Todo está igual que ayer.

Y todo es completamente diferente.

Me ducho con calma. Me visto con la ropa que Álex trajo: vaqueros, jersey gris, zapatillas que no recuerdo haber elegido pero que me quedan bien. Me miro en el espejo del baño.

La mujer que me devuelve la mirada tiene ojeras, pero menos profundas que hace un mes. Tiene el pelo húmedo cayendo sobre los hombros. Tiene una cicatriz en la ceja izquierda que ya no intenta esconder.

Tiene los ojos de alguien que ha visto cosas que no debería haber visto y ha sobrevivido.

—Hola —le digo a mi reflejo.

El reflejo no responde. Los reflejos no responden.

Pero ya no necesito que lo haga.

Bajo con la maleta a las nueve y media. Gloria está en el mostrador de recepción, como siempre. Me mira cuando paso.

—¿Lista?

—No.

—Nadie lo está nunca. —Sonríe—. Cuídate, Marina.

—Lo intentaré.

Salgo a la puerta principal. El aire huele a sal y a hierba mojada. El mar está ahí, gris y constante, rompiendo contra las rocas como ha hecho durante millones de años y seguirá haciendo cuando yo ya no esté.

Álex llega a las diez en punto. Su coche se detiene frente a la puerta de la clínica. Baja, camina hacia mí.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Lista?

—No.

—Yo tampoco. —Coge mi maleta—. Vamos.

Camino hacia el coche. Me detengo a medio camino. Me giro hacia la clínica una última vez.

Ocho meses. Cuatro identidades. Mil sesiones con Herrera. Incontables cigarrillos con Vera. Y al final, esto: una mujer con una maleta pequeña y un dinosaurio de plástico, a punto de empezar de nuevo.

No es un final feliz. No es un final de ningún tipo.

Es un comienzo.

Y los comienzos, por aterradores que sean, son todo lo que tenemos.

Subo al coche. Álex arranca. La clínica se hace pequeña en el espejo retrovisor hasta que desaparece tras una curva.

No miro atrás.

26

El piso

El piso huele a pintura nueva y a promesas que nadie ha hecho.

Álex abre la puerta y se queda en el umbral, esperando. Como si necesitara permiso para entrar en un sitio que él mismo ha elegido, que él mismo ha amueblado, que él mismo ha preparado para que yo pueda vivir en él.

—¿Qué te parece? —pregunta.

Entro. El suelo es de madera clara, de esa que parece falsa pero resulta que es real. Hay un sofá gris junto a la ventana, una mesa pequeña con dos sillas, una cocina abierta con encimera blanca. Todo es nuevo. Todo es neutral. Todo dice: aquí no ha pasado nada todavía.

—Es... —Busco la palabra—. Vacío.

—Puedes llenarlo.

Camino hacia la ventana. El piso está en un tercer piso, en una calle tranquila de San Sebastián que no reconozco. Desde aquí no se ve el mar. Supongo que eso fue deliberado.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando esto?

—Unas semanas.

—¿Antes de saber si iba a salir?

—Antes de saber si ibas a querer salir. —Álex deja mi maleta junto a la

puerta—. Esperaba que sí.

Me giro hacia él. Está de pie en medio del salón, con las manos en los bolsillos, con esa expresión que ya conozco tan bien. La de alguien que espera un veredicto.

—¿Vives cerca?

—A diez minutos andando.

—¿Por qué no aquí?

La pregunta sale antes de que pueda pensarla. Álex no parece sorprendido.

—Porque no sería buena idea. No ahora. —Hace una pausa—. Quizá nunca.

—¿Por qué?

—Porque necesitas espacio para averiguar quién eres. Y yo necesito

espacio para... —No termina la frase.

—¿Para qué?

—Para decidir si puedo perdonarte.

Las palabras quedan flotando en el aire. No duelen tanto como deberían. Quizá porque ya lo sabía. Quizá porque el perdón nunca ha sido parte de este trato.

—Vale —digo—. Diez minutos andando está bien.

Álex asiente. Saca un juego de llaves del bolsillo, las deja en la encimera.

—Estas son tuyas. Hay comida en la nevera, básica, para un par de días.

El supermercado está a dos calles, hacia la derecha. Y mi número ya lo tienes.

—¿Te vas?

—Tengo que trabajar. —Camina hacia la puerta—. Pero puedo volver esta

noche, si quieres. A ver cómo estás.

—No hace falta.

—Marina...

—En serio. —Me obligo a sonreír, o a algo que se le parezca—. Tengo que

aprender a estar sola. Mejor empezar ahora.

Álex me mira durante un momento largo. Después asiente otra vez.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré.

Sale. La puerta se cierra con un clic suave. Y me quedo sola en un piso que huele a pintura nueva y a una vida que todavía no existe.

Las primeras horas son las peores.

No sé qué hacer conmigo misma. En la clínica había horarios: desayuno a las ocho, sesión a las diez, comida a la una, tiempo libre hasta las cinco, cena a las siete. Cada hora tenía su propósito. Cada minuto estaba contenido.

Aquí no hay nada. Solo yo y el silencio y un piso vacío que espera a que haga algo con él.

Me siento en el sofá. Me levanto. Camino hasta la ventana. Vuelvo al sofá. Abro la nevera: leche, huevos, pan de molde, queso, jamón york. Lo básico. Lo que compraría alguien que no sabe qué come otra persona pero quiere que coma algo.

Cierro la nevera.

Abro la maleta. Saco la ropa, la meto en el armario del dormitorio. Es un dormitorio pequeño, con una cama de matrimonio que parece demasiado grande para una persona sola. Las sábanas son blancas. Por supuesto que son blancas.

Saco el dinosaurio. Lo pongo en la mesilla de noche. Me mira con sus ojos de plástico, juzgándome por no saber qué hacer un martes a las tres de la tarde.

—Tú tampoco tienes sugerencias, ¿verdad?

No responde. Los dinosaurios de plástico no responden.

Me tumbo en la cama. El techo es blanco, como el de la clínica. Pero diferente. Más alto. Más vacío. Sin las manchas de humedad que había memorizado en ocho meses de mirarlo.

Cierro los ojos.

Los abro.

Cierro los ojos.

Me despierto tres horas después sin saber que me había dormido. La luz ha cambiado, esa luz de atardecer que convierte todo en oro viejo. Tengo hambre. Es una sensación rara, el hambre. En la clínica comía porque tocaba comer. Aquí como porque mi cuerpo me lo pide.

Hago un sándwich de jamón y queso. Lo como de pie en la cocina, mirando por la ventana. La calle está tranquila. Pasa una mujer con un perro. Un hombre con bolsas del supermercado. Gente normal haciendo cosas normales un martes por la tarde.

Yo solía ser gente normal. Creo. No me acuerdo muy bien.

El teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de Vera.

"¿Sigues viva?"

Sonrío. Tecleo una respuesta.

"Más o menos. El piso es muy silencioso."

"Pon música. O la tele. O grítale a las paredes. Lo que sea."

"¿Eso es consejo profesional?"

"Es consejo de alguien que sabe lo que es el primer día fuera."

No pregunto cómo lo sabe. Hay cosas de Vera que probablemente nunca sabré.

"Gracias", escribo.

"De nada. Y toma las pastillas."

"Sí, mamá."

"No me llames mamá, coño."

Guardo el teléfono. Busco el bote de pastillas en la maleta, me tomo la dosis de la noche con un vaso de agua del grifo. El agua sabe diferente aquí. Más suave. O quizá es que todo sabe diferente cuando no estás encerrada.

La noche cae sin pedir permiso.

No enciendo las luces hasta que ya no veo nada. No sé por qué. Quizá porque la oscuridad se siente más segura. Quizá porque no quiero ver el piso vacío con demasiada claridad.

Me siento en el sofá con el móvil en la mano. Podría llamar a Álex. Podría llamar a Vera. Podría llamar a cualquiera.

No llamo a nadie.

En lugar de eso, abro el navegador del teléfono. Escribo un nombre en el buscador.

"Carmen Vidal San Sebastián"

Los resultados aparecen inmediatamente. Noticias de hace un año. "Mujer y su hija de seis años caen por acantilado de Igueldo." "Rescatan a una mujer con vida; la niña no sobrevive." "La conductora, ingresada en estado crítico."

Hay fotos. Una del acantilado, con cinta policial. Una del coche destrozado siendo sacado del agua por una grúa. Y una de Carmen.

De mí.

Es una foto de carné, probablemente del DNI. Pelo castaño, ojos marrones, sonrisa obligada. Una mujer cualquiera. Una mujer que podría cruzarse contigo por la calle y no recordarías su cara dos minutos después.

Una mujer que mató a su hija.

Cierro el navegador. Apago el teléfono. Me quedo sentada en la oscuridad, respirando.

Esto es lo que quería, me digo. Saber quién soy. Saber lo que hice.

Pero saberlo y verlo escrito en un periódico son cosas diferentes. Saberlo y ver una foto de mi cara junto a la palabra "tragedia" son cosas diferentes.

Me levanto. Enciendo la luz del baño porque no puedo seguir en la oscuridad. Me miro en el espejo.

La mujer que me devuelve la mirada tiene ojeras. Tiene el pelo sucio de haber dormido sin ducharse. Tiene los ojos de alguien que ha buscado su propio nombre en internet y se ha arrepentido.

—Hola —le digo a mi reflejo.

El reflejo no responde.

—Me llamo Marina —continúo—. Antes me llamaba Carmen. Maté a mi hija.

Bueno, no exactamente. Intenté matarnos a las dos pero solo murió ella. Después creé cuatro versiones de mí misma para huir de lo que había hecho. Y ahora estoy aquí, hablando con un espejo en un piso vacío, porque no sé qué coño hacer con mi vida.

Las palabras suenan absurdas dichas en voz alta. Suenan como el resumen de una película mala, de esas que echan a las tres de la mañana cuando no puedes dormir.

Pero son mi vida. Esta es mi vida.

Salgo del baño. Vuelvo al dormitorio. Me meto en la cama sin quitarme la ropa, con el dinosaurio en la mesilla y el teléfono apagado y el silencio del piso presionando desde todas las direcciones.

No duermo.

Miro el techo hasta que la luz del amanecer empieza a filtrarse por las cortinas que no he cerrado del todo. Pienso en Olivia. En sus dedos soltándose de los míos. En el agua fría. En todo lo que no puedo cambiar.

A las siete me levanto. Me ducho. Me visto con la otra muda de ropa que tengo. Me hago un café con la cafetera que Álex ha dejado y

que tardo diez minutos en entender cómo funciona.

El café sabe a algo. Es un comienzo.

A las nueve, me pongo los zapatos. Cojo las llaves. Salgo del piso.

El mundo exterior está ahí, esperando. Coches, gente, ruido, vida. Todo sigue funcionando aunque yo no sepa cómo funcionar con ello.

Bajo las escaleras. Salgo a la calle. El aire huele a pan recién hecho de una panadería cercana y a humo de los tubos de escape.

Camino sin dirección. Izquierda, derecha, recto. No importa adónde vaya. Lo que importa es que estoy yendo. Que mis piernas se mueven. Que el mundo no se acaba porque yo esté en él.

Paso por delante de un parque pequeño. Hay niños jugando. Una madre empuja un columpio donde un crío de tres o cuatro años se ríe cada vez que sube.

Me detengo.

Los miro durante un tiempo que no sé medir. La madre tiene el pelo recogido en una coleta y lleva zapatillas de deporte. El niño tiene un abrigo azul con capucha de oso.

Podría haber sido yo. Hace un año, podría haber sido yo empujando ese columpio. Olivia habría tenido siete años ahora. Habría ido a segundo de primaria. Habría perdido algún diente de leche. Habría...

Me obligo a seguir caminando.

No puedo hacer eso. No puedo pasarme la vida imaginando lo que habría sido. Lo que habría sido está muerto. Lo único que tengo es lo que es.

Y lo que es, ahora mismo, es una mujer de treinta y cinco años caminando por una ciudad que no reconoce del todo, intentando recordar cómo se vive cuando has olvidado por qué deberías querer hacerlo.

Encuentro un banco junto a un árbol. Me siento. Respiro.

Estoy fuera. Estoy viva. Estoy aquí.

Es más de lo que merezco. Pero es lo que tengo.
Y quizá, solo quizá, es suficiente para empezar.

27

Rutinas

Los días empiezan a parecerse unos a otros.

No sé si eso es bueno o malo. Supongo que es simplemente lo que pasa cuando intentas construir una vida desde cero: repites cosas hasta que se convierten en costumbre, y las costumbres se convierten en rutina, y la rutina se convierte en algo que podría llamarse normalidad si no fuera porque nada de esto es normal.

Me levanto a las siete. A veces antes, si las pesadillas me despiertan. Me ducho, me visto con la ropa que he ido comprando poco a poco en tiendas baratas del centro. Me hago un café. Me tomo las pastillas. Miro por la ventana mientras el café se enfría.

Después salgo. Siempre salgo. No importa si llueve o hace frío o si no tengo adónde ir. Salir es lo único que evita que las paredes del piso empiecen a cerrarse sobre mí.

Camino sin dirección las primeras horas. He descubierto una panadería en la calle de abajo donde hacen croissants que saben a mantequilla de verdad. Un parque pequeño con bancos de madera donde puedo sentarme a no pensar. Una librería de segunda mano donde la dueña me deja hojear libros sin presionarme para que compre.

No compro nada. No leo. Solo hojeo. Paso las páginas y miro las palabras sin que signifiquen nada.

Pero es algo. Es una forma de pasar el tiempo.

Los martes y viernes voy a ver a Herrera. No a la clínica; hemos empezado a vernos en su consulta privada, un piso pequeño en el centro con vistas a un patio interior lleno de macetas. Es diferente de su despacho en Aralar. No hay acuario. No hay olor a mar. Solo libros y una butaca verde que no tiene la forma de mi cuerpo.

—¿Cómo ha ido la semana? —pregunta siempre al empezar.

Y yo siempre respondo lo mismo:

—He sobrevivido.

No es una evasiva. Es la verdad. Sobrevivir es lo único que sé hacer ahora mismo.

Hoy es viernes. Tercera semana fuera de la clínica. Veintiún días de libertad que a veces se sienten como condena.

Me siento en la butaca verde. Herrera tiene un café en la mano, y el olor me recuerda a las mañanas en el piso, a la rutina que estoy construyendo pieza a pieza.

—¿Has pensado en lo que hablamos la última vez? —pregunta.

—Sobre buscar trabajo.

—Sobre encontrar algo que hacer con tus días.

—Es lo mismo.

—No necesariamente.

Me encojo de hombros. Fuera, una paloma se posa en el alféizar y nos mira con ese aire de superioridad que tienen las palomas.

—Carmen era fotógrafa —digo—. Pero yo no sé si quiero tocar una cámara.

—¿Por qué no?

—Porque las fotos son recuerdos. Y los recuerdos... —Me interrumpo. No

sé cómo terminar la frase.

—¿Te dan miedo?

—Me dan muchas cosas. Miedo es solo una de ellas.

Herrera asiente. Toma un sorbo de café. No dice nada, dejando que el silencio haga su trabajo.

—Hay algo que he estado pensando —digo al fin—. Una tontería,

probablemente.

—Las tonterías a veces son las cosas más importantes.

—La dueña de la librería. La de segunda mano. Me ha dicho que necesita

ayuda. Alguien que ordene los libros, que limpie las estanterías, que esté ahí unas horas al día. No es un trabajo de verdad. Es más bien...

—Busco la palabra—. Compañía pagada.

—¿Y te interesa?

—No lo sé. Quizá. —Miro mis manos, quietas en el regazo por una vez—.

Sería algo. Algo que no sea caminar sin rumbo esperando a que pase el día.

—Suena como un buen primer paso.

—Suena como esconderse en una librería porque no sé cómo estar en el

mundo real.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Le miro. Herrera tiene esa expresión que ya conozco, la de alguien que espera a que llegue sola a la conclusión correcta.

—Nada, supongo —digo—. Todo el mundo necesita un sitio donde esconderse.

—El truco está en que el escondite no se convierta en una prisión.

—Ya. —Sonrío sin ganas—. De prisiones sé bastante.

Salgo de la consulta con la sensación de que algo ha cambiado. No sé qué. Quizá solo es que he tomado una decisión, por pequeña que sea. Mañana iré a la librería. Hablaré con Marta, la dueña. Le diré que sí.

O quizá no. Quizá me acobardaré a medio camino y acabaré en el parque, sentada en el banco de siempre, mirando a los niños jugar mientras intento no pensar en una niña que ya no puede jugar.

Pero al menos es un plan. Los planes son mejores que el vacío.

Álex me espera en la puerta de mi edificio.

No sé cuánto tiempo lleva ahí. Está apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos y esa expresión que tiene cuando no sabe qué decir pero siente que debe decir algo.

—Hola —digo.

—Hola.

—¿Cuánto llevas esperando?

—Un rato. —Se encoge de hombros—. No tenía nada mejor que hacer.

Mentira. Álex siempre tiene algo mejor que hacer. Trabaja demasiado, duerme poco, llena cada hora del día con tareas para no tener que pensar. Lo sé porque yo hago lo mismo.

—¿Quieres subir? —pregunto.

—Si no te importa.

Subimos en silencio. El ascensor es pequeño y huele a ambientador barato. Álex mira los números cambiar en el display como si fueran la cosa más interesante del mundo.

El piso sigue igual que siempre. El sofá gris, la mesa con el dinosaurio, la ventana que no da al mar. Pero hay cosas nuevas: una planta que compré la semana pasada y que probablemente morirá pronto, una manta en el sofá, un par de libros de la librería de Marta que me regaló porque dijo que nadie los iba a comprar.

—Has decorado —dice Álex.

—He intentado que no parezca una celda.

—No parece una celda.

—Parece un sitio donde vive alguien que no sabe cómo vivir.

Álex no responde. Se sienta en el sofá, en el extremo opuesto al que yo suelo ocupar. Mira el dinosaurio durante un momento largo.

—¿Por qué has venido? —pregunto.

—¿Necesito una razón?

—No. Pero normalmente la tienes.

Se pasa la mano por el pelo. Es un gesto que ya conozco, el que hace cuando está a punto de decir algo difícil.

—Mañana es quince de noviembre —dice.

No entiendo por qué eso importa. Después lo entiendo.

—Nueve meses —digo.

—Nueve meses.

Nueve meses desde el accidente. Nueve meses desde que Carmen condujo hacia el acantilado. Nueve meses desde que Olivia dejó de existir.

—No sabía que llevaras la cuenta —digo.

—No la llevo. —Se encoge de hombros—. Pero hay fechas que no se olvidan.

Me siento en el otro extremo del sofá. El cojín se hunde bajo mi peso. Entre los dos hay un espacio que podría ser un océano o podría ser nada.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—No lo sé. —Es la respuesta más honesta que me ha dado nunca—. Hay días

que creo que lo estoy superando. Y hay días que me despierto y sigo esperando oír su voz por el pasillo.

—Yo no la recuerdo. Su voz.

—Es aguda. Era aguda. —Se corrige con una mueca—. Le gustaba cantar

canciones inventadas mientras desayunaba. Canciones sobre lo que iba a hacer ese día, o sobre el gato que quería tener, o sobre cualquier cosa. Nunca tenían sentido pero siempre rimaban.

Cierro los ojos. Intento imaginarla. Una niña cantando en una cocina que no recuerdo, haciendo rimas sobre gatos y días y cosas que ya nunca serán.

—Lo siento —digo.

—Lo sé.

—No. —Abro los ojos—. Lo siento de verdad. No porque sea lo que se dice,

sino porque es la verdad. Siento haberla matado. Siento haberme roto de una manera que os destruyó a todos. Siento ser la razón por la que ya no puedes oír canciones inventadas por las mañanas.

Álex me mira. Hay algo en sus ojos que no había visto antes. No es perdón. No es odio. Es algo más complicado, más doloroso, más humano.

—Marina —dice.

Es la primera vez que dice mi nombre así. No como una pregunta, no como una confirmación de identidad. Igual que si fuera real. Como si yo fuera real.

—¿Sí?

—Gracias por seguir aquí.

No sé qué responder. Así que no respondo. Me quedo ahí, en mi extremo del sofá, con el dinosaurio mirándonos desde la mesa y el silencio llenando el espacio entre nosotros.

No es consuelo. No es perdón. No es ninguna de las cosas que deberían pasar después de algo así.

Pero es algo. Es más de lo que teníamos ayer.

Y quizá, solo quizá, es suficiente por ahora.

Álex se va a las nueve. No porque tenga que irse, sino porque los dos sabemos que hay un límite a cuánto tiempo podemos estar juntos sin que el peso de todo nos aplaste.

Me quedo en el sofá después de que se vaya. El piso está en silencio. La planta que probablemente morirá necesita agua. Los libros de Marta esperan a ser leídos.

Cojo el teléfono. Busco el número de la librería.

Marta responde al segundo tono.

—¿Sí?

—Soy Marina. La que hojea libros sin comprar nada.

Una risa al otro lado.

—Ya sé quién eres. ¿Qué pasa?

—Lo del trabajo. El de ordenar estanterías.

—¿Sí?

—Quiero hacerlo. Si la oferta sigue en pie.

Un silencio breve. Puedo imaginar a Marta sonriendo en su librería llena de libros que nadie quiere.

—La oferta sigue en pie. ¿Puedes empezar el lunes?

—Puedo empezar el lunes.

—Pues nos vemos el lunes, Marina.

Cuelga antes de que pueda cambiar de opinión.

Me quedo mirando el teléfono durante un tiempo que no sé medir. Acabo de conseguir un trabajo. Bueno, algo que se parece a un trabajo. Algo que me dará una razón para levantarme por las mañanas además de las pastillas y el café y el miedo a quedarme quieta demasiado tiempo.

El dinosaurio me mira desde la mesa. Juraría que parece orgulloso, pero eso es imposible porque los dinosaurios de plástico no tienen expresiones.

—He conseguido un trabajo —le digo.

No responde. Los dinosaurios de plástico no responden.

Pero por primera vez en mucho tiempo, no necesito que lo haga.

Me levanto. Voy a la cocina. Riego la planta que probablemente morirá, aunque ahora tengo la esperanza de que no lo haga.

Mañana es quince de noviembre. Nueve meses desde el día que destruí todo.

Pero también es el día antes de que empiece algo nuevo. Algo pequeño, algo insignificante, pero algo.

Y los algos, por pequeños que sean, son mejores que la nada.

Mucho mejores.

28

Libros

El primer día en la librería casi no hablo.

Marta me enseña el sistema de clasificación, que no es sistema ninguno. Los libros están organizados por colores, por tamaños, por lo que a ella le parece que combinan en cada estantería. Poesía junto a manuales de fontanería porque ambos tienen tapas azules. Novela negra mezclada con libros de cocina porque "la muerte y la comida siempre van juntas, ¿no te has fijado?".

No me he fijado. Pero asiento como si lo hubiera hecho.

—Tu trabajo es simple —dice Marta—. Quitar el polvo, ordenar lo que

desordenen los clientes, y estar aquí. Sobre todo estar aquí.

—¿Por qué sobre todo estar aquí?

—Porque una librería vacía es triste. Y la gente no entra en sitios

tristes.

Tiene sentido, de una manera retorcida. Como casi todo lo que dice Marta.

Es una mujer de sesenta y pocos años, pelo blanco cortado a lo garçon, pendientes enormes que cambian cada día. Hoy lleva unos con forma de gato. Ayer eran planetas. Me pregunto qué colección tendrá en casa.

—¿Lees? —me pregunta mientras me pasa un trapo húmedo.

—Antes sí. Ahora... no mucho.

—¿Por qué?

—Los libros requieren concentración. Y mi cabeza no... —Busco las

palabras—. No se concentra bien últimamente.

Marta asiente como si eso fuera perfectamente normal.

—Entonces no leas. Solo toca los libros. A veces basta con tocarlos.

Paso la mañana quitando polvo a estanterías que huelen a papel viejo y a tiempo detenido. Los lomos de los libros están gastados por manos que ya no existen. Algunos tienen dedicatorias en la primera página: "Para María, con cariño", "Feliz cumpleaños, abuelo", "Nunca te olvidaré". Vidas enteras resumidas en una línea.

No pienso en Olivia. No pienso en los libros que habría leído cuando creciera, en las dedicatorias que habría escrito, en las vidas que habría tocado.

No pienso en nada de eso.

A mediodía, Marta cierra la tienda y me invita a un café en el bar de al lado. Tomamos tortilla de patatas que está demasiado hecha y café que está demasiado fuerte y hablamos de nada importante.

—¿De dónde eres? —pregunta.

—De aquí. De San Sebastián. Creo.

—¿Crees?

—Es complicado.

—Todo es complicado. —Se encoge de hombros—. ¿Tienes familia?

La pregunta me pilla desprevenida. Familia. Tenía una hermana que no me habla. Un marido que ya no es mi marido. Una hija que ya no está.

—Es complicado —repito.

Marta me mira con esos ojos que parecen ver más de lo que deberían.

—Las cosas complicadas son las únicas que importan —dice—. Las fáciles

se olvidan.

No sé si tiene razón. Pero me gusta cómo lo dice.

La segunda semana es más fácil.

He encontrado mi ritmo. Llego a las diez, cuando Marta abre. Quito el polvo de las estanterías que lo necesiten. Reorganizo los libros que los clientes han dejado en sitios equivocados, lo que significa ponerlos en sitios igual de equivocados pero que a Marta le parecen correctos.

Hay una silla junto a la ventana que siempre está vacía. Es una silla de madera oscura, con el asiento hundido por el uso, colocada mirando hacia la calle. Cada día la limpio. Cada día la acomodo. Cada día sigue vacía.

—Era de mi marido —dice Marta el jueves, cuando me pilla mirándola—. Le

gustaba sentarse ahí a ver pasar a la gente. Decía que era mejor que cualquier libro.

—¿Cuándo murió?

—Hace siete años. —Sonríe, pero es una sonrisa que duele—. Sigo

dejándole la silla. Por si acaso.

Por si acaso. Como si los muertos pudieran volver. Como si las sillas vacías pudieran llenarse otra vez con las personas que las ocupaban.

No digo nada. Solo sigo limpiando.

El viernes tengo sesión con Herrera. Le cuento sobre la librería, sobre Marta, sobre la silla vacía junto a la ventana.

—¿Cómo te hace sentir? —pregunta—. Estar rodeada de libros, de

historias.

—No lo sé. —Es la verdad—. A veces bien. A veces como si estuviera

escondiéndome.

—¿De qué te escondes?

—De todo. Del mundo. De mí misma. —Hago una pausa—. De los recuerdos que

podrían volver si me quedo quieta demasiado tiempo.

Herrera asiente. No juzga. Nunca juzga.

—¿Han vuelto más recuerdos?

—Pequeños. Fragmentos. —Miro mis manos, quietas por una vez—. Ayer olí

el champú de fresa que usa Marta para lavarse las manos después de comer. Y durante un segundo estuve en otro sitio. Un baño pequeño. Una niña con el pelo mojado.

—¿Olivia?

—Creo que sí. Pero no estoy segura. Podría ser cualquier niña. Podría

ser yo misma, de pequeña. Podría ser nadie.

—¿Qué sentiste?

—Tristeza. —La palabra sale más fácil de lo que esperaba—. Pero también

algo más. Algo parecido a... no sé. A conexión, quizá. Como si por un segundo pudiera recordar cómo era quererla.

Herrera se inclina hacia delante.

—Eso es progreso, Marina. Recordar sin romperte es progreso.

—No me siento progresando. Me siento estancada. En un piso que no es

mío, en un trabajo que no es mío, en una vida que no es mía.

—¿De quién es entonces?

—De nadie. Eso es el problema. No es de Carmen porque Carmen está

muerta. No es de Marina porque Marina no existía hace un año. Es de alguien que todavía no sé quién es.

—Quizá ese es el trabajo —dice Herrera—. No encontrar quién eras, sino

decidir quién quieres ser.

Quién quiero ser. Igual que si fuera tan fácil. Como si pudiera elegir un nombre de una lista y ponerme a vivir.

Pero quizá tiene razón. Quizá la identidad no es algo que encuentras. Quizá es algo que construyes, día a día, libro a libro, momento a momento.

El sábado, Álex viene a la librería.

No sé si es coincidencia o si ha preguntado dónde trabajo. Entra con esa expresión que tiene cuando no sabe qué hacer con las manos, mirando las estanterías como si los libros fueran enemigos potenciales.

—Hola —digo desde detrás del mostrador.

—Hola.

—¿Buscas algo?

—No. Bueno, sí. —Se pasa la mano por el pelo—. A ti. Te buscaba a ti.

Marta levanta la vista desde el rincón donde está catalogando una caja de donaciones. Nos mira a los dos con esa expresión que tienen las personas mayores cuando creen saber algo que tú no sabes.

—Voy a hacer un recado —dice, aunque claramente no tiene ningún recado

que hacer—. Marina, cierra si necesitas.

Sale antes de que pueda decir nada. La campanilla de la puerta tintinea. Y nos quedamos solos entre miles de libros que nadie quiere.

—¿Cómo estás? —pregunta Álex.

—Sobreviviendo. ¿Tú?

—Igual. —Se acerca al mostrador—. He estado pensando.

—¿En qué?

—En nosotros. En lo que somos ahora.

La pregunta que llevo semanas evitando. Lo que somos. Exmarido y exmujer. Padre y madre de una niña muerta. Dos personas rotas intentando no cortarse con los pedazos del otro.

—No sé lo que somos —digo.

—Yo tampoco. Pero quería decirte algo.

—¿Qué?

—Que he dejado de intentar perdonarte.

Las palabras duelen más de lo que esperaba. Aunque también menos.

—Vale —digo.

—No, espera. —Da un paso adelante—. No me has entendido. He dejado de

intentar perdonarte porque me he dado cuenta de que el perdón no es lo que necesito. Ni lo que necesitas tú.

—¿Y qué necesitamos?

—No lo sé. Algo diferente. —Hace una pausa—. Algo que no tenga que ver

con lo que pasó, sino con lo que puede pasar.

Le miro. Este hombre que fue mi marido. Que fue el padre de mi hija. Que ha pasado nueve meses visitándome, ayudándome, sin saber si quería hacerlo o si solo sentía que debía.

—No sé si puedo darte eso —digo—. No sé si tengo nada que dar.

—No te estoy pidiendo nada. Solo... —Busca las palabras—. Solo quería

que supieras que estoy aquí. No como tu marido. No como el padre de Olivia. Solo como alguien que... que también está intentando averiguar cómo seguir adelante.

—Compañeros de escombros —digo, recordando una conversación de hace

semanas.

—Algo así.

Nos quedamos en silencio. Los libros nos rodean, miles de historias que no son la nuestra, miles de finales que no nos pertenecen.

—Álex —digo.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no rendirte conmigo.

Él asiente. No sonríe, pero hay algo en sus ojos que podría ser el principio de algo. No sé de qué. Quizá no importa.

—¿Quieres tomar un café? —pregunta—. Hay un bar al lado que hace una

tortilla horrible.

—La he probado. Es peor que horrible.

—Perfecto. Vamos.

Salgo de detrás del mostrador. Cojo las llaves que Marta ha dejado. Cierro la librería aunque son solo las cuatro de la tarde y se supone que debería estar aquí hasta las siete.

Marta lo entenderá. Las cosas complicadas son las únicas que importan, dijo.

Y esto, sea lo que sea, es complicado.

El bar está casi vacío a esta hora. Nos sentamos en una mesa del fondo, la misma donde me senté con Bea hace semanas. Pedimos cafés que tardan demasiado en llegar y no hablamos de nada importante.

Hablamos de trabajo. Del piso. Del tiempo. De una serie que Álex está viendo y que dice que es malísima pero no puede dejar de ver.

No hablamos de Olivia. No hablamos del accidente. No hablamos de la culpa ni del perdón ni de ninguna de las cosas que nos separan.

Solo hablamos.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso se siente como suficiente.

Cuando vuelvo al piso, ya es de noche. Enciendo las luces. Riego la planta que, contra todo pronóstico, sigue viva. Me siento en el sofá con el dinosaurio en la mano.

—He tenido un buen día —le digo.

No responde. Los dinosaurios de plástico no responden.

Pero me doy cuenta de algo: ya no necesito que lo haga. Ya no necesito hablar con un juguete de plástico para sentirme menos sola.

Quizá eso también es progreso.

Quizá el progreso no es un momento grande, un despertar, una revelación. Quizá es esto: días que se suman, pequeñas victorias que no parecen victorias, conversaciones sobre nada que significan todo.

Me levanto. Voy al baño. Me lavo la cara con agua fría.

En el espejo, la mujer que me devuelve la mirada ya no parece una desconocida. Sigue teniendo ojeras. Sigue teniendo esa cicatriz en la ceja izquierda. Sigue teniendo los ojos de alguien que ha visto demasiado.

Aunque tiene algo más. Algo que no estaba ahí hace un mes.

No sé cómo llamarlo. Quizá esperanza es demasiado grande. Quizá es solo la ausencia de desesperación, que ya es algo.

—Hola —le digo al espejo.

Esta vez, casi me reconozco.

29

El mar

Diciembre llega sin avisar, como hacen las cosas que no quieres que lleguen.

El frío se ha instalado en San Sebastián de esa manera que tiene el frío del norte: húmedo, persistente, metiéndose en los huesos aunque lleves tres capas de ropa. La librería huele a café caliente porque Marta ha comprado una cafetera pequeña y ahora pasamos las mañanas inventando excusas para hacer otra taza.

—Tienes buena cara —me dice un miércoles mientras ordenamos una caja de

donaciones.

—Es el café.

—No es el café. —Me mira con esos ojos que parecen ver demasiado —. Es

otra cosa.

No le digo que tiene razón. No le digo que llevo semanas durmiendo más de cuatro horas seguidas, que las pesadillas siguen ahí pero ya no me despiertan gritando, que ayer me reí de algo que dijo Álex y el sonido me pilló por sorpresa.

No le digo nada de eso porque todavía no sé cómo llamarlo.

—Es el café —repito.

Marta sonríe con ese aire de saber algo que yo no sé. Probablemente lo sabe.

El jueves, Herrera me hace una pregunta que no esperaba.

—¿Has pensado en ir al mar?

Estoy sentada en la butaca verde de su consulta, con las manos quietas en el regazo por una vez. Fuera, la lluvia golpea los cristales con esa insistencia que tiene la lluvia de diciembre.

—¿Al mar?

—Vives en San Sebastián. El mar está a quince minutos andando de tu

piso. —Hace una pausa—. Y llevas meses evitándolo.

—No lo evito.

—Marina.

—Vale, lo evito. —Me encojo de hombros—. ¿Y qué?

—Nada. Solo pregunto.

Pero no es solo una pregunta. Nunca es solo una pregunta con Herrera.

—El mar me... —Busco la palabra—. Me complica las cosas.

—¿Qué cosas?

—Todo. Los recuerdos. Las sensaciones. —Miro mis manos, que han empezado

a moverse sin permiso—. Cada vez que pienso en el agua, vuelvo a estar ahí. En el coche. Hundiéndome.

—¿Y qué sientes?

—Frío. Oscuridad. Y después... —Trago saliva—. Sus manos. Soltándose de

las mías.

Herrera asiente. No dice nada durante un momento largo.

—¿Crees que algún día podrás mirarlo sin volver a ese momento?

—No lo sé.

—¿Quieres intentarlo?

La pregunta queda flotando entre los dos. Fuera, la lluvia sigue cayendo. Dentro, el silencio pesa como algo físico.

—No sé si estoy lista —digo.

—Quizá nunca lo estés. —Herrera se quita las gafas, las limpia con el

borde del jersey—. Quizá estar lista sea una excusa que nos ponemos para no hacer las cosas que nos dan miedo.

—Muy profundo.

—Es algo que me dijo un paciente hace años. Tenía razón.

Sonrío sin ganas.

—¿Y qué le pasó a ese paciente?

—Murió. —Herrera se pone las gafas de nuevo—. Pero antes de morir, hizo

todo lo que tenía miedo de hacer. Dijo que era la mejor decisión que había tomado.

No sé qué responder a eso. Así que no respondo.

Salgo de la consulta con la pregunta dando vueltas en la cabeza. El mar. Quince minutos andando. Meses evitándolo.

Camino hacia el piso sin pensar, siguiendo la ruta de siempre. Izquierda en la panadería, recto hasta la plaza, derecha en la fuente que no funciona. Los pies conocen el camino aunque mi cabeza esté en otro sitio.

Pero hoy, en lugar de girar a la derecha, sigo recto.

No sé por qué lo hago. Quizá porque Herrera ha plantado la idea y ahora no puedo sacarla de mi cabeza. Quizá porque estoy cansada de evitar cosas. Quizá porque diciembre es un buen mes para hacer cosas estúpidas.

Las calles cambian a medida que avanzo. Más abiertas, más vacías. El olor a salitre empieza a filtrarse entre los edificios, mezclándose con el frío.

Y entonces lo veo.

El mar.

Gris bajo el cielo de diciembre. Enorme. Implacable. Rompiendo contra las rocas con ese sonido que he estado evitando desde que salí de la clínica.

Me quedo de pie en el paseo marítimo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y el viento golpeándome la cara. Hay poca gente a esta hora. Un hombre paseando un perro. Una pareja de ancianos sentada en un banco. Gaviotas gritando como si protestaran por algo.

El agua está oscura. Casi negra. Como la del sueño que no es un sueño.

Noto el frío primero. Después, el temblor. Las manos empiezan a buscar algo que no está ahí, cerrándose en puños dentro de los bolsillos.

Respira, me digo. Estás aquí. Estás a salvo. Esto es solo agua.

Pero no es solo agua. Es el agua que se tragó a mi hija. El agua que debería haberme tragado a mí también.

Cierro los ojos. El sonido de las olas se intensifica. Por un segundo, estoy en otro sitio. Un coche cayendo. Cristales rompiéndose. El impacto del agua, tan frío que quema.

"Mami, tengo miedo."

Abro los ojos. Las lágrimas caen antes de que pueda detenerlas.

—Yo también tenía miedo —susurro al mar—. Tenía tanto miedo.

El viento se lleva las palabras. Las olas siguen rompiendo. El mundo sigue girando aunque el mío se haya detenido tantas veces.

No sé cuánto tiempo paso ahí de pie. Lo suficiente para que el frío me cale los huesos. Lo suficiente para que las lágrimas se sequen en mis mejillas. Lo suficiente para que el temblor se convierta en algo diferente. No calma, exactamente. Pero tampoco terror.

Algo en medio.

Cuando por fin me muevo, las piernas me tiemblan. Camino hasta un banco, me siento. Miro el mar desde una distancia que se siente más segura.

El móvil vibra en el bolsillo. Un mensaje de Álex.

"¿Estás bien?"

Me pregunto cómo lo sabe. Me pregunto si tiene algún tipo de radar para cuando estoy a punto de derrumbarme. Tecleo una respuesta.

"Estoy en la playa."

Un silencio largo. Después:

"¿Quieres compañía?"

Miro el mar. Las olas que siguen rompiendo. El cielo gris que amenaza más lluvia.

"Sí."

Álex llega veinte minutos después. Se sienta a mi lado en el banco sin decir nada. Mira el mar conmigo, en silencio, como si eso fuera lo más normal del mundo.

—Primera vez desde... —empiezo.

—Lo sé.

—No sé si ha sido buena idea.

—¿Cómo te sientes?

Pienso en la pregunta. En la respuesta honesta.

—Como si hubiera metido la mano en un enchufe. Pero también... —Busco

las palabras—. Como si hubiera sobrevivido.

—Has sobrevivido.

—Ya. —Sonrío sin ganas—. Esa es la parte jodida, ¿no? Sobrevivir.

Álex no responde. Se queda mirando el mar con esa expresión que ya conozco, la de alguien que está pensando en cosas que no quiere decir en voz alta.

—Solíamos venir aquí —dice al fin—. Carmen, Olivia y yo. Los domingos

por la mañana.

—No me acuerdo.

—Lo sé. —Hace una pausa—. Olivia nunca se metía en el agua. Le daba

miedo. Carmen decía que lo había heredado de ella.

—¿Le daba miedo a Carmen?

—Pánico. Desde pequeña. Algo que pasó cuando tenía cinco o seis años,

creo. Nunca quiso contarme los detalles.

Miro el mar. Las olas que nunca paran. El agua oscura que se tragó a una niña de seis años que tenía miedo de ella.

—Qué ironía —digo.

—Sí.

El silencio se estira entre los dos. No es incómodo. Es el silencio de dos personas que ya no necesitan llenar todos los espacios con palabras.

—Álex.

—¿Sí?

—¿Crees que algún día dejaré de sentirme culpable?

Él me mira. Sus ojos están cansados, como siempre, pero hay algo más ahí. Algo que podría ser ternura.

—No lo sé —dice—. ¿Crees que yo dejaré de sentirme culpable?

—¿Tú? ¿Por qué?

—Por no haberlo visto venir. Por estar trabajando mientras ella...

mientras vosotras... —No termina la frase—. Por no contestar el teléfono cuando llamaste.

—Eso no fue culpa tuya.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Pero la culpa no entiende de lógica. Tú

deberías saberlo mejor que nadie.

Tiene razón. La culpa es irracional, persistente, inmune a cualquier argumento razonable. La culpa es el mar: siempre ahí, rompiendo contra ti aunque intentes evitarlo.

—Quizá el objetivo no es dejar de sentirla —digo—. Quizá es aprender a

vivir con ella.

—Quizá.

—Suena agotador.

—Lo es. —Álex casi sonríe—. Pero es mejor que la alternativa.

Me levanto. Las piernas ya no tiemblan tanto. El frío sigue ahí, pero es un frío diferente. Más limpio. Más honesto.

—Vamos —digo—. Aquí hace un frío de

—¿De?

—No sé. De algo muy frío.

Álex se ríe. Es un sonido raro, inesperado, que me pilla por sorpresa.

—Muy elocuente.

—Ya. Bueno. Mis habilidades lingüísticas se congelan por debajo de los

diez grados.

Caminamos juntos hacia el paseo marítimo. El mar queda atrás, pero ya no se siente como una amenaza. Se siente como algo que existe,

que siempre va a existir, que no puedo cambiar pero que tampoco tiene que destruirme.

A mitad de camino, Álex se detiene.

—Marina.

—¿Sí?

—Lo que has hecho hoy. Venir aquí. Mirarlo.

—¿Qué pasa con eso?

—Es valiente.

—No me siento valiente. Me siento como alguien que ha hecho una estupidez y ha sobrevivido de milagro.

—Eso es lo que es la valentía. —Me mira con esos ojos que ya conozco tan bien—. Hacer cosas estúpidas aunque te den miedo. Y seguir haciéndolas.

No sé qué responder. Así que hago lo único que se me ocurre: le cojo la mano.

Es la primera vez que le toco voluntariamente desde... no sé. Desde antes de todo. Su mano está fría, como la mía. Pero también está ahí. Presente. Real.

No dice nada. Solo me devuelve el apretón.

Caminamos así hasta el final del paseo. Después nos soltamos, porque hace demasiado frío para caminar con una sola mano en el bolsillo. Pero algo ha cambiado. Algo pequeño, casi imperceptible, pero real.

Cuando llego al piso, el dinosaurio me espera en la mesilla de siempre. Lo cojo, lo miro. Sus ojos de plástico no me juzgan.

—He ido al mar —le digo.

No responde. Nunca responde.

Pero esta vez, mientras lo dejo en su sitio, me doy cuenta de algo: ya no necesito que lo haga. Ya no necesito hablar con un juguete de plástico para procesar lo que siento.

Puedo hacerlo sola.

O mejor dicho: puedo hacerlo con las personas que están ahí. Las de verdad. Las que respiran y tienen manos frías y saben lo que es sobrevivir a algo que debería haberte destruido.

Me siento en el sofá. Miro por la ventana. El cielo sigue gris, pero hay un hueco entre las nubes por donde se filtra algo de luz.

Mañana volveré a la librería. Pasado mañana veré a Herrera. El fin de semana, quizá vuelva al mar. Quizá no.

Pero puedo elegir. Esa es la diferencia. Antes, el miedo elegía por mí. Ahora puedo elegir yo.

Es un comienzo.

Y los comienzos, por pequeños que sean, son todo lo que necesito.

30

Marina

Febrero llega con un frío diferente. Más limpio. Más honesto.

Ha pasado casi un año desde que desperté en Aralar sin saber quién era. Casi un año desde que Marina empezó a existir de verdad, no como la identidad que Carmen creó para sobrevivir, sino como la persona que decidió quedarse cuando todo lo demás se había ido.

La librería está cerrada por inventario. Marta dice que es el momento de contar los libros que nadie ha comprado y fingir sorpresa cuando el número sea exactamente el mismo que el año pasado. Le he dicho que puedo ayudarla, pero ha insistido en que me tome el día libre.

—Llevas meses sin un día libre de verdad —ha dicho—. Haz algo que no sea

ordenar estanterías o hablar con tu psiquiatra.

—Herrera no es psiquiatra, es psicólogo.

—Lo que sea. Vete.

Así que aquí estoy. Sentada en un banco del paseo marítimo, mirando el mar que ya no me da tanto miedo. Todavía duele verlo. Quizá siempre duela. Pero el dolor ya no es lo único que hay.

El móvil vibra. Un mensaje de Álex.

"¿Dónde estás?"

"Playa. El banco de siempre."

"Voy."

No pregunta si quiero compañía. Ya sabe la respuesta.

Mientras espero, pienso en todo lo que ha cambiado. La lista es larga. Ya no vivo en el piso pequeño que Álex alquiló para mí; ahora

tengo uno propio, más cerca de la librería, con una ventana que da a un patio interior donde una vecina cultiva tomates en macetas. Ya no veo a Herrera dos veces por semana; ahora es una vez, a veces cada quince días cuando las cosas van bien. Ya no hablo con el dinosaurio de plástico para sentirme menos sola.

El dinosaurio. Lo tiré al mar hace dos meses, en el aniversario del accidente. Fue idea de Herrera, aunque él nunca lo admitiría.

Soltar. Esa palabra otra vez.

Álex llega con dos cafés en vasos de cartón. Se sienta a mi lado, me pasa uno. Nuestros dedos se rozan durante un segundo. Ya no me sobresalto cuando eso pasa.

—Hoy es quince de febrero —dice.

—Lo sé.

—Un año.

—Lo sé.

Un año desde que Carmen condujo hacia el acantilado. Un año desde que Olivia dejó de existir. Un año desde que yo empecé a existir, aunque entonces no lo sabía.

El mar rompe contra las rocas con ese sonido que ya me resulta familiar. No reconfortante, exactamente. Pero familiar.

—¿Vas a ir? —pregunta Álex.

—¿Al cementerio?

—Sí.

—Después. Quería venir aquí primero.

Nos quedamos en silencio. El mar sigue ahí, como siempre. Indiferente a nuestro dolor. Indiferente a todo.

El cementerio está más vacío de lo que esperaba.

Febrero no es mes de visitas, supongo. La gente viene en noviembre, por Todos los Santos. O en los aniversarios, como yo. O

cuando el dolor aprieta demasiado y necesitan un sitio donde dejarlo.

La tumba de Olivia está en la parte alta, donde se ve el mar. Me arrodillo frente a la lápida. Las letras siguen igual que la última vez: OLIVIA VIDAL LEAL. 2017-2023. "Siempre en nuestros corazones."

—Hola —digo en voz baja.

No espero respuesta. Nunca la espero. Pero hablar ayuda.

—Ha pasado un año. Sigo sin acordarme de todo. Herrera dice que quizá

nunca lo haga. Que el cerebro protege lo que no puede procesar. Pero me acuerdo de algunas cosas. Tu risa. Tus dibujos. La pregunta que me hiciste en el coche.

Cierro los ojos. El recuerdo viene más fácil ahora. Ya no me rompe en pedazos.

—Me preguntaste si quería un abrazo. Y eso me salvó. Bueno, a mí. A ti

no pude salvarte. —La voz se me quiebra—. Pero quiero que sepas que lo intenté. Al final, cuando ya era demasiado tarde, lo intenté.

Las lágrimas caen. Las dejo caer.

Saco algo del bolsillo. Un dibujo pequeño, hecho con rotuladores de colores. Lo hice anoche. Es un dibujo malo. Horrible, en realidad. Pero muestra lo que quería mostrar: una casa pequeña, un jardín con flores, y dos figuras de palotes al lado. Una alta y una baja.

Debajo he escrito: "Te echo de menos."

Lo dejo junto a la lápida, apoyado contra la piedra.

—Adiós, Olivia —susurro—. Nos vemos pronto.

Me levanto. Las rodillas me duelen de estar agachada. Pero hay algo más, debajo del dolor.

Algo que podría ser paz.

Álex me espera en la entrada del cementerio.

—¿Lista? —pregunta.

—Sí.

—¿Adónde quieres ir?

—A casa.

Caminamos juntos hacia el coche. Álex no me coge la mano, pero camina lo suficientemente cerca para que nuestros hombros se rocen de vez en cuando. Es lo que tenemos ahora. No somos pareja. No sé si algún día lo seremos. Pero somos algo.

De camino a casa, miro por la ventana. San Sebastián pasa como siempre: el casco viejo, la playa, el monte Igueldo a lo lejos. Todo sigue igual. Todo ha cambiado.

Hace un año, yo no existía.

Ahora sí.

No sé exactamente quién soy. Pero sé algunas cosas: me llamo Marina. Trabajo en una librería que huele a tiempo detenido. Tengo un piso pequeño con una ventana que da a un patio. Veo a mi psicólogo una vez por semana. Tomo pastillas cada noche.

No es una vida perfecta. Pero es mía. La única que tengo.

Y he decidido que voy a vivirla.

Llegamos a mi edificio. Álex aparca en doble fila, como siempre.

—¿Quieres subir? —pregunto.

—¿Quieres que suba?

—Sí.

Es la primera vez que se lo pido.

Subimos los tres pisos a pie porque el ascensor sigue averiado. El piso está igual que esta mañana: ordenado, pequeño, lleno de libros y de luz.

—¿Te apetece un té? —pregunto.

—Vale.

Hago té en la cocina mientras Álex se sienta en el sofá. Es extraño tenerlo aquí, en mi espacio. Pero también se siente bien. Se siente correcto.

Le llevo el té. Me siento a su lado. Nuestras rodillas casi se tocan.

—Marina —dice.

—¿Sí?

—Estoy orgulloso de ti.

Las palabras me pillan desprevenida.

—¿Por qué?

—Por todo. Por seguir aquí. Por levantarte cada mañana aunque cueste.

Por ir al cementerio hoy aunque sabías que iba a doler.

—Eso último no ha sido tan difícil.

—Ya. Pero hace un año lo habría sido.

Tiene razón. Hace un año, no habría dejado entrar a nadie. Hace un año, estaba tan rota que pensaba que los pedazos nunca encajarían.

Pero encajan. No perfectamente. Pero encajan.

—Quédate —digo—. Esta noche. Solo para estar aquí. Para no estar sola.

Él me mira durante un momento largo. Después asiente.

—Vale.

Nos quedamos así, sentados en el sofá con el té enfriándose entre las manos, mirando cómo la luz de la tarde se va convirtiendo en noche.

A veces el silencio es suficiente.

A veces estar ahí es todo lo que necesitas.

Más tarde, cuando ya es de noche, me levanto. Voy al baño. Me miro en el espejo.

La mujer que me devuelve la mirada ya no es una desconocida. Tiene ojeras, pero menos profundas que hace meses. Tiene una cicatriz en la ceja izquierda. Tiene los ojos de alguien que ha visto cosas que no debería haber visto y ha sobrevivido.

Aunque tiene algo más. Algo que no estaba ahí hace un año.

Esperanza, quizá. O algo parecido.

—Hola, Marina —le digo al espejo.

Esta vez, me reconozco.

Salgo del baño. El pasillo está oscuro. Camino hacia el salón, donde Álex me espera en el sofá.

Pero algo no está bien.

Lo noto antes de verlo. Una sensación fría en el estómago. Un peso familiar en el bolsillo de mi chaqueta que no debería estar ahí.

Me detengo.

Meto la mano en el bolsillo.

Y saco el dinosaurio.

El T-Rex verde. Con las marcas de dientes en la cola. El mismo que tiré al mar hace dos meses. El mismo que vi desaparecer entre las olas.

El mismo que ahora está en mi mano.

—Marina —dice Álex desde el salón—. ¿Estás bien?

Su voz suena lejana. Como si viniera de otro sitio. De otro tiempo.

Miro el dinosaurio. Miro mis manos. Miro el pasillo.

Y entonces lo veo.

En la pared, junto a la puerta del baño, hay un dibujo pegado con cinta adhesiva. Un dibujo infantil. Una casa con un jardín. Dos figuras de palotes, una alta y una baja.

El mismo dibujo que dejé en la tumba de Olivia esta tarde.

El mismo dibujo que no debería estar aquí.

—Marina.

La voz de Álex. Pero cuando me giro, no es Álex quien está en el salón.

Es Herrera.

Lleva su jersey de cuello alto. Sus gafas finas. Tiene una carpeta en las manos y esa expresión que ya conozco, la de alguien que espera a que llegue sola a la conclusión correcta.

Detrás de él, a través de la ventana, no veo el patio con los tomates de la vecina.

Veo el mar. El acantilado. Las rocas donde todo terminó.

—Marina —dice Herrera—. ¿Sabes dónde estás?

Miro a mi alrededor. El salón ya no es mi salón. Las paredes son blancas. Demasiado blancas. Huelen a lejía y a buenas intenciones.

Conozco este olor.

Conozco esta habitación.

—No —susurro.

—Marina, llevas aquí casi año y medio. Nunca saliste de la clínica.

—No.

—El piso, la librería, Marta... —Herrera hace una pausa—. Los creaste

tú. Como creaste a las otras.

—No. Eso no es... Yo estaba... Álex y yo...

—Álex dejó de venir hace seis meses.

El dinosaurio pesa demasiado en mi mano. O quizá soy yo la que no pesa suficiente. Quizá soy yo la que está cayendo, otra vez, hacia el agua oscura que nunca me suelta del todo.

—Pero yo... —Mi voz suena rota—. Yo me reconocí. En el espejo. Me reconocí.

Herrera me mira con esos ojos que han visto demasiadas versiones de mí.

—¿A quién reconociste, Marina?

No sé qué responder.

No sé quién soy.

Quizá nunca lo he sabido.

Miro el dinosaurio. Las marcas de dientes. El verde desgastado por dedos pequeños que ya no existen.

Y entonces oigo algo. Un sonido que viene de muy lejos. O de muy cerca. Un sonido que no debería estar aquí.

Una risa.

Una risa infantil, como un hipo, que viene del pasillo.

—¿Mami?

Cierro los ojos.

Cuando los abro, estoy en el agua.

Oscura. Fría. Infinita.

Mis manos buscan algo en la oscuridad. Tela roja entre los dedos. Un peso que tira hacia abajo. Una voz muy pequeña, muy cerca.

"Mami, no puedo salir."

Y esta vez, no la suelto.

Esta vez, me hundo con ella.

El agua se cierra sobre nosotras.

Y por primera vez en mucho tiempo, estoy en paz.

El doctor Herrera cierra la carpeta.

Al otro lado del cristal, en la habitación acolchada de la Unidad 4, la mujer que fue Carmen Vidal y después Marina Leal y después tantas otras está sentada en el suelo, meciéndose suavemente, con un dinosaurio de plástico apretado contra el pecho.

Sus labios se mueven. Está hablando con alguien que no está ahí.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunta la enfermera nueva. Sara, se

llama. Lleva dos semanas en Aralar y todavía no ha aprendido a no hacer preguntas.

—Desde esta mañana. Cree que es quince de febrero.

—¿Y qué día es?

—Quince de octubre.

Sara mira a través del cristal. La mujer ha dejado de mecerse. Ahora sonríe. Una sonrisa pequeña, casi serena.

—¿Cree que algún día se recuperará?

Herrera no responde inmediatamente. Ha aprendido, después de treinta años haciendo esto, que algunas preguntas no tienen respuestas que nadie quiera oír.

—Creo —dice al fin— que ha encontrado un lugar donde puede vivir con lo

que hizo.

—¿Y eso es bueno?

Herrera mira a la mujer del otro lado del cristal. Sus ojos están abiertos pero no ven esta habitación. Ven algo más. Algo que solo ella puede ver.

Un piso pequeño con una ventana al patio.

Una librería que huele a tiempo detenido.

Un mar que ya no da miedo.

Una niña de seis años que nunca murió.

—No lo sé —dice Herrera—. Pero es lo único que tiene.

Se aleja por el pasillo. Sus pasos resuenan en el suelo de linóleo.

Detrás de ella, en la habitación, Marina Leal abre la boca.

Y empieza a cantar.

Una canción infantil, con una letra que no tiene sentido pero que siempre rima.

Una canción sobre dinosaurios.

Una canción que una niña de seis años solía cantar mientras desayunaba.

Y en algún lugar muy profundo, en un rincón de su mente donde la realidad ya no puede alcanzarla, Carmen Vidal por fin está en casa.

Con su hija.

Para siempre.
